



v o c e s / 1 1

Orlando Luis Pardo Lazo (0) *Adiós, Laura*
 Néstor Díaz de Villegas (1) *Llanto de una madre*
 Dagoberto Valdés (2) *Laura Pollán: Legado de una cubana de blanco y gladiolo*
 Luis Felipe Rojas (6) *Laura Pollán: El documental, de la ficción a la realidad*
 Armando Valdés-Zamora (10) *Memorias de la playa*

1 1 n d e x :

Yoani Sánchez (14) *La Habana bajo spray*
 Ramón Díaz Marzo (16) *E l S e x t o*
 Rafael Vilches (18) *2 poemas*
 Félix Guerra (19) *Milenio*
 Erick J. Mota (20) *¿Aché pa' ti o que la Fuerza te acompañe?*
 Baltasar Santiago Martín (24) *Ética cibernética: algo implícito
 que no debía faltar en la blogosfera cubana*
 Vicente Echerri (25) *Semblanza de un seguidor*
 Lia Villares (27) *Nosotras, las durmientes* (fragmentos)
 Dalila Douceca (32) *Por algún lugar allá abajo*
 José Gabriel Barrenechea (36) *Una insuperada hazaña... mal recordada*
 e-MAR0 (39) *Regresa un emigrado*
 Jorge Enrique Lage (43) *DFW: 12 apuntes*
 Ernesto Santana (45) *La servidumbre del miedo*
 HORRORIS CAUSA (50) *Sentencia 198 / 1973
 de Manuel Ballagas*
 Miguel Iturria (51) *Evocación de Eliseo Alberto*
 Ahmel Echevarría (55) *World Waste Writing*
 Camilo Ernesto Olivera (59) *La prensa invisible*
 Natacha Herrera (62) *Entrevista gráfica a
 Omar Santana, Alfredo Pong
 y Gustavo Rodríguez (Garrincha)*

la habana, noviembre 2011



número



voces / 11
vocesvocesvoces@gmail.com
vocesvocesvoces@gmail.com
voces / 11

En un país donde los políticos son peleles de un Hegémono histriónico cuya fidelidad está en fase de extinción, era lógico que la política se desplazara al vientre vacío del barrio, a sus ovarios moribundos de tedio y horror, a una mujer cubana en su cocina cubana cacharreando la comida cubana que llevaría en jabbitas de nylon cubano a su marido cubano, preso acaso de por vida en una cárcel cubana.

En un país donde la oposición y el periodismo independiente están ya no sólo infiltrados, sino que funcionan de facto como la filial más secreta de la Seguridad del Estado, por donde se canaliza y controla la rabia consuetudinaria o contrarrevolucionaria de este pueblo, era lógico que el espíritu contestatario reencarnase al margen de cualquier disidencia y su ristra de denuncias digitales.

En un país donde lo último que pasó en las calles, en enero de 1959 (hace ya medio siglo o medio milenio, paleohistoria infranacional), fue la estera eterna de un tanque atestado de barbudos con sus carismáticas armas, era lógico que la ilusión del mañana se anunciase ahora a pie, ya sin cañón de futuro ni cargas cómplices para matar bribones (bastó con unos pocos zapaticos blancos, casi descalzas, como en la peor poesía patria).

En un país que sigue siendo de puertas adentro un coto claustrofóbico contra la palabra, con ministerios inercialmente acéfalos y policías acéfalamente inerciales, donde la sospecha es sinónimo de sobrevivencia y la mentira es la única razón remanente de Estado, era lógico que resonara la mudez de un gladiolo empinado en alto, espadita flamígera y efímera, pétalos baratos por cuenta propia, flores decapitadas de domingo en domingo como un sacrificio de amor (ese sentimiento tan arcaico).

En un país donde el protagonismo es penado (sólo la masa amorfa es legítima), en un país emparedado entre un presente precario y la noción de que sólo la guerra a muerte es fraterna, donde el exilio es tenido y tratado como una enfermedad (dolencia a la que hipócrita y no hipocráticamente todos aspiran), en un país personalista incluso a posteriori del culto a la Máxima Personalidad (Alma Pater), en un país cauterizado de civilitud y donde el mal se materializó con rango constitucional, es lógico que las mejores almas se mueran o las hagan morir (bajo la lupa indolente de la mofa mayoritaria).

Adiós, Laura, Dama de Blanco.

En Cuba quien ponga en voz alta la tentación de que al final sí existe la tierra prometida, ha de asumir el precio impronunciable de no poder habitarla. Cuba como cadalso. Quien se arriesgue aquí a asumir la verdad de su biografía, estará cavando su propio evangelio en paz. Cuba como complot. La realidad oficial es Una y la demagogia no puede permitirse el lujo de pluralizar su discurso decrepito. Cuba como cosmos incommovible. Triste tragedia interminable.

En las gargantas envilecidas de nuestros compatriotas, en el aire viciado como un spray socialista subyugante de cara al idilio de la izquierda internacional, en las fotos feas de los verdugos de tramoya y en los anónimos asesinos por un sueldo también de tramoya, en la solidaridad secreta y en la tímida simpatía, en las marchas amateurs (abiertas como brechas en una ciudad desquiciada totalitariamente por un poder tan despótico como popular), en la desmemoria de nuestra mezquindad íntima (así en la isla como en su diáspora), en la vergüenza inverosímil de nuestros descendientes, aquí y allá quedará el eco de los insultos con que no les dio tiempo a lapidarte.

Como nación en trance de desaparición, te debemos la imposibilidad de pedirte perdón en vida. Cuba como condena perpetua. Nosotros, los sobremurientes.

Adiós, Laura, Damísima de Blanco.

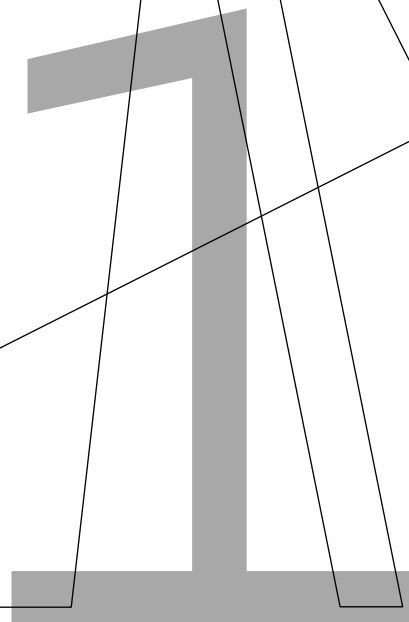
LLANTO DE UNA MADRE

El mundo se divide en dos bandos
los que vivieron la gran Revolución
y los que no la vivieron.

Tú perteneces al segundo:
todo lo que has soñado
hecho realidad, también
tus peores miedos.

Los dormidos y los despiertos.

Néstor Díaz de Villegas



LAURA se nos fue antes de tiempo. O quizás es que ya ha llegado el tiempo y ella fue la primera que lo ha visto. De todas formas ella ha adelantado el tiempo y la historia de Cuba.

Su nombre, su casa, su causa y su obra no podrán ser separadas de la crónica de esta época. Hay hombres y mujeres cuyos pasos pueden ser discutidos o criticados, pero su huella no puede ser borrada.

La vida de Laura Pollán era, hasta la Primavera Negra de 2003, la historia de una maestra comprometida con su esposo Héctor Maseda, con su familia y con su Patria. Pero hay errores de los que oprimen que convierten a la persona común en mártir, que en griego significa "testigo", el que da fe, el que estuvo presente. Eso fue, además de una injusticia, la causa de los 75.

Esa primavera oscura cambió todo en la historia reciente de Cuba. Y seguirá cambiando todo en el futuro. Fue catalizador, boomerang y moraleja. De esa cruz salió un gladiolo. De esas noches amanecieron decenas de mujeres con vestiduras blancas. No es una metáfora. Es una realidad que todos los cubanos, sin exclusión, deberíamos repensar: nacieron las Damas de Blanco y todo lo que de ellas ha aprendido Cuba y el mundo sobre Cuba.

Hace ya unos años escribí para un prólogo estas apreciaciones sobre las Damas de Blanco. Hoy pueden ser aplicadas, por derecho propio a la obra de Laura Pollán:

"Memorial actuante que salva nuestro presente... ellas han logrado buscar y encontrar un espacio común por debajo —que no por arriba— de las normales y benéficas diferencias. Sólo en profundidad se construyen consensos. Aunque ya vamos llegando a nuevos pasos en ese sentido. Lo digo como ciudadano común, con mucho respeto y mayores deseos de alcanzar las convergencias que Cuba necesita."

"Las Damas de Blanco lo han logrado efectiva, afectiva y eficazmente. Y lo han logrado sin muchas elucubraciones, con mucho sacrificio de no pocas diferencias en beneficio del bien común. Ellas saben cómo saltar por encima de miserias humanas y divergencias. Y nos

lo deben enseñar. Lo han logrado porque tienen un dolor común y lo han sabido convertir en causa común y en organización flexible y mínima. Han pospuesto, o puesto en otro lugar, igual de decoroso, sus opciones políticas partidistas para trabajar por un objetivo superior y común, muy simple pero supremo: la libertad de los presos de conciencia.”

“La acción que las ha unido ha sido sencilla y sin desconfianzas paralizantes o excluyentes. Ir juntas a Misa, caminar juntas por la Quinta Avenida y otras calles habaneras, reflexionar juntas alrededor de un Té Literario sin muchos papeles y con mucho amor a Cuba, ha sido el factor aglutinador de estas mujeres.”

“Es una lección y un paradigma para el futuro de nuestro país. El tiempo ha demostrado que ese *modo de consensuar* es lo único que dura más allá de los traspies de la incansable represión: unidas en una *causa esencial*, actúan en un *ritmo fijo* y semanal, con un *mínimo de organización-convocatoria*, en un *escenario público*, respetado y permanente, con un *mensaje claro, sencillo y breve*. Sin más requisitos que el del *ser*, ni más planes que el *quehacer*.”

Laura nos ha legado su magisterio: encarnó, día a día, por ocho largos y crucificados años de caminar sobre espinas, esta lección y este legado. Maestra de profesión, cumplió aquel método pedagógico que fundara el Padre Félix Varela: “el que enseña, debe hacerlo como si no lo hiciera”.

Laura nos ha legado su actitud: asumiendo la vida como un don y una tarea. Optando libremente por ponerse del lado de los que sufren la injusticia. Con la generosidad propia de los que saben que su existencia es una ofrenda permanente en el altar de Dios y en el altar de la Patria. Actitud conciliadora, moderada, pacificadora y exigente. Actitud de diálogo, sin ceder en los principios y sin atrincherarse en los detalles negociables. Actitud que ahorra las palabras, multiplica los signos y se concreta cotidianamente en las acciones pacíficas.

Laura nos ha legado su espiritualidad: su fe fue comprometida como el buen samaritano, como Jesús de Nazaret: nadie me quita la vida, yo la entrego voluntariamente. Es mejor dar (darse) que recibir. La Misa en Santa Rita o en cualquier otro templo cada domin-

go no era un pretexto, ni una trinchera, sino fuente y culmen de su fuerza interior. Un día la historia constatará la matriz cristiana, creyente, de la inmensa mayoría de los que trabajaron por el cambio pacífico en Cuba. Herencia de los patricios, camino de los que nos enseñaron a pensar, virtud de los que fundaron la nación y patrimonio de los que edificaron la Patria.

Pero su legado no fue solo escuela, método, actitud y espiritualidad. Es también resultado y fruto. Ella pudo ver desde este mundo el dulce resultado de su labor incansable y la de todas las Damas de Blanco, el resto de la oposición, la disidencia, la sociedad civil y el apoyo internacional, durante ocho años: todos los 75 hermanos y hermanas de la primavera de 2003 salieron de la cárcel. Diecisiete de ellos han optado por permanecer en la parte de Cuba que vive en la Isla. Todos siguen trabajando por la Nación.

No se puede olvidar que junto a las Damas lideradas por Laura, estuvo el sacrificio de la huelga de Guillermo Fariñas y otros; y la labor facilitadora y negociadora del Sr. Cardenal Arzobispo de La Habana, Mons. Jaime Ortega. Aunar, trabajar con todos ellos, aceptar la negociación y la intermediación, animar, insistir, demandar y agradecer, creer en la fuerza de lo pequeño. Todo en su momento y lugar, son también enseñanzas de Laura y las Damas de Blanco.

Ellas han dicho que su labor continúa en defensa de todos los que están encarcelados por motivos políticos. A favor de los que sufren la violación de cualquiera de sus derechos humanos. Ellas no permitirán que ningún otro cubano o cubana sea encarcelado por motivos de conciencia. Ellas son hoy maternal manto y fraterno brazo para los que son perseguidos por causa de la verdad, la justicia y la libertad.

Bueno es el postrer tributo y saludable para los pueblos enriquecer su propia historia con los nuevos "mártires-testigos", porque el martirio, como dijo Juan Pablo II, en los sistemas como el nuestro pueden ser cruentos y cívicos. El de Laura es sin duda un martirio cívico abonado por el sufrimiento físico y psicológico.

Bueno es escribir de ella y de tantos y tantas más. Pero, mejor aún, es deducir las moralejas de su vida y de su obra. Delinear las lecciones de su historia personal y del tiempo que le tocó vivir, y tratar por todos

los medios éticos de asumir ese legado y poner en práctica, enriqueciéndolo con los aportes de todos, ese tesoro de comportamiento cívico, pacífico, incluyente y perseverante... hasta el final.

Cualquiera pudiera pensar que estoy pensando en los demás miembros de la sociedad civil creciente, incluso pudieran pensar que me estoy refiriendo solo a los ciudadanos que pudieran estar en una situación difícil. Pero eso sería restringir y empobrecer el legado de Laura Pollán. Su actitud ante la vida y ante el sufrimiento, su moderación firme y su perseverancia sin reposo, su respeto por los adversarios, su perdón para los que la hicieron sufrir, sus ansias de reconciliación entre todos los cubanos; en fin, su amor a Cuba en la persona concreta de los que más sufren, es y será para todos los que hoy mismo vivimos en esta Isla: autoridades y opositores, presos y carceleros, víctimas y victimarios. La inclusión es el único camino para el cambio en paz y para reconstruir a Cuba y su progreso y felicidad.

En efecto, todos, pero especialmente los que tienen en sus manos las decisiones más difíciles deberían desentrañar el entramado de complejidad de este momento de la historia de Cuba y esforzarse por encontrar, en ese intrincado bosque de poder y discrepancias, un blanco sembrado de gladiolos que en el fondo solo piden que claree la mañana para Cuba, y crezca un campo florido con la simiente del cambio pacífico, ordenado, gradual y profundo.

Ese campo florido, donde seguirán vivos y vivificantes otros gladiolos de blanco, ahora será abonado por el polvo de resurrección de **Laura Pollán Toledo**.

Laura Pollán:
legado de una cubana de blanco y gladiolo

Dagoberto Valdés

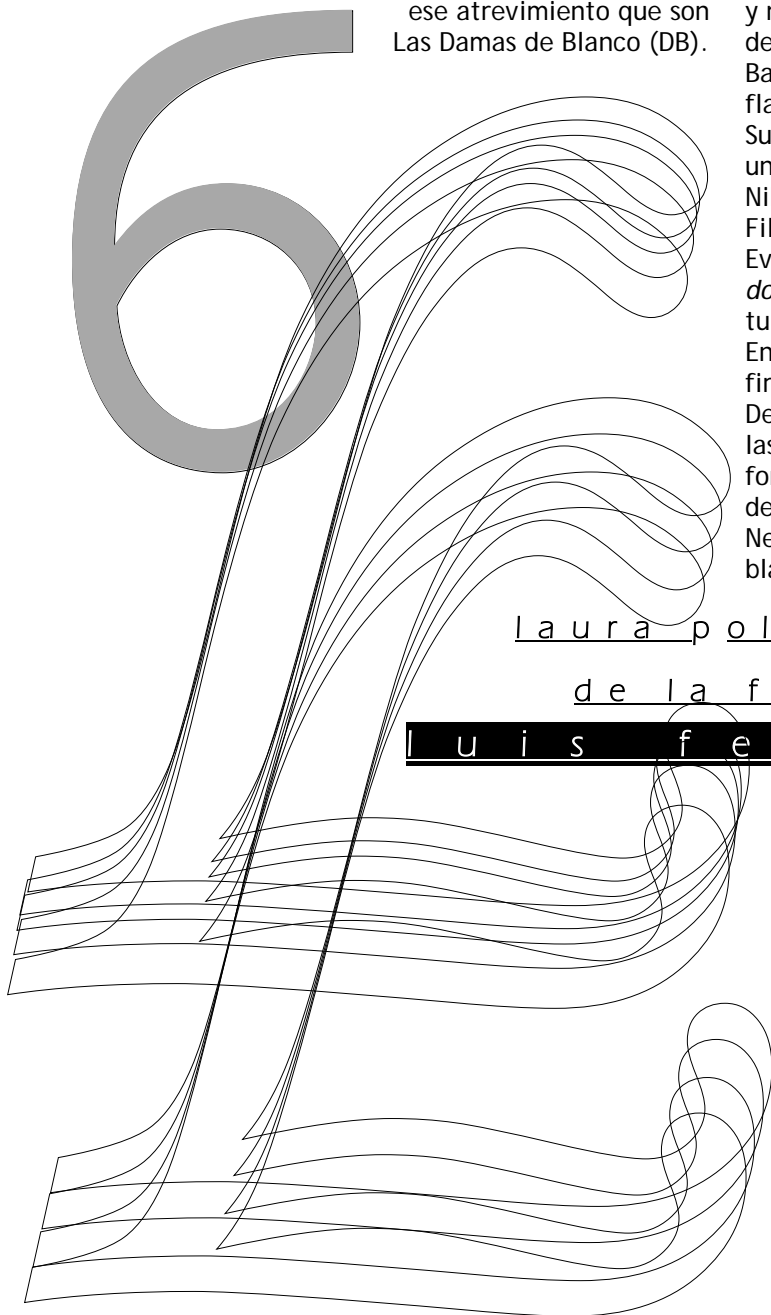
YO NO TENÍA cuestionamiento alguno. No existía *idea* ni *asunto* que filmar. Carecía de escaleta y guión. Estaba estrenando una cámara JVC (HD) y quería probar suerte con otros rostros, así de sencillo. Quería asumir el reto de filmar las caras más filmadas en Cuba sobre la represión. Allí estaban Laura, Alejandrina, Marta, Reyna Luisa, Berta, Caridad, y todas las otras que no cabían en un cuadro de 16x9. A lo lejos (90, 180, 1000 millas de distancia), estaban Blanca, Yolanda Huerga, María del Carmen Jerez, María Elena Alpízar, y muchas otras que no conocí pero estaban siempre. Yo quería atreverme con ese atrevimiento que son Las Damas de Blanco (DB).

El problema de filmar una isla flotando en el mar es que no lleva más banda sonora que una bulla, un dolor, un ruido interminable que a veces se apaga con la muerte misma. Una isla que flota es como una mujer que vuela. Laura está de pie junto a la puerta de entrada que da a Neptuno. El Dios del Mar devora a sus hijos e hijas. La calle Neptuno también se traga a sus hijos, a los padres, a los abuelos, y a los *almendrones* que les llevan hacia la muerte o el suplicio. Una Habana con Acto de repudio de fondo fue mi mejor banda sonora. Le pido a Jorge "El Bayamés" que la filme de espaldas a la turba y me dice que no puede, que Laura va delante junto a Berta Soler y tres más. "El Bayamés" corre delante de las DB y la turba, flanqueado y cuidado por la policía política. Su aspecto de nórdico de paso por la urbe, una chaqueta ampollada de bolsillos y su Nikon del año, le permiten algunas lindezas. Filma con su cámara de fotos, yo bajo mi Everio (HD) como si fuera a hacer un *tilt down*, lo que intento es protegerla de las turbas, los policías de provincia y los intrusos. En los tres primeros gigabytes, Laura habla firme, sonríe, se seca el sudor y pide agua. De la banda sonora no hablemos, Neptuno a las 3 de la tarde es un hervidero. Ni en el fondo de la casa queda un parlamento a salvo de tanto ruido. Neptuno es un infierno. Neptuno devora a sus hijas, vestidas de blanco y todo. Allá él con Obbatalá.

laura pollán: el documental
de la ficción a la realidad

l u i s f e l i p e r o j a s

Dice Pablo del Río que en 1913, mientras Robert J. Flaherty, explorador a la búsqueda —de recursos minerales—, planeaba su tercera aventura, su jefe William MacKenzie le dijo: "Usted va a recorrer un país interesante, con extrañas gentes, animales, etc., ¿por qué no lleva una cámara para filmar todo eso?" A Flaherty le gustó la idea y en sus expediciones de 1914 y 1915 rodó muchas horas de películas sobre la vida de los esquimales. Esa actividad fílmica comenzó siendo casual y terminó por ser una obsesión que casi eclipsó la tarea original de buscador de minerales. Así nació lo que hoy conocemos como *documental*.



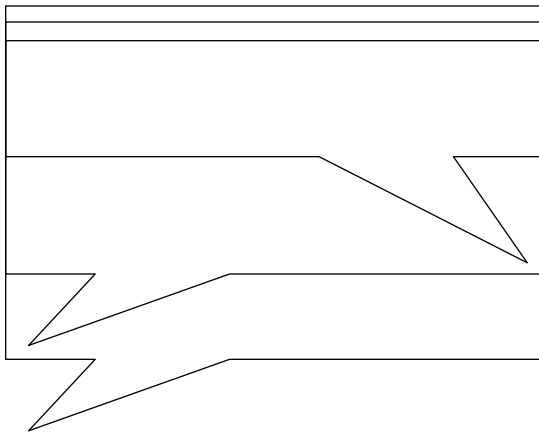
Yo quería filmar a Leandro, que llegaba del Canadá luego de 11 años de ausencia. Me llevé mi Everio (HD), quería montar un vacilón con la idea de Fernando Pérez en *Suite Habana*, pero con la víctima llegando a una Habana en ruinas y un acto de repudio a modo de *surround*, en *dolby-stereo*. Leandro bajando del avión. Laura saliendo a la puerta con Neptuno repleta de energúmenos gritándole la envidia y el miedo. Los improperios contra Laura y las DB son un bumerán contra la propia Isla. A Flaherty le gustó la idea... A mí también, pero cuando revisé la primera *memory card* vi a Laura y una turba que gritaba. En los cuadros iniciales yo pretendía un *plano americano* para subirle la estatura, pero sigo con el trípode defectuoso y me propuse un "cámara en mano", un *dolly in* para descubrir su verdadero rostro.

¿Cómo se filma un entusiasmo?
Tendría que preguntarle a Rafael Rojas con Simone de Beauvoir de fondo. Tendría que hacerme de un par de libros de Neruda, buscar esa frase del vate andino donde se dirige al dictador cubano diciendo que es "un ángel de la Historia que cortaba sombras y tinieblas con su espada de luz". ¡No, qué barato! Pero, ¿cómo se filma una emoción? ¿Cómo se relata la ausencia de un ser querido a ocho años de distancia? ¿Cómo poner bajo el arco pixelado de tu máquina, el horror y la orfandad de partir en dos una familia, un barrio, la esquina donde se juega la charada para amar mejor a tu país, para comerte una libra de carne de puerco o tomarte una cerveza helada? Leandro trae como once años de distancia y me pide, un mes antes de llegar y un mes después que lo expulsaran, que filme a Laura, que le haga cien preguntas aunque sólo tenga una respuesta, pero la mano me tiembla y los planos son horribles, yo no puedo filmar esa entusiasmo.

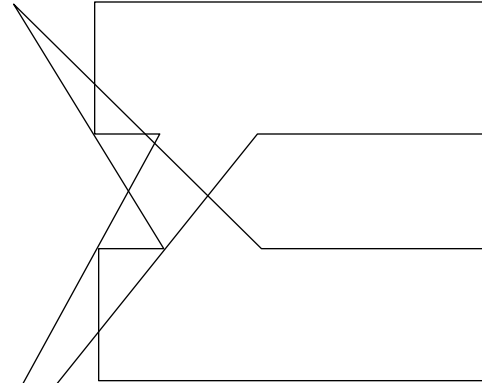
Leandro me pidió que lo llevara donde Laura. Hablé con Laura. Once días antes el G-2 "habló" conmigo, es decir, me impidieron salir de Holguín hacia La Habana. Leandro la quería filmar hablando con la radio extranjera, recibiendo a las muchachas de provincia, indicando comprar los gladiolos del domingo, y me pidió que lo fotografiara mientras conversaba con Laura, pero yo quería estrenar mi Everio (HD) y debía decidir. Conversaron el parque Martin Luther King Jr., e hice muchas fotos más de las que pensé algún día. Filmamos cerca del edificio de la Asamblea Nacional y en las cercanías de la Plaza Cívica, recogí la *memory card* y me largué. Después vi las fotos de Alejandro Ernesto en *El Nuevo Herald* y me alegré de haberme ido. En la primera, una militar joven hace un gran esfuerzo por levantar la humanidad de Berta Soler, a la sazón unos 70 kilos. En las otras fotos, las muchachas de blanco están regadas como fichas por el piso y la turba intenta hacerlas subir al autobús que "ocasionalmente" apareció para llevarlas.

"El Bayamés" había perdido el miedo a no volver a filmar con directores importantes de la Isla, a pesar de su corta edad, de que empezaba, y empezar así, no tiene nada de gracioso. Se fue conmigo casi toda la semana de ese marzo en que rememoraban el octavo aniversario del Primavera Negra. Leandro sabía que quemaba sus naves, cuando el material estuviera editado no volvería a entrar a Cuba, pero ese era su *harakiri* después de haberse fugado dejando sola a su hermana que murió de cáncer en el hospital Calixto García de La Habana. El miedo a la golpiza, a la expulsión del centro de trabajo, a la cárcel temporal y arbitraria, sin juicio ni derechos, a veces peor que un mal juicio público; miedo al paredón de fusilamiento, miedo al escarnio público y al perdón, y que te conviertan en una cucaracha pisoteada. Laura, Berta y las demás se habían convertido en sobrevivientes de ese miedo, y eso provocaba reacciones contraproducentes. Nadie se había atrevido a reclamarle a la

dictadura frente al edificio de Cárceles y Prisiones (como si una cárcel y una prisión no fueran lo mismo). Nadie había llamado al balcón donde asoma el cogote de Ricardo Alarcón, cuando no está de gira consiguiendo adeptos para la causa de los 5 espías. Más que las DB, las denominadas Damas de Apoyo representaban la reacción al miedo porque ninguna tenía un familiar preso en la Causa de los 75. Eran apaleadas, detenidas y dejadas a la buena de Dios a las afueras de La Habana o las provincias de origen. Sin embargo, volvían movidas por el resorte de la no-violencia. Yo debía filmar ese entusiasmo, debía grabar el ruido que hace el corazón cuando es golpeado, debía hacer un *panning* a los rostros juveniles de unas muchachas que combatieron el imperio con una flor entre las manos.

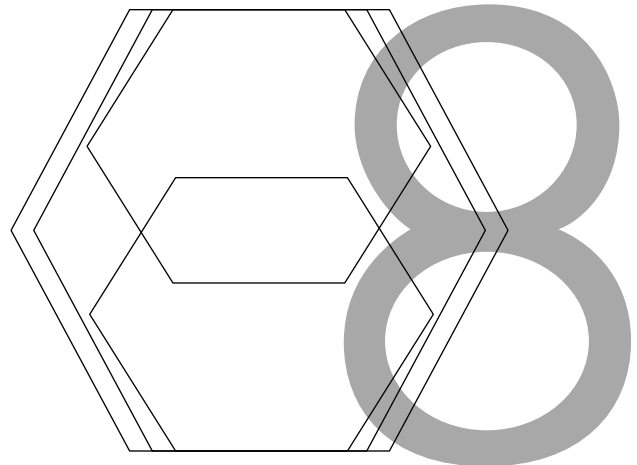


Es verano y La Habana arde como antorcha recién estrenada. Es verano y se va a morir Meurice Estiú, el arzobispo que dijo al *Innombrable* tres verdades como nunca. "Me voy", me dice El Bayamés, "pero quiero terminar de filmar esta semana", y le animo a que se quede. Entramos por Monte a Revillagigedo número 8, a casa de Negrín. Probamos un café, nos hace unas tostadas con mantequilla en medio de una Habana que se muere de hambre y desesperanza. Y no quiere que partamos, que nos vayamos en la noche. Y abrimos una botella de un ron que sabe a diablo, pero así pasa el sopor. El Bayamés se quiere ir y me entrega lo que ha filmado y lo entrego con Negrín a un lugar seguro. Espero que Leandro le retribuya (a Negrín y a El Bayamés) los días de trabajo. En la noche salimos en un van de ACINOX que va para Las Tunas. En la mañana nos enteramos que Meurice ha muerto y que El Bayamés ha perdido al tío abuelo y la posibilidad de filmar algo que valga la pena.



Bajando por Neptuno, bajando por Heredia.

Mi pieza documental (ja, eso es un decir), las imágenes que filmé para Leandro y no podía entregarle por mucho que le prometí, por muchos 500 euros que me hiciera llegar, no pretendían influenciar a nadie. Una fundación europea, donde se mostraron unos *rushes* que se llevó Malena, se ofreció a ¿comprarme? el documental. Pero Leandro estaba de por medio. No podía enviar la filmación porque no acababan de poner el maldito cable de internet que viene de La Guaira hasta Mar Verde. Y en verdad ni Laura ni Leandro merecen este robo que estoy haciendo, el montaje de este documental, el que le estoy hurtando a las manos hábiles de El Bayamés, a su pericia de 3 años en la EICTV en San Antonio de los Baños. No lo merecen, lo sé, pero no me puedo perder estos "900 faos, mi socio...", como dice un personaje que supura felicidad en un cuento de Alberto Guerra Naranjo.

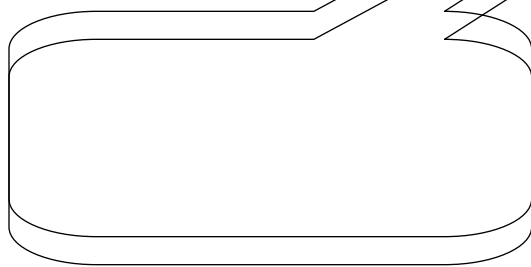


EXTERIOR / PLANO GENERAL / DOMINGO.
LAURA HABLA CON LA PRENSA EXTRANJERA
QUE SE ARREMOLINA EN TORNO A ELLA
PORQUE PARECE QUE MASEDA VA A SALIR Y LA
DB EXPONE ARGUMENTOS PARA SEGUIR EN LA
LUCHA.



En La Habana la calle Neptuno se puso caliente. En Santiago de Cuba la calle Heredia está que arde. Por ahí, hasta el cementerio de Santa Ifigenia, bajan los restos de Meurice Estiú. Bajo por Heredia, haciendo unas fotos para el documental, para el blog, y para enviarlas a Leandro que ahora me acusa de plagio, de robarle el material filmado y la idea del documental. Intento consolarlo con estas fotos, pero tengo una idea fija en la cabeza y es Laura siempre en PRIMER PLANO. Me cuelgo la Canon al cuello y converso con Laura (gafas oscuras, voz firme, andar pausado, el calor es asfixiante en este Santiago de última hora). Reinaldo Escobar y yo la flanqueamos, y con ese pretexto caminamos lo más despacio que podemos sin perdernos el desfile. Es un domingo que te cae de golpe sobre la cabeza.

INTERIOR / PLANO MEDIO.
LAURA SE LAMENTA Y CONDENA LA MUERTE
DE JUAN WILFREDO SOTO GARCÍA. ESTÁ
SENTADA. EN EL ESPALDAR, LA MANO DE UNA
MUCHACHA HACE DE FONDO PARA NO TENER
QUE RECORTAR LA FIGURA.



Estoy en La Cinemateca. Cuando los 10 minutos del documental acaban, los jóvenes aplauden a rabiar. Me abraza Leandro que ha vuelto, El Bayamés me hace un guiño, y más adelante veo las señales de las manos y los gladiolos. Son las DB, me invitan a subir a proscenio. Laura me da un beso y un gladiolo antes de que suba. "Quiero agradecer a todos los invitados", digo, y qué cursi me ha salido, como un discurso del tiempo de La Chambelona, pero todos sonrían y nadie me echa en cara la verborrea. Un canadiense, de la Fundación Mercel SA, se acerca para entregarme el cheque del premio "al mejor documental" y me susurra al oído que afuera me esperan, que eso que le hice a Leandro no se va a quedar así. Las DB me tiran besos desde el lunetario. Leandro y El Bayamés, enfurecidos, me conminan a salir. Se encienden las luces de la sala y un pantallazo en negro bloquea mi cerebro.

INTERIOR / PRIMER PLANO.
UNA SEÑORA VESTIDA DE BLANCO, UNA
MUJER QUE SE PARECE A LAURA ANUNCIA UNA
MARCHA A FAVOR DE LOS PRESOS POLÍTICOS
QUE QUEDAN EN LA ISLA, QUE SEGÚN ELLA
NO SON TAN CONOCIDOS Y MERECE LA
LIBERTAD IGUAL QUE LOS ANTERIORES. LA
CÁMARA DEBE RECORRER LA CASA, DEBEN
MOSTRAR A LAURA FUERA DEL FOCO-TÓPICO,
MOSTRARLA HABLANDO, CONTESTÁNDOLE A
LA TURBA. LAURA LIMPIANDO ARROZ,
SACUDIENDO LOS MUEBLES O CON UN ATADO
DE ROPAS ENTRANDO A LA BOCA ESPUMOSA
DE LA LAVADORA.

10

m e m o r i a s d e l a p l a y a

a r m a n d o v a l d é s z a m o r a

MI MADRE VOLVIÓ de la cárcel para llevarme a la playa. Había pasado dos años encerrada como presa política en un siniestro lugar llamado “Nuevo Amanecer” por comprar dos kilos de carne. Y consiguió al salir un trabajo, mi mamá, un trabajo de cocinera en el antiguo Casino Español de la playa de Marianao.

Todas las siete de la mañana, de junio hasta el 31 de agosto, partíamos en la ruta 86 para ir a la playa, mi mamá y yo. Ella cocinaba en las alturas de un edificio desde el cual, por un ventanal tan ancho como un desierto, vigilaba mis horas en la arena, antes de gritarme que fuera a almorzar, casi siempre el mismo menú lujoso en medio del apetito racionado: espaguetis con abundante queso y una perga de malta congelada.

Abajo yo jugaba, en la playa, soportando un sol que ahora, en Francia, imagino implacable, y que entonces sólo me molestaba si debía entrecerrar los ojos al tratar de adivinar la bandera de algún barco que navegaba a lo lejos.

En el Casino Español aprendí a nadar con jubilados miembros de un antiguo club, que deambulaban, perdidos con sus refinados ademanes, como residuos de una época olvidada por la Revolución.

Y aprendí también allí a hacer castillos de arena con muchachas de trenzas doradas. Una de ellas, cuyo nombre nunca conocí (digamos una Albertina sin bicicleta), se convirtió con el tiempo en la silueta humana que persigo sin cesar cuando pienso en la playa.

Y supe cómo abrir a pedradas el corazón de maduras almendras dispersas sobre el suelo de losas de una sombreada plazoleta en la cual, al final de la tarde, decidíamos, mi mamá y yo, si ir a la montaña rusa del Coney Island, o a alguno de los 140 cines que tenía La Habana, antes de volver a casa.

El cine, otro universo que descubría entonces, seguía a la playa. Pero fue la playa la referencia feliz del reencuentro con mi madre, y de modestas vacaciones aisladas en el otrora Casino Español, en el cual sobrevivían trazos de un delicado orden que marcaron las aspiraciones posteriores de mi vida.

(Años después, leyendo *Antes que anochezca*, me enteré que por aquellos parajes, y en la misma época, se paseaba Reinaldo Arenas a la búsqueda de aventuras eróticas que mi ingenuidad de niño no podía entonces sospechar detrás de la delicadeza de amanerados bañistas.)



El escritor argentino Alan Pauls en su ensayo *La vida descalzo*, dedicado a la playa, escribe que las imágenes de la playa pocas veces se asocian con la realidad: los sueños son para la playa lo que los espejismos para el desierto —dice Pauls—, lo contrario de lo que se ve, lo que surge por la alucinación. O el deseo o la memoria, añado yo.

En todo caso, pensar en la playa o estar acostado en sus orillas siempre tiene para mí una misma significación atemporal. El espacio de agua y luz me evade al tiempo aquél de las almendras, o me invade del sosiego de haber llegado a un oasis deseado durante una larga travesía terrestre.

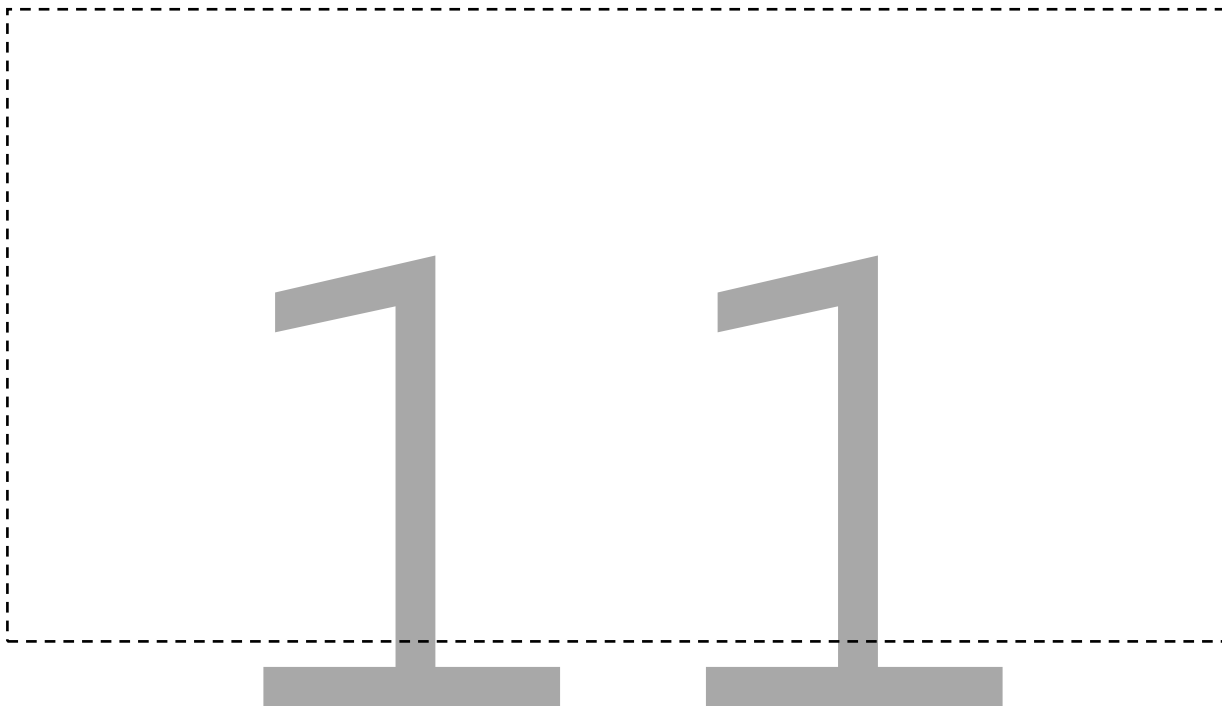
Cuba para mí es una playa. Hago culpable entonces a la playa de la memoria de mi vida en la Isla. Pero no se trata de un idilio o de una fascinación superficial (nada más baladí que una playa, opinan los intelectuales, casi todos impresentables en traje de baño, por cierto), sino a la vez el jardín de mi memoria afectiva y el desierto de mis jornadas angustiosas en las que, sentarme en los arrecifes de la playita de 28 y 1ra en Miramar, a la espera de una arquitecta rubia llamada Tania Andalia, mitigaba de manera artificial la impotencia de no poder atravesar aquellas olas y perderme para siempre hacia otro mundo.

(A Guanabo iba a correr por los arenales de muchos viernes. Y hasta me asegura Jorge Ángel Pérez que una tarde de preparativos de ese viaje semanal, preferí en la calle Egipto comprar un frasco de dorador a unos panes con croqueta contra nuestras hambres).

Supongo que siempre perseguí la misma playa. Obligado a vivir en Santa Clara, mi ciudad cubana preferida, por la prisión de mis padres, muchas veces abandoné la ciudad por no tener playa.

Todo era perfecto en aquella provinciana ciudad inventada: las novias, los amigos, el equipo de atletismo del Campo de Sports, los cuatro cines, la biblioteca del Parque Vidal, las dos estaciones de radio, los poetas de melenas hirsutas y alpargatas, los trovadores, el Coppelia, el Teatro Caridad, El Mejunje, y las amigas del aula de la Facultad de Letras de la Universidad Central. Todo, menos la ausencia de playas...

Exigí que me mandaran a Cienfuegos por sus playas al terminar mi carrera de Filología. Pero se equivocaron y fui a parar a la Central Nuclear de Juraguá donde el único aliciente (además de una gigantesca promiscuidad sexual que todavía envidio) es que había una playa para apagar la candela si explotaba aquel artefacto chernobilesco.



Como no teníamos mucho que hacer los artistas de una brigada de la cual yo fui Asesor Literario y hasta Director, nos pasábamos el día nadando a pocas brazadas del reactor nuclear.

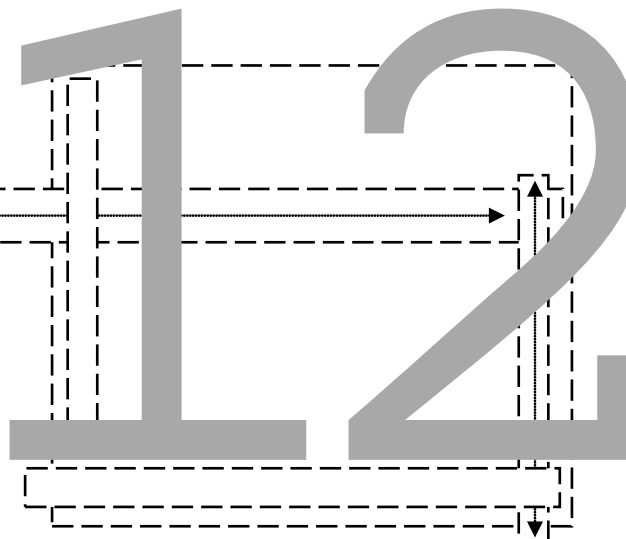
Me aprendí todos los rincones marítimos de aquel litoral que bordeaba la bahía hasta el Castillo de Jagua, una fortaleza abandonada entonces, tanto por los colonizadores españoles como por los marxistas. Y basta ahora con que cierre los ojos para verme vagar desnudo por el diente de perro de una playa tan desierta como inaccesible adonde llevaba, deslumbrada, a alguna que otra novia de moda.

De más está decir que me expulsaron de aquel experimento donde pululaban 10 000 barrigones soviéticos en sandalias con medias y pulóveres de Mike Mouse, ingenieros nucleares, obreros orientales, traductores de ruso, técnicos en soldaduras, cocineros, choferes de grúas y decenas, decenas de chivatos envidiosos de los artistas que se pasaban interminables jornadas de ocio nadando entre los peces o acostados al sol.

Me botaron por problemas ideológicos de la Central Nuclear. Pero nada tenía que ver mi expulsión con el espionaje de secretos atómicos a potencias extranjeras. No. Me botaron de allí por programar sin permiso una semana de cine independiente, y me tuve que ir a otra parte, es decir, a otras playas.

En Cienfuegos, donde para mi sorpresa logré llegar a dirigir los departamentos de Literatura y de Fondos Raros de la Biblioteca Provincial, iba casi todas las tardes a la playita de Elpidia, que tomaba su nombre de la esposa del historiador de la ciudad, Florentino Morales. Con Florentino en la playa, quiero decir, en su casa, pude atenuar parte de mi ignorancia sobre muchos clásicos de la cultura cubana.

Por aquella playa de Elpidia habían pasado temporadas los Vitier, Eugenio Florit, Samuel Feijóo, Agustín Acosta y José María Chacón y Calvo, entre otros. Yo copiaba los memoriosos ficheros de Florentino, registraba sus cartas, subía al segundo piso a admirar la colección de caracoles de su hija, y le hacía repetir a aquel apasionado testigo las anécdotas con escritores en otra época, es



decir, en otra playa de Elpidia, no en aquella que languidecía invadida por decenas de bañistas que la tomaban por asalto como si fuera un dominio público.

Y llegó la Seguridad del Estado y mandó a parar: se me jodieron las playas cienfuegueras. Parece ser que yo era un disidente. Fue eso lo que me dijo el oficial que me atendía, sentado en un banco del Prado de Cienfuegos. Como tantas veces en mi vida, yo era algo que desconocía. (Busqué en un diccionario la palabra y mi miedo ancestral casi muere del susto). Desconocía ser aquello, repito, quizás porque siempre los otros se adelantan a catalogar mis identidades, y yo llego irremediamente tarde a todas las edades de la vida.

Con un grupo de escritores y artistas inventamos un grupo independiente que llamamos *Estropista*. Y quisieron estropearnos y me llevaron preso... a una playa. Quiero decir, a una lujosa "casa de visita" del MININT donde trataron de convencerme, entre otras cosas, de que gracias a la Revolución el hijo de una cocinera podía ser diplomado de la universidad.

(Yo, aterrado, por supuesto, no les recordé los dos años de cárcel de mi madre.)

Fue así como volví a las playas habaneras, y una compulsiva vocación de balsero se apoderó de mí. La playa alternó en mi vida sus funciones vitales: por una parte era el escenario de la evocación de fugas y de almendras, y por otra el lugar donde probé sin éxito unas cuantas balsas que nunca atravesaron demasiado lejos el horizonte.



En la literatura cubana el mar no ha tenido mucha suerte que digamos. Pero la playa sí, al menos sus orillas, la cercanía al agua que se describe desde la arena mojada. Y me digo que eso es parte de mi consuelo superficial, de mi afición por esa zona banal de la existencia que es una playa.

En el cuento "Fugados" de Lezama Lima un tal Armando (Sotomayor) decide no entrar al colegio para ir con su amigo Luis (Keeler) a mirar las olas furiosas del Malecón. La fuga llega hasta la orilla, como Narciso, la fuga se contempla: se compara lo que ve la mirada después de un aguacero (la letra deformada por el agua del escudo de una joyería, el botón de una chaqueta azul) hasta dejarse penetrar Luis por el agua, pero dormido, como en un sueño.

En Severo Sarduy y Reinaldo Arenas la playa es el escenario de los cuerpos que se miran o acarician, pero sin ir (ni saltar) más allá de las orillas de la piel o de la carne poseída.

En las historias contadas por Abilio Estévez se espera en la playa la llegada de una catástrofe, o se despide a navegantes que pretenden atravesar la línea del horizonte para alcanzar el infinito. La playa es la frontera entre la isla que se quiere abandonar, y el mundo que anuncia el paso de los veleros y los libros.

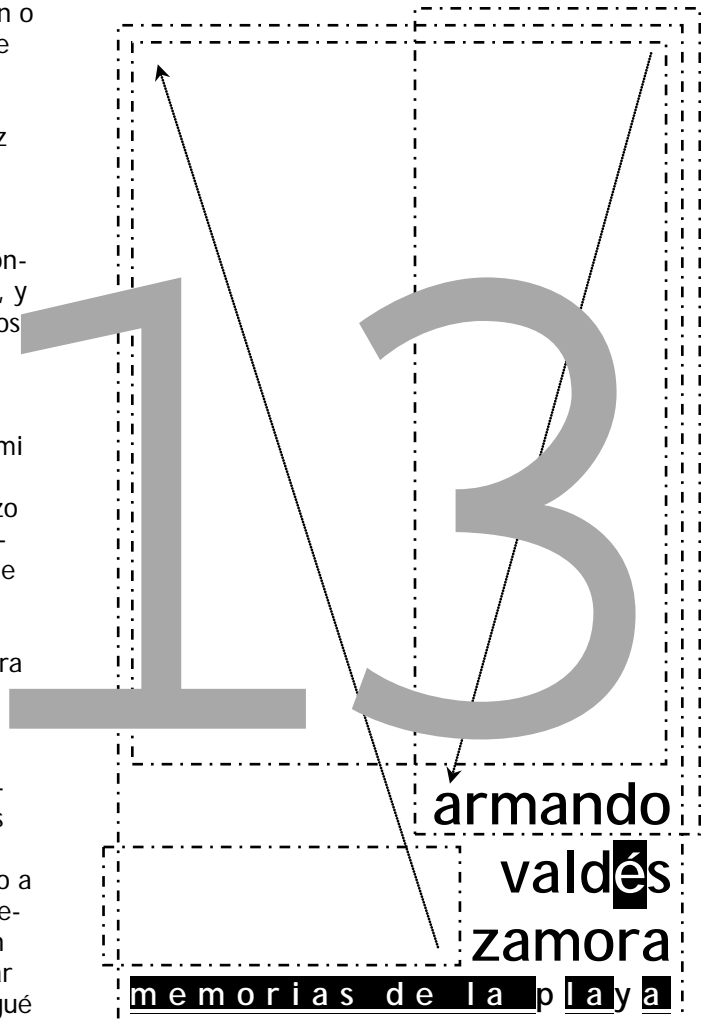
Me han perseguido, supongo, esas alucinaciones en mi deambular por las playas de mi exilio. El haber cultivado ciertas rabias, al principio de mi vida fuera de Cuba, me hizo correr como venganza en búsqueda de playas tan cursis como librescas. Y al tratar de bañarme en Deauville, la célebre playa de Normandía, el grito helado de mi pie me convenció que estas aguas grises sirven para las ilustraciones metafísicas, pero no para exhibir los cuerpos ni nadar en ellas.

Poco a poco, la playa y yo hemos ido invirtiendo los matices de nuestras confesiones mutuas. En Cuba acompañó primero mi infancia sin opciones, me ayudó sin saberlo a limitar mi impotencia crónica ante la represiva realidad terrenal, y terminó siendo un mareado escondite para esperar e imaginar mundos desconocidos que, por suerte, llegué

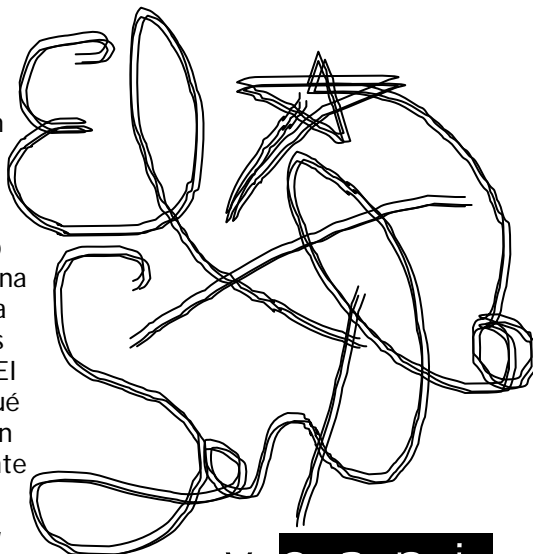
a poseer sin el riesgo de morir ahogado en una balsa, o devorado por un tiburón: una francesa llamada Véronique me montó en un avión.

En mi exilio, la playa ha terminado siendo el lugar a la intemperie de declaraciones de desamparo, para escribir a solas durante meses (como en la isla de Córcega), para ver amigos y visitar a la familia (como en Miami Beach), o el escenario de viajes con otras muchachas de áureas trenzas (en Lisboa, en Niza o en Marsella, en Cádiz o en Marbella, en la Sicilia de la última primavera), a las que terminé mareando con relatos ficticios o reales de las playas de Cuba.

Insisto en que es forzado y banal, reductor e inoportuno, pero quiero imaginar mi vida en Cuba en una playa. No sé en cuál ni cuándo. Quizás, por inalcanzables, las mejores playas son las que nos esperan, como el horizonte, en el **futuro**.



ES DE NOCHE, la luz de la esquina no funciona y ningún auto pasa a esta hora por la calle. Una mano huesuda y ágil desenfunda el spray de pintura y hace sobre el muro una firma que culmina con una estrella de cinco puntas. A la mañana siguiente los vecinos curiosos leen la rúbrica de "El Sexto" y se preguntan por qué alguien se hace llamar con un número cardinal. El presidente del Comité de Defensa de la Revolución, a regañadientes, tendrá la tarea de tapan el irreverente apodo, pero a partir de la próxima madrugada reaparecerá una y otra vez, siempre que lo borren.



y **o a n i**
s á n c h e z

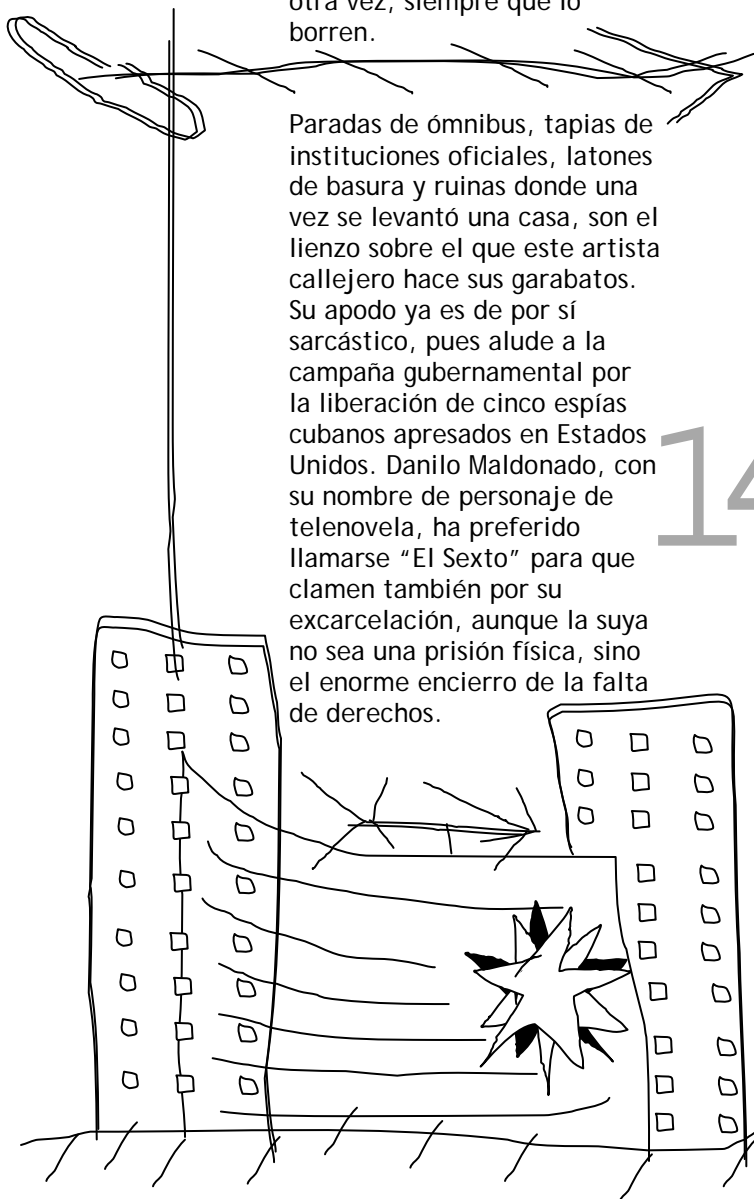
La Habana es ya una ciudad del siglo XXI y no porque los pocos periódicos que circulan digan la fecha de este estremecido 2011. Más bien son las señales, los atisbos de modernidad que aquí y allá asoman por debajo de su caparazón vetusto. Tenemos incluso simpáticas o crípticas pintadas en algunas paredes, tímidas marcas de una expresión ciudadana que no acaba de encontrar espacio en otros soportes más convencionales.

Paradas de ómnibus, tapias de instituciones oficiales, latones de basura y ruinas donde una vez se levantó una casa, son el lienzo sobre el que este artista callejero hace sus garabatos. Su apodo ya es de por sí sarcástico, pues alude a la campaña gubernamental por la liberación de cinco espías cubanos apresados en Estados Unidos. Danilo Maldonado, con su nombre de personaje de telenovela, ha preferido llamarse "El Sexto" para que clamen también por su encarcelación, aunque la suya no sea una prisión física, sino el enorme encierro de la falta de derechos.

14

Algunos jóvenes se atreven a dejar su sello coloreado con acrílico a través de plantillas hechas en cartón o a pintoretar algún símbolo en una columna. Veloces, estampan su improvisado sello sobre una urbe ya marcada por la excesiva propaganda oficial.

Es un fenómeno refrescante y, aunque muchos lo vean como un daño a la propiedad social o privada, resulta un lenguaje que corre en paralelo a la retórica del poder, una especie de grito en forma de trazos de colores.





Quando ya muchos países están de ida y de vuelta del graffiti callejero, los habaneros nos asomamos recién al vértigo de su polisemia, asistimos entre arrobados e indignados a su aparición. El maestro por excelencia de ese arte es, entre nosotros, el delgado jovencuelo conocido como "El Sexto", autor de más de una irreverencia gráfica y hasta de algunos pasquines donde lanza sus frases, que más bien parecen fragmentos de canciones de hip hop.

"Estoy en todas partes..." , nos grita desde un trozo de papel y, después de difundir tal mensaje, los policías ven grafiteros en cualquier lado, sospechan que hasta un niño pequeño puede llevar un pulverizador en su cochecito.

Hace unas semanas, en nuestra despintada capital metieron preso al más juguetón de los artistas que trabajan sobre las fachadas. El Sexto fue introducido a la fuerza en un auto por tres hombres fornidos, que aunque no se identificaron eran evidentemente de la policía política. Se lo llevaron a una estación a la que, para quitarle el aspecto tan lúgubre, le hubiera venido muy bien uno de los grafitis de Danilo Maldonado. Y allí lo tuvieron casi cuatro días, para que confesara quién le mandaba a pintar todos aquellos arabescos y rúbricas.

Al principio le hablaron de su inmadurez, del provechoso camino artístico que le aguardaba si ponía su spray en sintonía con el discurso oficial.

Pero el testarudo creador insistía una y otra vez que aquellas figuras sólo salían de su imaginación y que prefería el riesgo de ser alternativo a la mansedumbre del reconocimiento institucional.

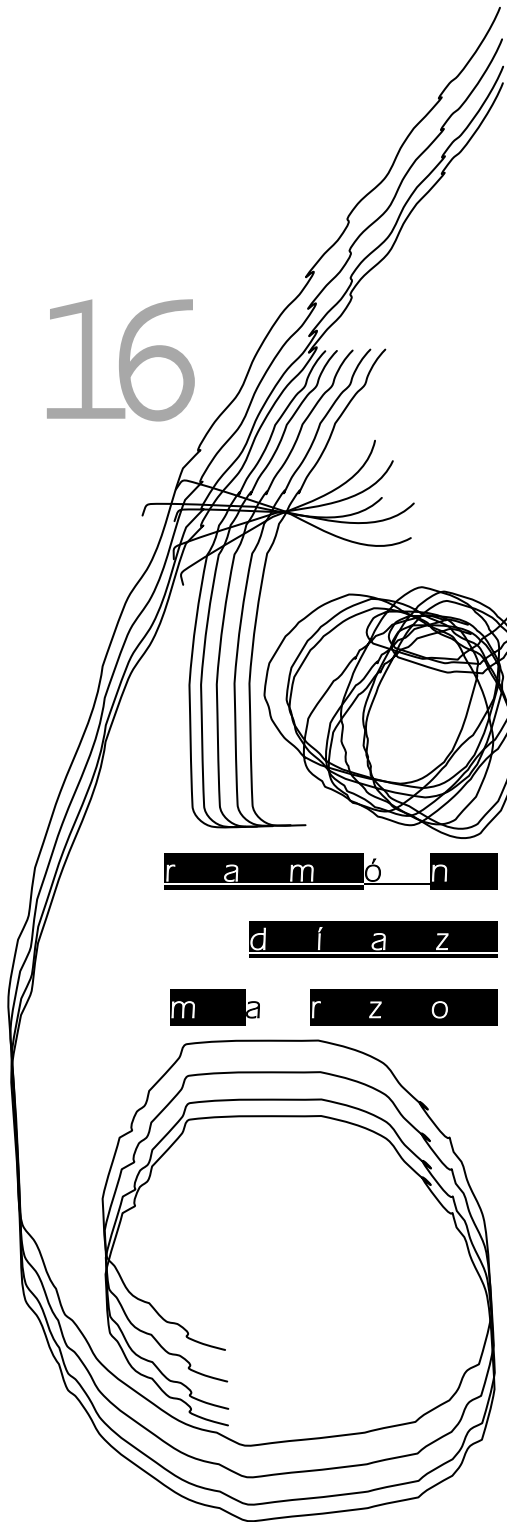
Cuatro días después de entrar a aquel calabozo, lo liberaron a las calles, a sus calles, no sin antes hacerle firmar un Acta de Advertencia. Esa misma noche volvió a estampar su firma en una pared recién pintada. Pero ya no es igual.

Antes El Sexto era una presencia anónima, escondida, que pintorreteaba cualquier espacio; ahora ya saben su nombre, su dirección, su número de carnet de identidad. Se ha convertido en el enemigo pictórico número uno y el castigo que probablemente le darán lo alejará de los muros, de los sprays, de esas madrugadas habaneras en que su delgada mano ponía color a una ciudad tan **desteñida**.

15

La Habana bajo spray
Yoani Sánchez

16



La captura se la hicieron a un joven de 24 años que apenas tiene tiempo de experiencia para saber con rigor que la Revolución y aquellos que la siguen han cometido errores inaceptables.

Pero entre miles de ciudadanos siempre surgen los elegidos, los que sin tener las suficientes horas de vuelo son capaces de saberlo casi todo y no pecar de ignorancia.

El Sexto ha puesto a correr a la temida Seguridad del Estado de Cuba por causa de su firma, que ahora aparece en espacios políticamente vulnerables.

Una imagen vale por mil palabras cuando esas palabras son un montón de anécdotas que conforman una historia. Y en este caso estamos hablando de la historia oficial de una dictablanda dirigida por los hermanos Castro durante más de medio siglo.

r a m ó n

d í a z

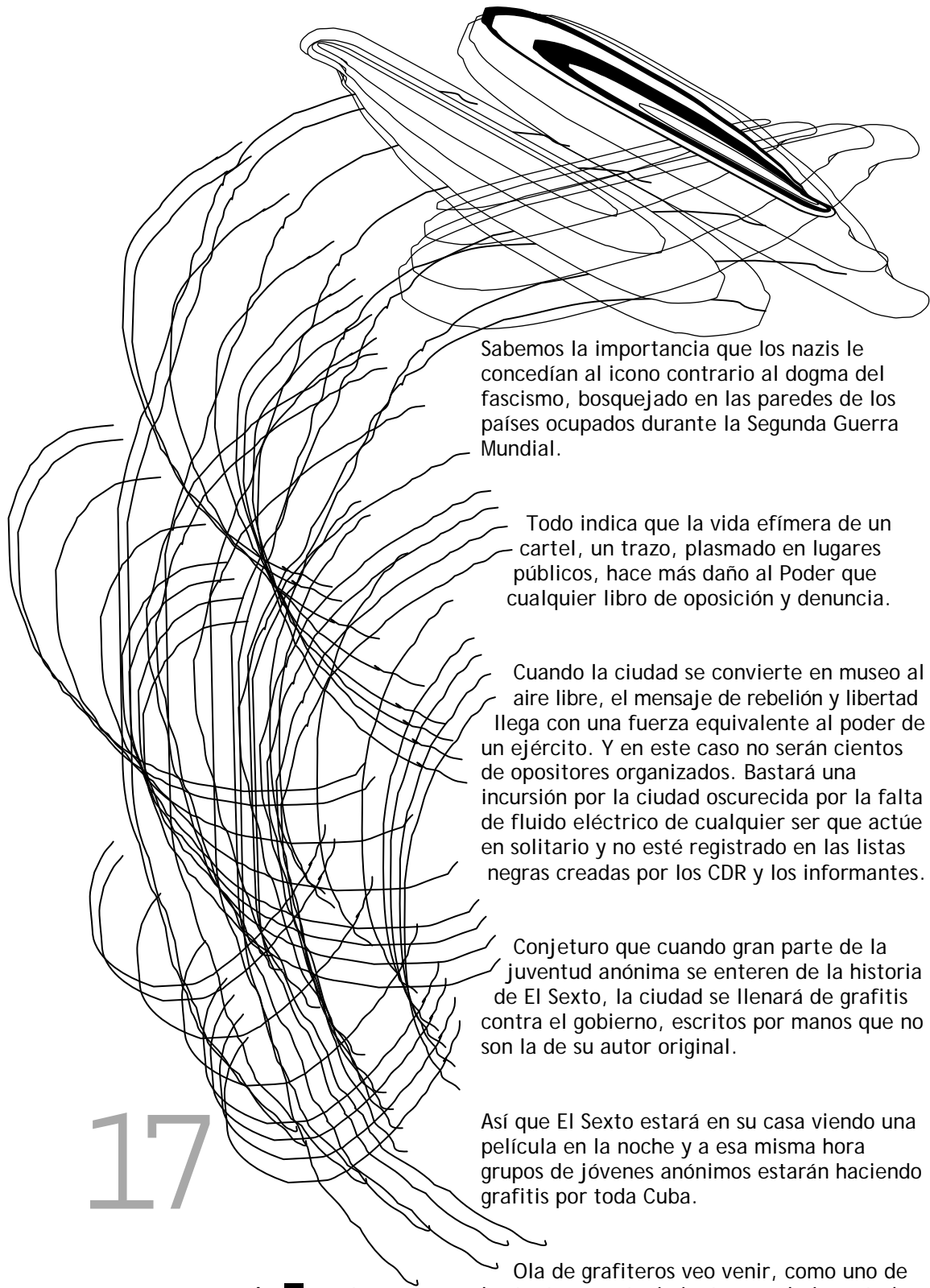
m a r z o

La historia se repite en los comics o en la realidad. Tenemos el caso de la marca de El Zorro. Pero más recientemente, a nivel internacional, los indignados (grupo político sin líderes) que claman en casi todos los países (y Cuba no sería la excepción) por un reajuste del control político del mundo.

Esos INDIGNADOS están utilizando la careta del personaje de ficción del filme *V for Vendetta* dirigido por James Mc Teigue y protagonizada por Hugo Weaving como "V" y Natalie Portman, inspirado tanto el cómic como la versión fílmica en el conspirador real Guy Fawkes, arrestado el 5 de noviembre de 1605 por intentar volar el Parlamento inglés.

LA POLICIA política cubana sacó de circulación por tres días al joven cubano civilmente nombrado Danilo Maldonado Machado, cuyo verdadero nombre es "El Sexto".

Lo que pretendo decir es que ahora la marca de "El Sexto", en la medida en que se nacionalice y sea conocida por los jóvenes cubanos, comenzará o ya comenzó a reaparecer por toda Cuba, como si el hombre de carne y hueso Danilo Maldonado Machado alterara una de las leyes capitales de la física, según la cual un mismo cuerpo no puede estar en diferentes partes.



Sabemos la importancia que los nazis le concedían al icono contrario al dogma del fascismo, bosquejado en las paredes de los países ocupados durante la Segunda Guerra Mundial.

Todo indica que la vida efímera de un cartel, un trazo, plasmado en lugares públicos, hace más daño al Poder que cualquier libro de oposición y denuncia.

Cuando la ciudad se convierte en museo al aire libre, el mensaje de rebelión y libertad llega con una fuerza equivalente al poder de un ejército. Y en este caso no serán cientos de opositores organizados. Bastará una incursión por la ciudad oscurecida por la falta de fluido eléctrico de cualquier ser que actúe en solitario y no esté registrado en las listas negras creadas por los CDR y los informantes.

Conjeturo que cuando gran parte de la juventud anónima se enteren de la historia de El Sexto, la ciudad se llenará de grafitis contra el gobierno, escritos por manos que no son la de su autor original.

Así que El Sexto estará en su casa viendo una película en la noche y a esa misma hora grupos de jóvenes anónimos estarán haciendo grafitis por toda Cuba.

Ola de grafiteros veo venir, como uno de los tantos acontecimientos que la juventud realizará contra un gobierno que ha permitido deliberadamente que la nación se empobrezca material y **espiritualmente**.

17

e l s e x t o
Ramón
Díaz Marzo

A Carlos Manuel Pérez Ávalos, hermano.

Los amigos mueren
pueden dibujar el ataúd
las lágrimas
la casa vacía
presagian el dolor y las flores
nos dejan un golpe de playa y parten
no vuelven los ojos
no estarán presentes en su despedida de duelo
son palabras previstas desde siempre.
Ven escapar las estrellas
sin un sólo grito
ni una palabra de arrepentimiento.
Los amigos dejan los árboles desnudos
y un sabor en la palabra a la hora del café
con un silencio a voces que espanta,
que nos pone a rotar en la cruz.

18

r a f a e l

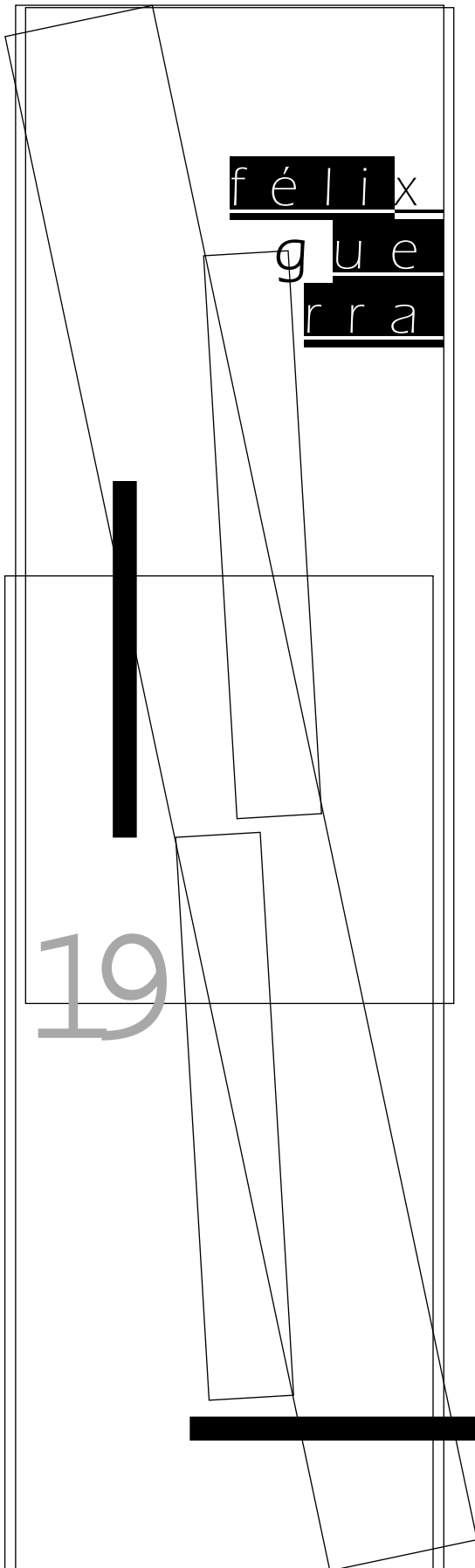
v i l c h e s

A Michael Hernández Miranda y Luis Felipe Rojas Rosabal.

Las palabras me vienen a la boca
como si estuviera a punto de morir
o de liquidar el desasosiego
ahí, en su estampa y burla
las fotos de los amigos
y los amigos.
Estoy harto de palabras
reviento moscas en la boca.
Estoy a punto de sacar mi primer libro;
también existe la primera muerte
la repetición de las moscas
aunque exista Dios
aunque cada día salgas
con el grito en la garganta
y en los bolsillos las consignas de mañana.
Una mentira en el corazón
pesa y nos silencia
nos volvemos a repetir como si fuera ayer.
No hay un después
un no
un me abstengo
(existe la palabra Patria)

¿Importa Dios
un presidente
un país?

Sobre todas las cosas perdura la traición
moscas en la boca presagian mi muerte.



M I L E N I O

Cae el muro, con tendencia a ensanchar la base: busca pólizas y alas desesperadas, pirámides para agonizar.

Cae. Nunca debió erigirse. Tan fortachón, con solo la mitad del bulto hubiese impedido iguales evasiones. Pasión de engordar paredes reproduce ansias de violar: virtud y dramaturgia de las resistencias.

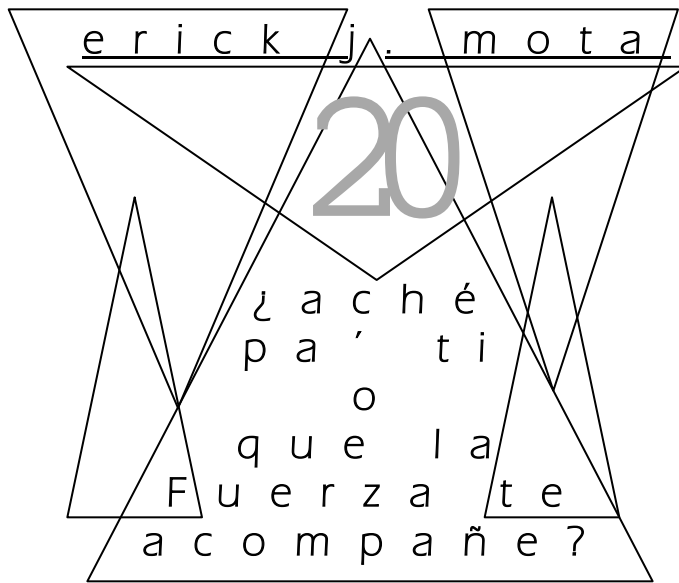
Longitud y altura miden perversidad de quienes los erigen. Al pie de lo que fue, quedan cascotes, guijos, escombros, residuos en congoja horizontal. Segundo bullicio sigue y otra muralla y otra barrera con similar vocación de escombros suma a la agonía de los muros.

Comienzan a extinguirse parapetos y almenares: les toman el pulso y solo permanecen algunas piedras bajando los últimos escalones.

Desenfreno y desplomes: tercero y cuarto muro, y quintos amurallares, y sextos y séptimos blindares y revistieres, son arrasados ladrillo a ladrillo, humo a humo, ojo a ojo, alambrada a alambrada, lengua a lengua, y en el sitio deserción y ausencia, y en los vanos, entre codos y rodillas, infortunios y miserias, se erigen columnas de los inválidos polvos.

Rancios horizontes en decadencias. Mortandad de vallas, tapias y tabiques. Cortafuegos de Norte y Sur, de Este y Oeste, Altos y Bajos, Tapias Interiores o mentales, es decir, Todos los Muros, comienzan a desfallecer: el agua que emerge ensancha comprensiones y esperanzas.

Los muros no impiden sino represan. No disuaden sino alientan la paciencia. No detienen sino que inventan los rodeos.



La encrucijada del elfo y el gúije

IMAGINEMOS por un momento que queremos escribir una obra de la talla de *El Señor de los Anillos*. Pero no tenemos una cátedra en Oxford, ni ayudamos a escribir la Enciclopedia Británica. Hemos nacido en Cuba, tierra del tabaco y el ron, pero nos sigue gustando la fantasía heroica. Somos, además, escritores de fantasía y ciencia ficción (incluso somos buenos escritores). Y vamos a intentar escribir un libro (uno solo) que recree una épica de alta fantasía al estilo de *El Señor de los Anillos*.

Muchos lo han intentado en otros países. ¿Por qué no habríamos de intentarlo nosotros? ¿Cuáles serían nuestros primeros problemas cuando nos lea un lector nacido también en Cuba, tierra del ron y el tabaco, la mulata y el son?

Para empezar, en Cuba no hay elfos. Esa es una mala noticia para los entusiastas. En las leyendas que enriquecen nuestro pasado cultural de nuestro país no hay elfos. Tampoco hay hadas, gnomos, goblins, trolls, enanos y demás seres feéricos. ¿Significa esto que estamos obligados a poblar nuestra nueva "tierra media" de gúije y chichirikús?

Para empezar, en las islas británicas la tradición feérica, así como la tradición heroica de los cantares de gesta, no es tan fuerte como en el resto de Europa. Posiblemente el Reino Unido posea menos leyendas de duendes y hadas que países como Noruega, Alemania o la propia España (madre cultural de la tierra del tabaco y el ron).

Incluso una lectura más profunda al *El Señor...* nos indica que la mayoría de las tradiciones, las estéticas medievales, e incluso el propio universo fantástico fue creado a partir de códigos extranjeros.

Pero... ¿quiere esto decir que se salvaron los unicornios y las hadas de ser sustituidos por gúije y madres de aguas?

Hagamos una aproximación a los elfos de Tolkien que han servido de modelo globalizador para cientos de otros elfos posteriores en universos como *Dungeons & Dragons*. Los elfos de *El Señor...* no se parecen a ninguna tradición cultural feérica registrada ni en Inglaterra ni en el resto de Europa. Nada que ver con los pequeños duendes del bosque, o con las deformes criaturas que barren las casas en la noche. Los elfos de Tolkien son altos, esbeltos, fuertes. Son casi modelos utópicos del hombre nuevo de Marx o el ario superior de Hitler. Son el Súperhombre de Nietzsche con orejas puntiagudas y hablando una curiosa mezcla de finlandés con danés.

Este "elfo", ya no tan élfico, creado casi artificialmente por un escritor de un país con una mínima tradición élfica, fue el modelo que se ha seguido en la posteridad dentro de la Fantasía Heroica. El modelo élfico según Tolkien ha hegemonizado la cultura de la Espada y Hechicería Europea y Americana. Al punto que una relectura del elfo, siguiendo una pauta más tradicional, como en el caso de los elfos domésticos de JK Rowling, genera incomodidad en los lectores que gruñen la frase: "pero los elfos no son así, los elfos son bellos, altos y grandes guerreros. Los elfos son como dijo Tolkien que es el que sabe".

¿Qué hizo Tolkien para lograr que una ficción se fusionara más al imaginario popular que las antiguas tradiciones culturales?

Nada nuevo. Simplemente fue original y tomó lo que le gustaba del legado cultural europeo. Pero lo hizo sin copiar. He aquí una buena lección, ya no solo para el escritor de fantasía heroica, sino para los escritores de ciencia ficción y fantasía en general. Podemos tomar prestado de otros imaginarios pero jamás debemos copiar. Porque si copiamos los elfos o los unicornios ya no estaremos en posición de crear algo nuevo. Estaremos escribiendo nuevamente *El Señor de los Anillos* pero en español.

En la Solarística o en la Estrella de la Muerte

En ciencia ficción sucede algo parecido. Del mismo modo que la fantasía heroica está inspirada en el bagaje cultural, la ciencia ficción está ligada al desarrollo científico técnico de cada nación. En tal caso nosotros estamos en desventaja táctica.

A principios de los años 60 los soviéticos comenzaron la carrera espacial y a finales los norteamericanos caminaron por la luna. Nosotros, la tierra de las palmas y la Revolución, tuvimos Playa Girón, Crisis de Octubre y Escambray. No había tiempo para pensar en la ciencia, en el progreso o en los dones de la tecnología. Estábamos muy ocupados cambiando el presente como para poner nuestros ojos en la Luna, las computadoras o los autos del futuro.

En los años 80, nuestra nación estuvo más ligada al proceso de desarrollo científico técnico. También podemos afirmar que, de haber existido una Edad de Oro en la ciencia ficción cubana, habría sido en esta década. Pero el desarrollo de la ciencia e ingeniería en Cuba fue un proceso estrechamente asociado (más bien satelital) a la Unión Soviética. Así, los cubanos pusieron sus ojos en el cosmos de un modo diferente a los norteamericanos en los sesenta. Cuba miró la conquista espacial desde un lente soviético de naves Soyuz.

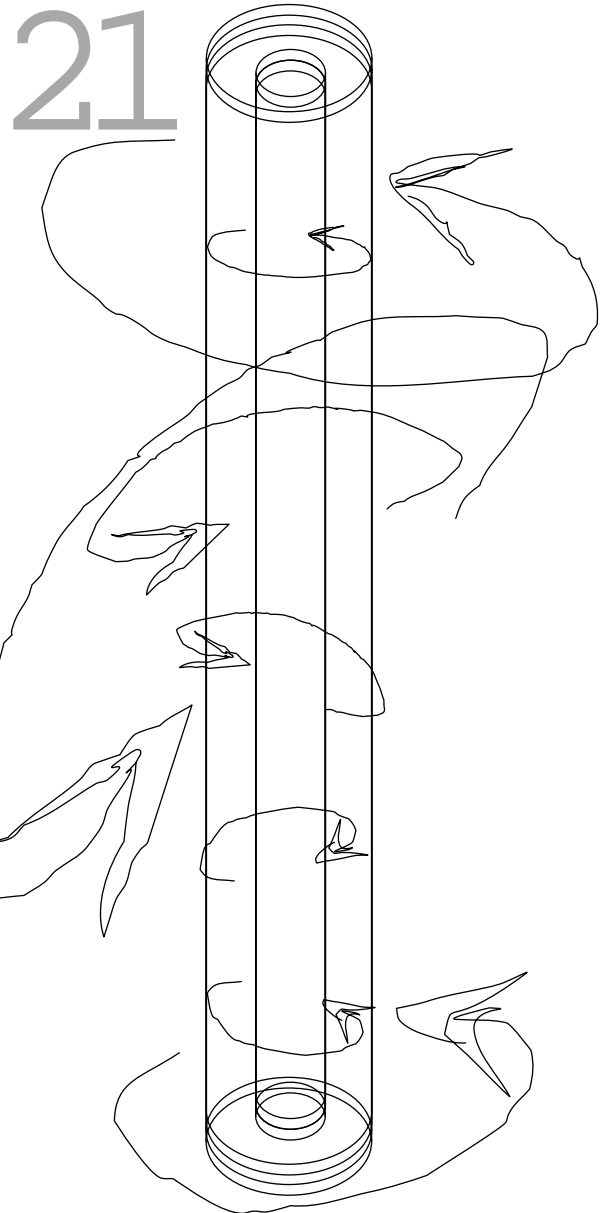
Era de esperar que la ciencia ficción de la década se caracterizara por copiar los modelos soviéticos y de Europa del Este. De igual modo se creó una literatura pensada más como propaganda política que como mercado o arte.

Quedó demostrado que el país del tabaco y el ron no podía ser el país de los ingenieros y los científicos. ¿Pero acaso esta desventaja táctica nos condena a copiar modelos de la ciencia ficción extranjera? ¿Es esta la maldición de la tierra del turismo y las mulatas? ¿Escoger entre la épica espacial de Robert Heinlein o la utopía cósmica de Efremov? ¿Decidir entre *Neuromante* o *Stalker*?

En lo personal no creo que copiar sea la única alternativa. Siempre tendremos la opción de Tolkien y crear nuestros propios elfos (o nuestros propios gúijes, a estas alturas ya no

importa). Darle la oportunidad a la creatividad y a la originalidad también es una opción. A diferencia de Norteamérica, Europa y América Latina, Cuba tiene la influencia de la antes mencionada ciencia ficción del Este. No hablo ya de utopías socialistas, sino de autores como Stanislav Lem o los hermanos Strugavsky. En la tierra del tabaco y el ron, se han visto por igual el *Star Wars* de Lucas y el *Solaris* de Tarkovsky. Eso es un caldo de cultivo único para posibles épicas y estéticas dentro de la ciencia ficción del futuro.

Del mismo modo que Tolkien pudo influenciarse por igual del *Cantar de Roldán* y *Gilgamesh*, nosotros podemos reinventar nuestro propio romance tecnológico. Con influencias tanto de los *Caribdis en Iris* como de los *Caminantes Imperiales en Hoth*.



Cyberpunk, Biopunk, Chamán-punk...
¿Orishapunk?

Autores latinoamericanos de última generación se han decidido por crear cosmogonías propias en lugar de seguir los modelos norteamericanos y europeos ya establecidos en el género. El famoso y controvertido *cyber-punk* y sus descendientes *neocyberpunk*, *biopunk* y otros *punk*, llegó a América Latina para quedarse. Posiblemente porque en el sur ya se vivía un poco distópicamente, ya se consumía la alta tecnología foránea, y la sociedad era un tanto subreal.

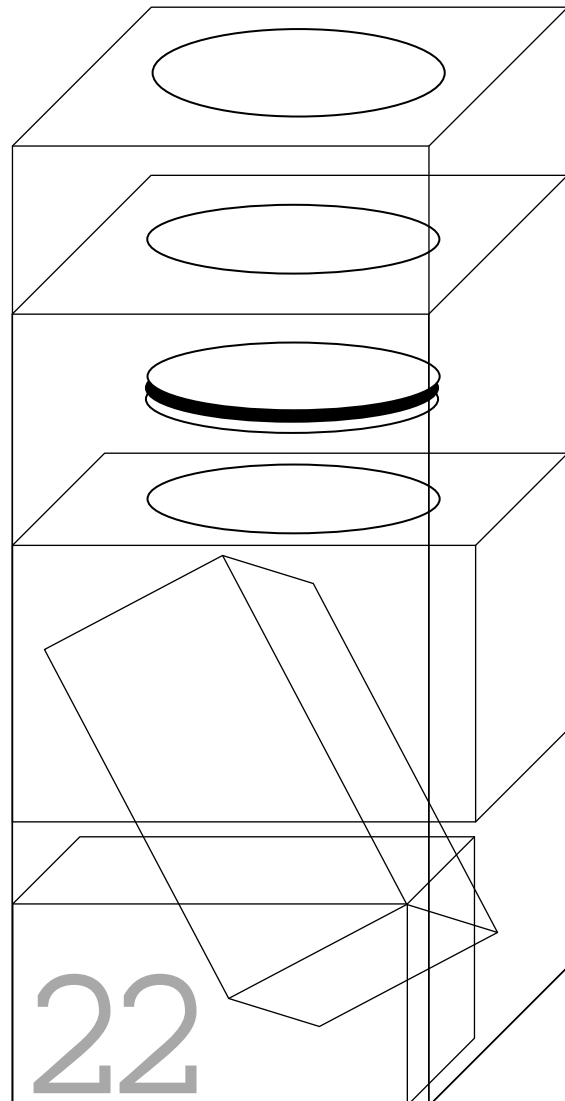
Pero no es igual cuando la pobreza se imagina desde un apartamento de Londres o frente a una computadora portátil MacIntosh en Rhode Island. Hacer ficción sobre la pobreza, la inflación o las guerras civiles tiene un sabor distinto cuando se escribe en las calles de Ciudad Guatemala o DF en México. Así los autores latinos han escrito sus propios no-sé-qué-punk y han formado su propia dinastía dentro de la familia punk que Gibson y Sterling fundaron en los años ochenta.

Jorge Barandit, en Chile, se leyó el *Neuromante* y escribió *Ygdrasil*. Tomó el *cyber-punk* clásico y lo mezcló en buenas dosis con chamanismo y espiritismo. Ahora se le llama *Chamanpunk* y forma parte del canon de la ciencia ficción actual. Los autores mexicanos también se leyeron a William Gibson, pero no lo copiaron tal cual. Le imprimieron algunos detalles propios de su sociedad, tales como la violencia, la superpoblación y la propia cultura mexicana. Vio la luz un nuevo tipo de *cyber-punk* latino que, hoy por hoy, marca la diferencia con el *cyber-punk* anglosajón, del mismo modo que los elfos de Tolkien se alejan de los elfos clásicos europeos.

La actual ciencia ficción que se hace en Latinoamérica, violenta y chamánica, es también una influencia, un motivo de inspiración, pero nunca un movimiento que deba ser seguido o copiado fielmente. La ciencia ficción de la América continental proviene de una cultura de hacinamiento en grandes ciudades donde los habitantes de cada barriada se cuentan por millones. Donde el robo y desguace de autos puede pasar de actividad ilegal a industria local. Pandillas y grupos urbanos que hablan su propia jerga ininteligible. Todo ello forma parte de la realidad de Ciudad México o Bogotá. Una

nueva cultura que roza al *cyber-punk* de la ficción en una realidad sin neón y con indios discriminados.

La cultura indígena, la africana y la europea del continente tiene sus diferencias con las de las islas. El país del ron y el tabaco es una *rara avis* con sangre latinoamericana y también sangre del Caribe. Colección de islas donde se mezclan todos los estereotipos turísticos con los escenarios más macabros y sangrientos. Pesadillas caribeñas como Trujillo, quien rigió República Dominicana con mano de hierro, del mismo modo que Sauron regía Mordor con su Ojo Sin Párpado. O François "Papa Doc" Duvalier, con tantos poderes mágicos atribuidos que hacían palidecer al mismo Rey Brujo de Angmar. O los Tonton Macoute, cuya aura oscura consiguió hacer de los *nazgûl* jinetes amigables vestidos de un modo estrafalario.



Dí ekobio y entra

Por otra parte, nuestra herencia cultural es única en su tipo. Es el fruto de una rara mezcla de culturas. La tradición hispánica nos provee no solo de gnomos sino de épica en su estado más puro. Y si alguien lo duda que compare el *Mío Cid* con *El anillo de los Nibelungos* o con el *Cantar de Roldán*. La epopeya española de la lucha contra el dominio musulmán posee todos los elementos de la épica clásica que sirvieron de base a la Espada y la Hechicería.

La cultura yoruba, la bantú y las tradiciones carabalís, por medio de la oralidad nos han legado una épica muy particular llena de sabiduría y consejos sobre ética y sentido común. La sabiduría del oráculo de Ifá transmitida en forma de patakines orales, en lugar de cantares de gesta escritos en runas, da forma a una cosmogonía muy particular como la yoruba, además de introducirnos en el pensamiento abstracto de un imperio comercial que desarrolló el álgebra binaria muchos cientos de años antes que Bull.

Las epopeyas de Shangó, Oggún u Oshosi son una épica inspiradora no solo para una probable nueva Alta Fantasía, sino para una ciencia ficción propia y original. El secretismo, la ética y el simbolismo ñáñigo, heredero de la tradición carabalí, han nutrido el imaginario popular. Abakuá, tanto como sociedad secreta y hermandad, que como tradición teológica y abstracta, constituye un reservorio incalculable para la ficción, tanto en estereotipos de corte policiaco como en cuanto a abstracciones o estéticas que marcan la diferencia con otras culturas africanas. Tanto, como la propia lengua efik, de la cual muchos vocablos como ekobio, asere o nawé ya son parte de la forma de hablar de estos tiempos.

Los güijes no son una herencia del todo africana. Llegaron a la isla en las canoas araucas, junto a los cemíes en lo alto de las palmas, y a los dioses ocultos en las tortugas o los murciélagos, y al dios del Mal que limpia su plumaje en un foso entre las lomas o transforma mujeres en mariposas nocturnas y niños en matas de guao. Un todo en uno, tan raro y tan exótico que ni el propio Tolkien habría podido concebir con su desbordada imaginación de enciclopedista de Oxford. En la tierra del tabaco y el ron las leyendas europeas de jinetes decapitados se mezclan con seres míticos taínos. Las leyendas de

cagüeiros en los campos de Cuba poseen el mismo nivel de suspenso y terror de las historias de hombres lobos en Europa o los wendigos en Norteamérica.

Claro, no se trata de hacer antropología recreativa. Pretendemos hacer ficción y hacerla bien. Pretendemos incluso hacer épica fantástica. Por lo que el consejo del maestro sigue en pie. No podemos copiar. Tanto nuestra cultura como la foránea debe ser inspiradora para nuestra creatividad. Jamás puede ser un patrón canónico a seguir.

No es necesario hacer un *El Señor de los Anillos* en Cuba, tierra de mambises locos que enfrentaban con machetes de acero de Toledo a regimientos de infantería española, armada con fusiles y artillería alemana. Tierra donde sacerdotes de las islas del Caribe sacrifican vacas en la enganga de la Loma del Cimarrón; y a solo 200 metros de allí, en el Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre, reposa el Premio Nobel de Literatura entregado a Ernest Hemingway.

Definitivamente, no. Si escribimos una novela épica a partir de nuestra épica diaria, inspirada en lo mejor de lo escrito sobre fantasía heroica y apoyada en nuestro pasado cultural. Ya no habremos escrito *El Señor de los Anillos*. O *Tropas del Espacio*. O *Neuromante*. Habremos escrito otra cosa. Algo tan diferente y único como lo es el cubano mismo. Cubano que en cualquier parte del mundo (de Tokio a New York) es capaz de romper el silencio para gritarle a un compatriota: "¡Asere, qué bolá! ¿Y tú qué haces por aquí...?"

Aquello que nos atrevamos a escribir siendo eso que somos, estemos orgullosos o no de nuestra Isla y nuestro mar Caribe, pese a nuestro deseo de haber nacido ingleses y profesores de Oxford, aquello que seamos capaces de crear siendo simplemente lo que somos, es posible que en el futuro sea considerado canónico. Incluso es muy probable que otros norteamericanos, rusos e ingleses comiencen a copiarnos. Así como ahora intentamos copiar al profesor Tolkien.

ÉTICA CIBERNÉTICA:

como la palabra de marras termina casualmente en “-ética”, comienzo “jugando” con lo que debía estar implícito en su ejercicio, pero que, desafortunadamente, a veces brilla por su ausencia en algunos blogs cubanos, que se disputan el adjetivo “chanclero” entre sí (y al que le sirva el atuendo, que lo modele en la pasarela).

Iré al grano, sin mentar santos pero sí sus “milagros”.

He notado una tendencia muy marcada en determinados blogs cubanos —de autores anónimos para remachar el clavo, y en otros pocos que lo hacen a cara descubierta— de utilizar la gordura, la raza, la vejez, la fealdad, la calvicie, la preferencia sexual o la constitución física para denigrar a quien piensa u obra diferente a ellos, y no sólo de los autores de estos “chusmiblogs”, sino también de sus comentaristas.

baltasar
santia go
martín

Hubiera preferido no hacerlo, pero considero inevitable poner como ejemplo un post sobre la visita de Michelle Obama a una escuela, donde algunos comentaristas la llamaron “mona” y “fea”, entre otras lindezas por el estilo, sin que la dueña del blog los moderara o suprimiera.

También está el uso de los adjetivos “ojúo” y “enclenque” para descalificar a Guillermo Fariñas durante su huelga de hambre.

A Alicia Alonso le han dicho “bruja”, “fea” y “cagalitrosa”, como si envejecer fuera un delito y la fealdad una decisión propia, independientemente de que Alicia se ve muy bien para su edad.

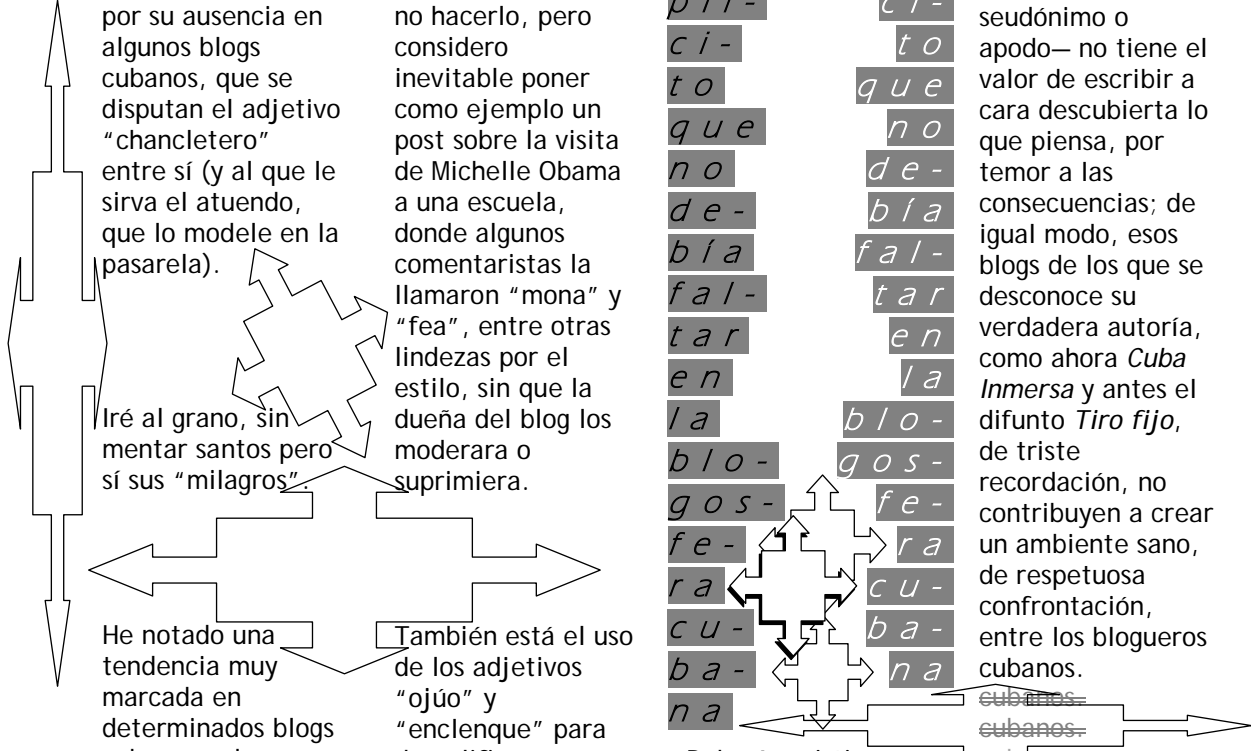
ética

ética ci-
ci- ber-
ber nética:
nética: al-
al- go
go im-
im- plí-
plí- ci-
ci- to
to que
que no
no de-
de- bía
bía fal-
fal- tar
tar en
en la
la blo-
blo- gos-
gos- fe-
fe- ra
ra cu-
cu- ba-
ba- na

Debería existir un código de ética cibernética para educar y disuadir —nunca prohibir, ni censurar— el uso de estos improprios de tan mal gusto contra las personas que piensan y/o actúan diferente al articulista o comentarista bloguístico, ya que ni la gordura, la fealdad, la calvicie, ni la vejez, repito, son cualidades morales con que se deba descalificar a nadie.

De regreso a algo que mencioné sin profundizar, el anonimato —aunque generalmente aceptado—, me parece también algo poco ético, pues el que se escuda tras él —o tras un seudónimo o apodo— no tiene el valor de escribir a cara descubierta lo que piensa, por temor a las consecuencias; de igual modo, esos blogs de los que se desconoce su verdadera autoría, como ahora *Cuba Inmersa* y antes el difunto *Tiro fijo*, de triste recordación, no contribuyen a crear un ambiente sano, de respetuosa confrontación, entre los blogueros cubanos.

De veras que hago un llamado a todas estas ovejas y ovejos descarriados a que regresen a la cordura —sin que se conviertan en corderos— y paren de descalificar así a los que, por causas ajenas a su voluntad, están o son gordos, feos, viejos, enclenques, “ojúos”, “pájaros”, pero son, están y cabalgan, mi **Sancho**.



25 s e m b l a n z a d e u n s e g u i d o r

v i c e n t e e c h e r r i

EL ÁCIDO PERIODISTA Luis

Ortega solía decir que Carlos Ripoll —uno de los primeros estudiosos de la vida y obra de José Martí— había venido a conocer a Martí en el exilio. Ortega, que siempre andaba sobrado de ácido y de sorna, lo decía como para señalarle un defecto a Ripoll o en ánimo de menoscabar su labor de investigador; sin embargo, para mí esa especie de escarnio constituía más bien un reconocimiento al hombre que, al morir este 2 de octubre era una autoridad indiscutible en el terreno de los estudios martianos, a los que había dedicado el último medio siglo de su larga vida.

En Cuba, Ripoll había sido otra cosa, y los que le conocieron entonces no lo recordaban como particularmente interesado en la historia nacional ni en la de su máximo prócer.

Había nacido en un hogar acomodado, en una de las viejas mansiones de la calle Línea, cercanas a la Parroquia del Vedado. Su padre, español, era sobrino nieto de Emilio Castelar y, como tantos españoles en Cuba, había hecho fortuna, llegando a ser, con Julio Blanco Herrera, uno de los primeros accionistas de la cerveza Cristal (“clara, ligera y sabrosa”, como la proclamaba su publicidad).

Su madre era una cubana elegante y bonita. De una foto suya en que puede vérselo, muy joven aún, en un coche de caballos por la calle Línea, decía el genealogista Enrique Hurtado de Mendoza que era la mejor representación de la mujer de la clase alta de Cuba.

Carlos sería de los más jóvenes de varios hermanos, uno de los cuales fue sacerdote jesuita. Tuvo la tradicional educación religiosa de los niños de su clase, pero sus ideas liberales deben haberle ido alejando de los estereotipos conservadores del catolicismo más rancio.

Estudió ingeniería y se dedicó desde temprano a los bienes raíces, para convertirse en lo que en buen inglés se llama un *developer*. Se casó joven con la hija de un millonario. En La Habana de los años cincuenta, donde se produjo una auténtica explosión urbanística, los negocios de Ripoll prosperaban. La cultura no le era indiferente, pero venía a sumarse a los adornos sociales de un señor.

Con el triunfo de la Revolución, ese panorama cambió de manera radical y ya en 1960, en medio de la primera gran estampida, Ripoll llega al exilio con su mujer y, por no haber sido lo suficientemente previsor, sin mucho dinero. Tenía 39 años y se veía obligado a reinventarse. Es entonces que viene a Nueva York y, en poco tiempo, se doctora en Lenguas Modernas y Literatura Hispánica y empieza su carrera de profesor. Podría haberse conformado con eso, como tantos otros: con el medro de una cátedra y los libros que suelen escribir la mayoría de los que enseñan sin más propósito que el de hinchar un currículum. Él, en cambio, no tardó en dar con Martí: y su fascinación por la persona y la obra de éste habrían de durarle por el medio siglo que le quedaba por vivir.

Creía que, pese las ediciones que se habían hecho de las obras completas de Martí (sobre todo a partir del archivo heredado por Gonzalo de Quesada), aún quedaban artículos extraviados o desconocidos de los muchos que aquél escribiera para publicaciones periódicas, tanto de Estados Unidos como de América Latina.

Este afán lo llevó a hurgar, con éxito, en las colecciones de *The Hour* y *The Sun*, dos de los diarios donde Martí colaboró casi desde su llegada a Nueva York, que podían encontrarse en las hemerotecas de la *New York Historical Society*, la Biblioteca Pública de Nueva



York (una de las primeras instituciones del mundo en su clase), la Universidad de Columbia y la Biblioteca del Congreso, en Washington D.C.

También buscaría minuciosamente en las colecciones de *La Nación* de Buenos Aires, *El Partido Liberal*, de México, *La Opinión Nacional* de Caracas, entre otros diarios; indagación que lo llevó más tarde a proseguir el rastreo en Argentina, Uruguay, México, Venezuela, con la sospecha de que podrían encontrarse textos martianos en archivos periodísticos más completos o en otras publicaciones menos famosas.

Cuando vengo a conocer a Ripoll, veinte años después de su llegada a Nueva York, ya es un destacado hermenéuta de la obra de Martí, la cual ha logrado enriquecer con el aporte de algunos escritos desconocidos, al tiempo que un verdadero especialista de su biografía.

Pese a la genuina admiración que Ripoll sintió por Martí, su acercamiento a la figura de nuestro héroe nacional no fue la típica de un hagiógrafo. Debajo de la montaña de laudes y tributos que en un momento

llegaron a convertir a Martí en un santo (recordémonos de la biografía de Rodríguez Émbil) o en nuestro “Apóstol” (título que Ripoll detestaba), él se empeñó en rescatar, una y otra vez, al hombre real, de carne y hueso, con sus naturales flaquezas y, no obstante, más grande y noble que la mayoría de sus contemporáneos.

La búsqueda de este retrato y —en la palabra viva de Martí— de una brújula que sirviera para orientar a un pueblo envilecido por la gestión totalitaria, no la expuso Ripoll en un trabajo único y monumental, sino que la fue desgajando, a lo largo de cincuenta años, en cerca de un centenar de libros y folletos en que abordó múltiples aspectos del carácter y pensamiento del hombre y del patriota: *Martí, patria y mujer*; *La vida íntima y secreta de José Martí*; *Martí lector*; *Martí gourmet*; *La noble intransigencia de José Martí*; *Cervantes y El Quijote en José Martí...* y un largo etcétera en que apenas quedan aspectos del individuo y de su quehacer que no fueran tratados con sinceridad y elocuencia.

En esta tarea, que trascendía los límites de la labor intelectual, Ripoll se fue identificando con Martí

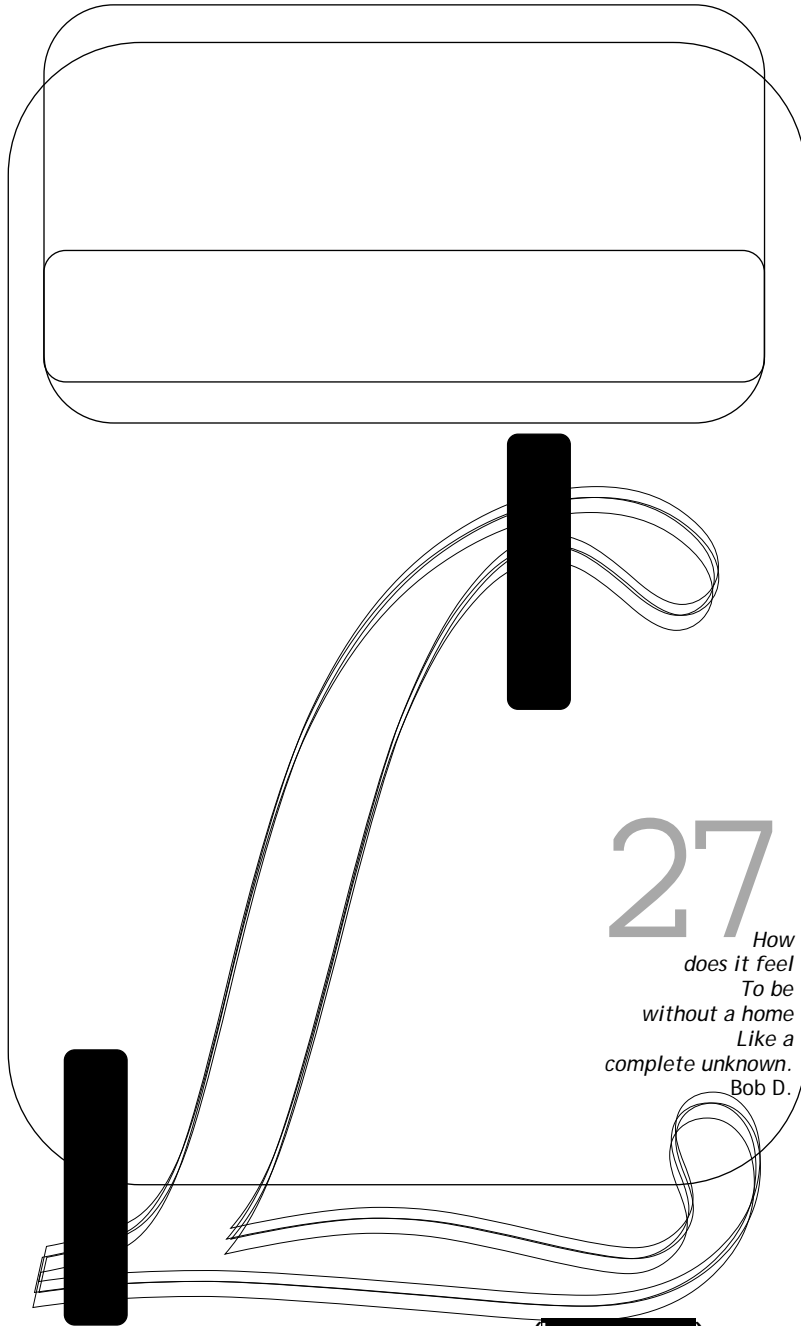
hasta el punto de asumir naturalmente como propio el estilo de decir y de contar de éste. No se trataba, sin embargo, del plagio de un estilo, sino de su asunción con entrañable amor discipular. Creía él que en el discurso de Martí había encontrado el cubano una insuperable forma de expresión y que, frente al gran naufragio nacional que nos trajo el castrismo, la perpetuación de ese discurso constituía un válido instrumento de identidad.

Tan perfecta era esa identificación suya con la voz de Martí, que una vez llegué a decirle que algunos de sus textos podrían haberse glosado al corpus martiano sin que nadie se diera cuenta. Él lo justificaba como prueba de su devoción.

De ahí, por ejemplo, que al dirigirse a un grupo de exiliados en Nueva York —en la conmemoración del 10 de octubre de 1978— para condenar el llamado “diálogo” con el régimen cubano que entonces sedujo a tantos, pareciera que era Martí el que decía: “Allá irán algunos de carnaval y de banquetes a ver cuánto rinde el crimen y cuánto de él se puede sacar. Allá irán algunos a dar la mano, a sonreír, a ver arrancado de su suelo al cubano, y desposeído de la riqueza de su tierra. Allá irán algunos a ver la insolencia extranjera que rige la vida de su patria, a ver descompuestos en el silencio, el disimulo y la cobardía a sus hermanos. ¡Allá irán algunos; **nosotros no podemos ir!**”

l i a v i l l a r e s

(horaes-casa)



27
*How
 does it feel
 To be
 without a home
 Like a
 complete unknown.
 Bob D.*

(hora es-casa)

lia lia
 vill vill
 are are
 s s

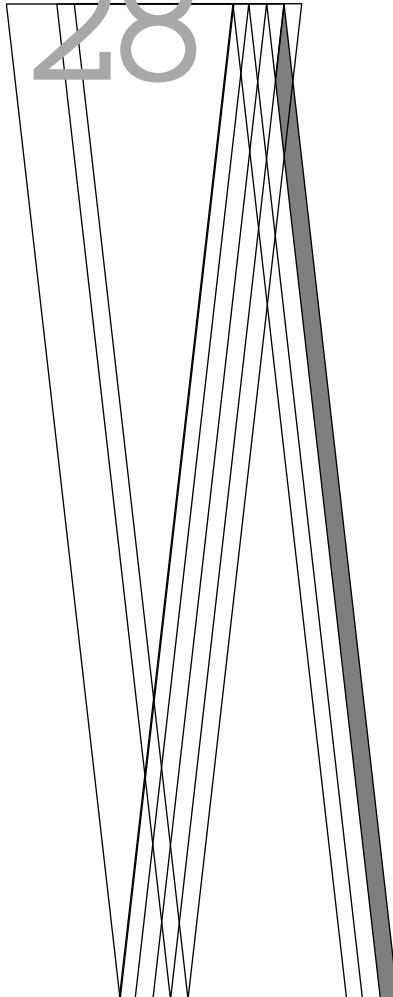
Mi madre se paraba junto a la puerta del balcón y decía qué bonito se está poniendo mi flamboyán, como si no se acordara de que su flamboyán había sido extirpado de raíz hacía sólo unos meses.

Polvo. Hay tanto polvo. Todo el tiempo lo respiro. Lo quito y no hago otra cosa que levantarlo de nuevo un poco para que vuelva a caer sobre el piano y los libros y lo cubra todo una y otra vez y llegue a los pulmones y lo expire después y así tan siempre. Somebody new, somebody to love. Tus peines sur mon coeur et vos pieds sur une chaise. Una mancha se sale del cuadro. Llega casi a la pared, pierdo la vista vertiginosamente. No tengo a quien mirar ni qué de todas formas pero. Los ojos. Me caigo de sueño, desvelo, dormida muero de sueño. Marcas en mi cuerpo. Cada vez que me baño y presto atención descubro nuevas marcas: arañazos cerca de las nalgas, postillas que arranco una y otra vez y siempre sale mucha sangre, moretones de golpes sorprendentes por inadvertidos que parecen mentira y me provocan todo tipo de cuestionamientos, dudas, indiferencia y por último desconsuelo al fin y al cabo. Me apesadumbran. Mosquitos. Lleno de luz cada día este cuarto y ahí siguen, sedientos, aplastándose bajo mi palma ruidosa, inútil. Trenes. Otra vez los trenes. Las guaguas, los carros, los pasos perdidos de la gente en la calle de noche, tarde. Pero sobre todo los trenes. Esos trenes que nunca dejan de pasar a deshora en la madrugada insomne, forman parte de la noche, de todo, como el reloj atrasado, como el radio y su *Esquina del jazz*, cita insípida para trasnochados. Como mi progresiva ceguera en las páginas de Kerouac en la tan

poca luz. Como la propia luz de la lámpara amarilla de mi hermana en la habitación inmediata, como su voz en puro murmullo a veces. Articular las palabras para desarticular los sentidos, todo el significado, implícito o no en cada uno. El trasnochaje. La vacuidad de todos los momentos sin. La inanidad. Aunque no sepa quién, después de todo. Aunque tampoco espere, ni crea querer ver. La prisa. La demora. La espera. La ansiedad. La calma. Finitudes. Un día tanto tempo en derroche delicioso y al otro inalcanzable. La necesidad, la aceptación, la indeterminación, la conformidad. La numeración. Las obsesiones. La insalvabilidad. La certeza, la memoria, la inacción. Vaguedad. Artificio. Errores. Decadencia abierta en todas las cosas, a todas luces. Bajo el techo o el árbol. Pereza, lectura, regodeo, insatisfacción, narcisismo, pérdida, música. Cristales enredados con hilos del sonajero accidentado. Párpados abriéndose y cerrándose. Continuamente. Coltrane escupiendo frases incoherentes, inacabadas, cortadas. Fragmentación. La entrada del piano y el aplauso al saxo. Parálisis. Movimiento. Estaticismo. Importancia. Dibujo. La no-historia, no-acción, no-narratividad. Caminar en zigzag o en línea recta. O en círculos, caminar hacia, hasta, la casa. Mi casa. La radio. (Ah, por último, no lo olvide, por favor, no lo olvide nunca: Defienda la sonrisa.) A mal tiempo, peor cara. Desánimo y más polvo. Quelq'un. Tinta. Miles

Davis. Morricone. Paciencia, madrugada, esterilidad, extrañeza. Callos en mis pies. Ganas de orinar, muchas, de lavarme los dientes, de oír silbar a alguien, para mí, siempre ganas de lo mismo. Cal arrancada de las paredes. Inmovilidad. Sed. Verticalidad. Alivio. Ruidos. Oscuridad. Gotas cayendo, bichos, miedo, gatos, ojos, beso, suavidad de la luz lunar, gotas de alcohol derramadas en el suelo, maullido, grito, llanto, madera que cruje en la puerta contigua de mi madre. Sus suspiros ininterrumpidos. Repetición. *Ad infinitum*. La mismidad.

28



(hora escasa)

Creo que las manos se me han reducido. O por lo menos el dedo meñique de mi mano izquierda se ha vuelto infinitamente minúsculo, tanto que casi parece tener una sola y frágil falange.

Empezar desde el principio es el absurdo, antes del absurdo: partir desde el absurdo hacia un absurdo mayor.

La cronología es falsa, toda sucesión de eventos es falsa y retorcida como el que se rige por ella. La Historia es el caos.

Luego, por cualquier parte se puede comenzar una historia cualquiera, insignificante, todavía menos importante es por dónde ha de recorrerse el camino, o desde dónde ni cómo trazarlo.

Así, en lo que trato de doblar mi pequeñísima falange, mis labios articulan la letra de un tema brasileño que se antoja ahora triste, pero es acaso alegre, ingenuo, acaso esperanzador. Amontonados en las paredes enteramente cubiertas, trozos desarticulados de memorias —trozos de memorias desarticuladas—, cada cual con una historia muda, semiofrecidos, inconfesables a las miradas ajenas e inocentes, tanto quéseyo contenido, recuerdos congelados, recuerdos muertos-vivientes, zombies macabros pasivos, almacenados en las paredes como fósiles de mariposas o bichitos de luz, fantasmales

pedazos de tiempo dormido, recogidos en cachos de papel, detrás de marcos con o sin cristales, rotos, escondidos, mostrados sin el menor pudor.

Perversa, enferma costumbre repugnante y sádica de las gentes de conservarlo todo, de querer estar cerca de sus memorias inarticuladas, materializadas en tinta y color amarillento. Testigos enmohecidos, evidencia esquizoide y cruel del tiempo.

Morbosa manía de querer simplemente recordar, continuamente, retener los instantes perdidos, escandalizarse con la aterradora noción de la única existencia del tiempo presente, queriendo revolver el tiempo pasado, arrancarse la postilla cicatrizante.

El absurdo rechaza el suicidio para mantenerse entre la confrontación de la interrogación humana y el silencio del mundo.

Incierto. Creo que soñé que mis manos se iban achicando, empequeñeciendo hasta el ridículo. Me quise dormir por un rato. Es como único puedo estar cerca de ti, alej. De-nuevo.

Pero pasarse la mayor parte del tiempo durmiendo en la mentira es sumamente aborrecible, en otra sociedad sumisa al orden, igualmente dormida.

Tampoco me preocupa demasiado. Casi nada.

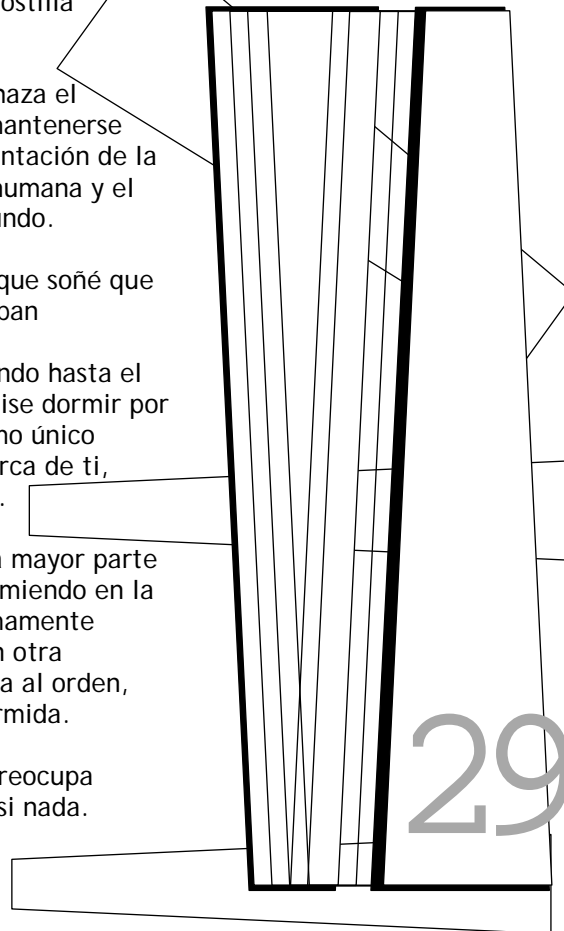
Es imposible empezar por el principio.

Y poco funcional. Persistir en la idea de tristeza absoluta es crónico, dice Bataille.

El reconocimiento, indiferente por inservible, malogrado, del fracaso... (¿Cruel?: liviano, así es como te sientes, para mi pasmosa perplejidad.)

Carcajada, mueca de espanto, arqueada de dolor, angustia de risa histérica, condición extrema de ahogo en un llanto viciado, ridículo, inevitable, impuro. No sé, cómo decirte mi dolor, no sé...

Hay que saltar del lecho con la firme convicción de unas manos reducidas.



(hora noche)

Un olor a ron Refino transpirado, a transporte urbano a media noche, a saliva y cigarro Popular. No dejaba de mirarme y mirarme y decir cosas como: ¿No ha pasado nada por ahí? o ¿No tendrá un fósforo, belleza?

Yo tenía a Henry para leer en un cacho de luz que me prestaban dos tubos de luz fría en el portal de la parada. No era mucha ni apropiada esa luz, pero me servía para permanecer distante de aquel tipo y entenderme a solas con ese otro.

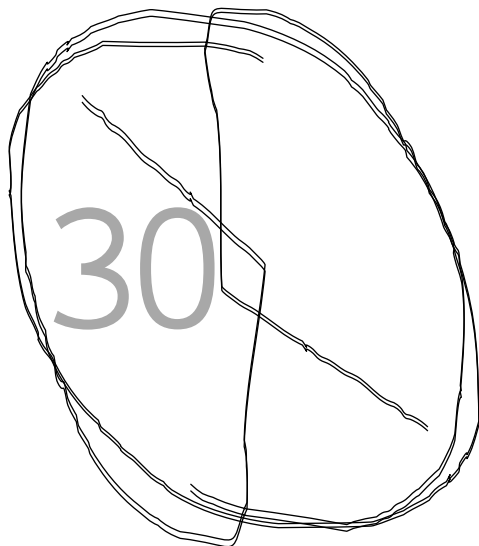
Sólo nosotros, y algún que otro delincuente buscando hacer la noche en las esquinas oscuras y tétricas del deterioro luyanescos. Henry quería asesinar a unos cuantos, exterminarlos a todos cuando aún había chance, antes de que se hiciera demasiado tarde y el cáncer acabara extendiéndose por todo el planeta, el problema principal era salir de América, en todo sentido. Sus descripciones a veces coincidían con mi realidad, ahora se daba el caso. Amanecería y no iba a acabar de aparecer ningún ómnibus asqueroso, mortuorio.

El sudor alcoholizado era lo peor después del mal aliento.

Me senté un poco más cerca de la luz, más lejos del tipo. La tela de la camisa que llevaba puesta estaba podrida, sucia.

Trataba de pasar página tras página sin levantar la vista para divisar si venía algo. No había mucho tránsito, una ambulancia paró en el

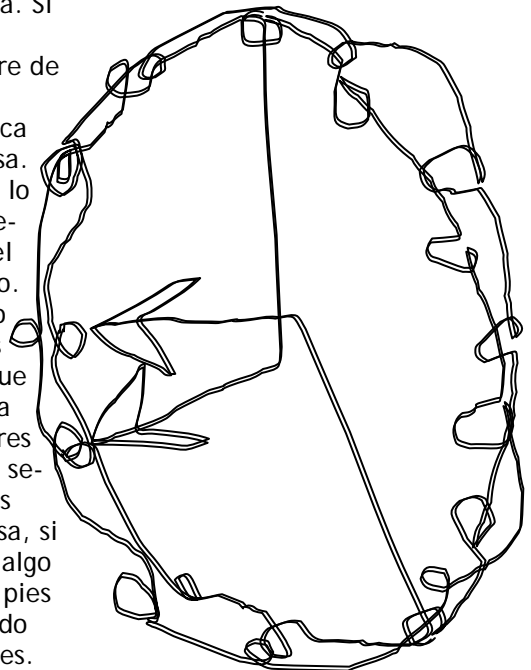
hospital y dos hombres bajaron una camilla, después una patrulla silenciosa dio varias vueltas a la manzana. Nada más, nada menos, nada. A la media hora pasó la primera guagua, no me servía, volví a sentarme disgustada, abriendo el libro en cualquier página. El tipo seguía allí, tampoco se había montado. Esperábamos la misma ruta. Con una paciencia oriental y ensimismada. Había puesto su cabeza entre las piernas, las piernas un poco estiradas, respetando la distancia entre los dos. Se lo agradecí muda y leí un fluido extraño y delirante de palabras amontonadas sin el menor tino usualmente comedido y tan felizmente económico de la prosa americana. A continuación de aquel lapsus histórico, vino por fin la estúpida guagua. Respiré aliviada y guardé el libro. Conseguí sentarme en el asiento más oscuro y que el tipo se perdiera a mitad de ómnibus entre lugares ocupados en su mayoría por los adolescentes enajenados como *dummies* semidespiertos.



(hora vacua)

No puedes escribir con el estómago lleno, o vacío. No se puede con sueño, ni estando despiertos. Ni triste ni aliviada o satisfecha. Si te duele alguna cosa, hay que esperar a que se pase. Si apura mucho, ralentiza. Y si no encuentras la manera espera un poco. Cuando te descubres asustándote, ya estás fracasando. Trata de permanecer y si no está en tus planes sumergirte porque no quieres, flota en la superficie por lo menos, algo es mejor que nada. Si no puedes comer de tan cerrada la garganta, pasa la lengua por la palma de tus manos y revuélvete un poco el pelo. Siempre ponte algo limpio y llena tu cuerpo de crema hidratante. Prepárate el mejor desayuno y memoriza todos los amaneceres que puedas, con todos sus ruidos. Si hace mucho calor despójate de ropas, camina descalza, salta suiza, hazte los mejores batidos de fruta. Si te vencen las ganas de ajedrez, visita a tu padre de vez en cuando. Toma bastante agua si la resaca es perdurable y poderosa. Elimina en la medida de lo posible todos esos bostezos innecesarios, todo el aburrimiento acumulado. Escribe a tus amigos, no cuesta tanto. Revisa las tareas pendientes aunque te de tanto asco. Limpia los espejos. Ve al cine tres veces como mínimo por semana. Inventa pretextos para no quedarte en casa, si no es para leer o hacer algo creativo. Vigila que tus pies no se ensucien demasiado cuando camines las calles.

Escucha toda la música que puedas. Mantente leyendo, recopilando muestras al azar. Acuéstate a dormir siempre que lo necesites, sobre todo si es día de celebración política. Aléjate de todo lo que lleve rotulado nacional, como medida preventiva a una irritación profunda. Acaricia todos los gatos que se dejen. Recuérdale a las personas fotofóbicas que los indios americanos pensaban que las cámaras les iban a robar sus almas. Húyele a las quemaduras solares a plena tarde. Suaviza tus manos. Si tienes sed o hambre, saca la lengua y lame. Sí, es jodiendo, come y bebe lo que encuentres, pero sin pasar mucho trabajo. Recuerda que a pesar de la sequía la tierra se mantiene colorada. No ignores demasiado, y si sabes mucho no te angusties, no te mates en matar el tiempo porque es tu muerte la que espera. Como sea, ten presente dónde estás, todavía, respirando polvo.



(hora vacua)

Mi mejor tiempo es cuando no estoy haciendo nada. No tener que hacer nada de nada.

Y eso incluye incluso la formulación de planes. El trabajo es el mal mayor.

Va contra todo deseo natural. Carpius lo sabe.

Mi habitación es un mapa personal, un mapa de mí misma, como un cuerpo, o un pueblo derruido. A veces demasiado viejo, carreteras olvidadas y ciudades sin nombre, peligrosamente invariables. Me pone triste de vez en cuando. La casa mientras más desvencijada, más resistente. Sólo me he dedicado a aprender a no esperar, tampoco, nada. Bajo ninguna circunstancia. Demasiados placeres permitidos efímeros, descabellados, adorables. Desmedidos en su poca duración. Como casi siempre, y a costo de la escasa libertad, el caos es atraído de un modo sorprendente, bien recibido, claro, como un nuevo orden, palabra odiosa. Encima de la lámpara de papel hice un árbol y lo llené de barquitos en miniatura, también de papel. Opacos. Casi invisibles. Me encantan. Nunca van a navegar en ningún mar, ni de papel.

Este cuarto es una máquina del tiempo. Museable. Debería cobrar la entrada o quedarme encerrada para siempre.

Cada cierto tiempo, cierto número de días que no me he puesto a calcular nunca

ni para buscar algún patrón, tengo la necesidad impostergable de incomunicarme y aislarme de todo exterior. Desintoxicarme de tanto ruido y humo y sol. Y más que nada de la gente. Aunque aquí dentro me he preocupado bastante de mantener alejado lo más posible cualquier vestigio de luz colada por las rendijas, que dejan entrar la suficiente como para matizar un poco las cosas en las sombras, darles algo de color. Pero el ruido es un caso complejo en la ciudad. Sube como taladro, motor, altoparlante, timbre de bicicleta, silbido, grito lúdico o histérico o los dos. Rejas, latas, cláxones, trenes. Toda una orquesta. Producida por la gente. Como un borracho a pleno día —mi madrugada, justo debajo del balcón improvisando un bolero a golpe de botella y alaridos impresionantes, que al lado de Maurice, habría que ver quién es más minimal y magistral en el uso de recursos. Al menos Pink Floyd en un volumen adecuadamente alto me reconforta por las mañanas, cuando intento devolverme al sueño. Está tronando. Es increíble que vaya a llover. Qué bien, diría Carpius. El agua.

(hora rizoma)

Ser es ser percibido. Como en la película de Beckett trato tonta de extinguir, suprimir la doble percepción. (Expulsar a los animales, tapar el espejo, cubrir los muebles, arrancar la estampa, rasgar las fotos.) Lo espantoso es que la percepción sea de uno a través de uno, insuprimible en ese sentido.

El balance, sillón luyanero, que me coloca en suspenso en medio de la nada, como en la película de Beckett. Dijo alguien, seguramente Nietzsche, que preferimos todavía tener la voluntad de la nada antes que no desear nada en absoluto.

(Expulsar a los animales, tapar el espejo, cubrir los muebles, arrancar la estampa, rasgar las fotos.)

Esse est percipi.

Esse est percipi.

Esse est percipi.

31

Nosotras, las durmientes

Lia Villares



32

LLEGO A LA FIESTA y me encuentro la casa vacía, literalmente. Mierda. Tengo ganas de salir corriendo. Suena el móvil y son ellos. Dicen que llegan en diez minutos. Juran que la fiesta está buena. “Va a estar”, les aclaro. Compro una cerveza y me siento en el contén a esperar. Qué mierda. Llega la segunda víctima de la puntualidad y se sienta a mi lado. Al rato quiero volver a la soledad de las cuatro esquinas. Dice que es masón pero tiene puesto un pulóver de reguetonero. Me estoy quedando atrás con lo de las apariencias: no entiendo lo que la gente intenta mostrar.

Media hora después llegan los anfitriones. Al menos una más para el resto de los invitados. ¡Qué desgracia de hábitos tenemos! A nadie le gusta la timba, pero suena todo el tiempo. Al principio no bailan, pero luego con el alcohol las mujeres menean los culos y los hombres les pegan las pelvis. Para meterme en la pista necesito, mínimo, una botella de vodka para mí sola. Lisandra se acerca, ya está como una cuba y me grita:

—¿Pero y tú qué haces en tacones, chica? Si hoy estamos en plan cutre.

—A mal tiempo, tacones y maquillaje, que la cara se arregla por el camino. ¿Y tú, a esta hora y sin cuadrar?

—Para cuadrar aquí, mi cielo, tengo que darme primero baños de asiento con noni.

Dibujos de Claudia Cadelo de Nevi

Por algún lugar allá abajo Dalila Douceca



Miente. Lisandra siempre conoce a un hombre, bajo cualquier circunstancia. A veces se acuesta con ellos, pero a la mayoría los deja en esa. Tiene una necesidad astronómica (y una capacidad también, hay que reconocerlo) de gustarle al otro. La envidia un poco, llevo cuatro horas aquí y por lo visto no voy ni siquiera a hablar de cocina con la dueña del party.

Como a las doce, no puedo más y me acuesto a dormir en uno de los cuartos. Sueño que duermo. El despertador suena a las dos en punto de la mañana. Es un reloj digital de números rojos, como la canción de Sabina. Me levanto en Matanzas, en un edificio de micro en el reparto “La Playa”. A mi lado duerme Fabián. Hace un millón de años que no somos novios y medio millón que se fue del país, pero ahora es normal que respire pausadamente a mi lado. Lo despierto.

—Tenemos que salir.

Bajamos por las escaleras de cemento sin losas. Estamos en el cuarto piso y desde los vestíbulos se ve el mar y el cielo. A cada vestíbulo se hace un poquito más de día. Al pisar la calle ya ha amanecido.

Nos sentamos en un parque estilo ex-Unión Soviética: bancos de granito, tierra seca y unos matojos indefinibles que a las doce del día agonizarán bajo el verano tropical y no darán ni un milímetro de sombra. Sin embargo, aún el sol no calienta y es agradable, muy agradable. Estamos aquí para ver el eclipse. Hay otras personas también. Siento el viento de la mañana en la boca y la humedad en los ojos.

En el centro del cielo hay una piedra maya. Tiene dos hélices gordas y llenas de jeroglíficos que se sostienen sobre una estructura cuadrada, también dibujada a relieve. Las enormes hélices giran y me dejan mirar por el centro. Puedo verlo todo, como en un cuento de Borges. Le comento a Fabián y me pide mirar el horizonte. Es precioso. Me entretengo entre la línea mar-y-cielo y la piedra maya. Mi pecho es un remolino de felicidad. Ahora que lo sé todo, estoy tranquila. Ahora que no sé nada, estoy tranquila.

—Ya nos vamos, hay que regresar a la casa —le digo.

Nos levantamos. En cada piso miramos la playa, el diente de perro, el cielo y la carretera. Se oscurece poco a poco el paisaje. Cuando llegamos a la puerta es de noche otra vez. En el cuarto Fabián respira profundo en la almohada. Me acuesto. El reloj digital marca las dos de la mañana y cierro los ojos.

Manuel me despertó para botarme de la casa cuando ya casi todos se habían ido. Estoy llorando. Me aburro en la vigilia. Me aburro como una imbécil. Hay tantas cosas que hacer en el mundo y yo me aburro irremediamente. ¡Pobre Manuel! Va a tener un hijo, pero no lo quiere y anda descontrolado. No importa si es el embarazo de su esposa o una *stripper* colombiana y hambrienta, para él todo es culpa del sistema. Le tengo cierta dependencia, es una de las pocas personas que me hace reír. Yo tampoco quiero tener hijos, pero la idea de que alguien los tenga por mí podría ser interesante. Si fuera hombre quizás tuviese sentimientos paternos. Sin embargo, soy mujer. Se lo he dicho varias veces, aunque no lo convengo. Desde hace meses Manuel y yo nos acostamos. Lo considero —él no lo sabe— la aventura más liviana de mi vida.

—Cierra la puerta —le pido.

Lo mejor de Manuel es el olor y la estatura. Lo peor es el sexo en silencio. La última vez que nos acostamos me dijo:

—Das mucha muela, vieja, así no hay quien se concentre.

Hablo hasta que me vengo, le digo cosas lindas para que no proteste y después me callo, porque hablar solo estando acompañado es absurdo. Mientras me pongo el blúmer decido que esta vez sí fue la última (la anterior recuerdo haber dicho lo mismo) y pienso en mi esposo. Se fue en una lancha

hace seis meses y trece días. Me enteré por una socia que vive en Canasí y lo vio. No me dejó ni una postal. No la hubiera querido para mí aunque para la gente sí. Se la habría enseñado a todos con tal de que no me miraran con esas caras de familiares lejanos en la puerta de la funeraria.

Regalé el rottweiler que habíamos entrenado en común. Parecíamos dos almas en pena por toda la casa, el dolor humano y el animal resultaba insoportable. Mi vecina de los bajos me dijo: *Niña, regalar un perro es como regalar un hijo*, y me puse a lloriquear.

33



Yo sé que la vida sin perro es de pinga. Y todavía me falta la odisea burocrática del divorcio. Sería un milagro que pueda volver a casarme en Cuba. Estoy hasta el último pelo de perros que extrañen a mi marido, de tipos que me amen pero no me lo digan (quiero escucharlo aunque sea mentira), de tener sexo en sábanas sucias de otras mujeres, de pararme en el malecón y contar las horas, de que todo el mundo se vaya, del gobierno, y de llegar a mi casa y mirarme en el espejo. Salvo los perros, con lo demás tengo que lidiar. Hoy me voy a emborrachar en grande. Sólo que aún ando buscando dónde y esta ciudad está podrida.

—Me voy. ¿Lisandra todavía está en la sala?

—¿Qué van a hacer?

—No sé, por ahí...

—Tengan cuidado, hay marcha por la mañana y la cosa está en candela, una bola de militares y de calles cerradas.

—¿Celebración o protestadera?

—Cincuenta aniversario de algo, creo.

Apuro el paso hasta la puerta. Me lo va a decir, se lo veo en cara. A veces me lo suelta hasta con el preservativo puesto. ¡Ay, dios, qué manía! Ya tengo un pie afuera, pero qué va, no hay manera de librarse:

—Mariana, ya no aguanto más esto. Necesito irme del país.

—¡Por tu madre Manuel, estás obsesionado! En serio, vete y no jodas más.

Lisandra está en la escalera con el masón-reguetonero, verla me devuelve el alma al cuerpo. Es mi amiga más segura: tiene negado el permiso de salida. Me acerco. Él pretende llevársela para su casa pero ella, dentro de su borrachera, se resiste. La agarro por la cintura y le canto "My girl" de Nirvana.

—Papi —le dice—, yo me iría contigo, me encantaría, pero debes saber que en el mejor de los escenarios, te vomito.

Nos compramos una botella de Soroa y agarramos un P4 lleno de emos. Yo me divertía en calcularles la edad, entre 12 y 17 años. Lisandra les pedía la tarjeta de menor para ver si yo ganaba o perdía. Sólo tres nos las dieron, los demás aseguraban tener 21 años y andar sin carnet. Me corrían lágrimas negras por la cara de tanto reírme —nunca he conseguido un delineador water-proof— y empecé a sentir que yo también era un emo de trece años. Uno de ellos andaba con un hámster al hombro y Lisandra lo acusaba de abuso animal porque le había pintado de negro la mitad de la cara. Trató de arrancarle el ratón al chiquito y tuvimos que bajarnos una parada antes para evitar un desenlace violento. Andábamos completamente desfasadas.

La fiesta estaba en candela: yumas, jineteros y mucho rap. Nos conocen en el medio y no somos bienvenidas. ¿Qué más da? Un sábado a las tres de la mañana aspirar a la aceptación social es una quimera. Tres minutos y Lisandra habla con un americano. Diez minutos y yo tengo una súper profunda discusión sobre racismo versus prostitución con un mulato precioso. Asegura andar con extranjeras porque le gustan las blancas y las cubanas son muy racistas. Le pregunto si saldría conmigo —soy blanca— y me dice que no.

Final inesperado: de momento todos deciden ir a descargar al desfile. Lisandra tumba al americano y me abraza:

—¡En el desfile está Robe! Dale chica, vamos.

Antes de partir en peregrinación masoquista se meten todos en el cuarto a fumar. Aprovecho para agarrar una botella de Guayabita del Pinar y declararla mi propiedad inalienable. No recuerdo el camino hacia la Plaza. Black out. Regreso a mí en la terminal de ómnibus, Lisandra me arrastra por una mano casi corriendo. Le pisamos los talones al desagradable de Robe que camina con una pila de chiquitas de la Facultad de Ciencias Médicas. Le pasamos al lado y Lisandra, en un suspiro, le dice:

—Hola, Robe ¿qué hay?

El ambiente se densifica, rodeadas de gente vestida de rojo. En vez de caminar, trotamos. Veo a través de una bruma. Aprieto duro la mano de Lisandra. Quiero vomitar. En cámara lenta Robe levanta la mano derecha y la mueve lentamente. Se cree un maldito *movie star* el muy pendejo. Es una de las imágenes más patéticas de mi vida:

Robe, desfilando por el 50 aniversario, diciéndonos adiós como un príncipe y Lisandra y yo cargando toda la noche sobre las espaldas, en el medio de la masa humana más detestable del mundo.



—¡Hay que salir de aquí! —le grito.

—Un ratito más, déjame saludar.

Mi mano cuelga en el vacío. Ya me saca dos metros por delante. La muy perra me saltó. No tengo opción: los persigo. Es como una pesadilla despierta. Camino lo más rápido que puedo pero nunca los alcanzo. A mi lado pasa una hueste enrojecida de mirada turbia. Llego a la plaza y no los encuentro. Un hombre se abalanza sobre mí con unos pulóveres rojos y me grita:

—¡Póntelo, póntelo!

Tengo un vestido negro muy corto, unas plataformas de lentejuelas, una gargantilla de bolas negras y el maquillaje revuelto con brillo de colores en la cara. Soy un espécimen único y bastante maltrecho. No me quiero poner el pulóver rojo. Quiero irme a casa.

Atraveso la manifestación a contracorriente. Salgo a Zapata y amanece. El violeta del cielo y el vacío de las calles me sacan las lágrimas. ¿Cómo es posible que la borrachera me haya llevado hasta la Plaza de la Revolución? Me siento en un banco y le prometo a mi destino que no me daré un trago más, con la condición de que no me lleve él tampoco a ningún acto político.

35

A las siete caí como un bloque en la cama y fui a parar a una Habana apuntalada. Los edificios son enormes, de cuarenta pisos por lo menos. Sin embargo, casi todas las construcciones han desaparecido y sólo los maderos que sostenían las estructuras quedan en pie. La ciudad esqueleto.

Lisandra se me ha perdido otra vez. Salto por los maderos tratando de encontrarla. Estoy tan alto que no puedo ver el suelo, tanto que la línea del horizonte me queda abajo. Debo llegar a la calle, seguro Lisandra anda por algún lugar allá abajo. Salto de viga en viga y el sol lo ilumina todo. No sé dónde termina este edificio. Me falta el aire para saltar más. Si al menos hubiera un camino para bajar. Sé que estoy parada frente al mar. No lo veo por la luz, pero ahí está y tengo que andar en línea recta.

Un hombre me toca el hombro. Lleva smoking negro, un sombrero y un bastón.

—Tienes que saltar, Mariana, el camino está frente a ti.

—No llego. Me voy a caer.

—Agarra mi brazo.

Hago lo que dice. Parezco una novia rumbo al altar. En vez de saltar damos un paso. Un solo paso y mi pie cae en el concreto recto hacia abajo. Me mira sonriente:

—¿Viste?

Son las tres de la tarde. Tengo tremenda resaca. Lisandra me trajo de vuelta con un café caliente que vomité al momento. Me baño con un cubo —la era está pariendo un cubo cantamos en broma— y voy para la cocina. Lisandra revuelve los calderos, tiene las ojeras por la cintura:

—¿A qué hora llegaste?

—Ahora mismo y me duele todo el cuerpo de pasarme la noche intentándolo.

—A mí el alma. ¿Y Robe?

—No sé, se me perdió en la multitud. Creo que andaba con otra.

—¿Qué hacemos esta noche?

—Hay una fiesta en Playa. Ah, Manuel te llamó, dice que ya tiene la visa. Le queda menos de **un mes**.

Por algún lugar allá abajo

Dalila Douceca

Dalila Douceca

Dalila Douceca

Dalila Douceca

Dalila Douceca

Por algún lugar allá abajo

Por algún lugar allá abajo

Por algún lugar allá abajo

Por algún lugar allá abajo

Por algún lugar allá abajo

Dalila Douceca

A RATOS, aunque ya no tanto como hace treinta años, se escucha en nuestros medios, círculos académicos y hasta controversias de barrio, ensalzar una y otra vez a la guerra en Vietnam, a finales de los sesenta y comienzos de los setenta, como la más desigual de todos los tiempos.

Que esto se diga en el resto de Latinoamérica no me causa asombro, a fin de cuentas allí las guerras más desiguales contra potencias extranjeras nunca excedieron la relación de tres a uno, y en cuanto a lo técnico, ejércitos libertadores los hubo mejor armados que los que la decrepita España, ocupada ella misma por los ejércitos napoleónicos, pudo ponerles enfrente; mas que semejante opinión se vierta en Cuba no puede más que asombrarme.

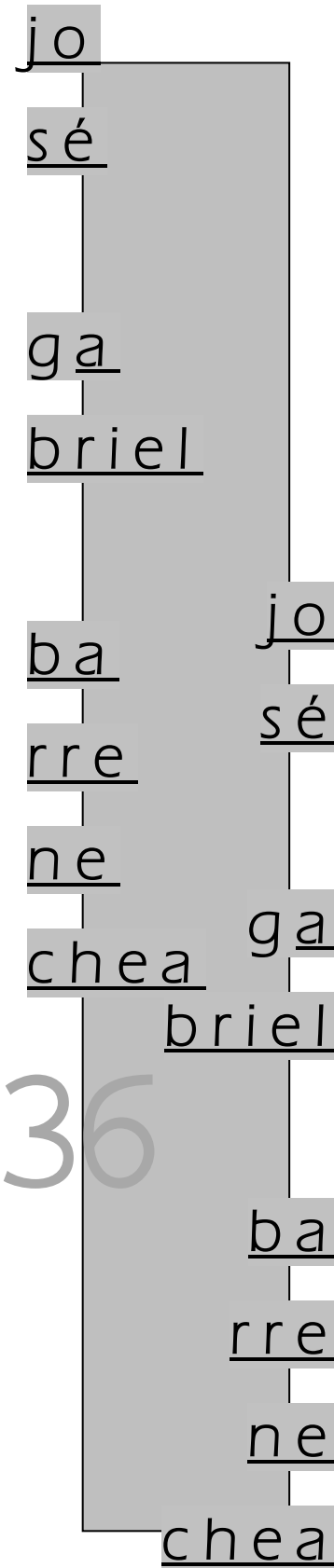
¿Es que acaso olvidamos nuestra Historia, en específico nuestra Guerra de los Treinta Años (como la llamaba Don Fernando Ortiz), con la que nos vimos obligados a sacudimos de encima la dominación colonial española que nos ahogaba económica, política y socialmente?

“Vino el Remington y junto con el Remington la ofensiva; se acabaron los indios y se conquistó el Desierto”, así escribía el general Ignacio Fotheringham en su *La vida de un soldado*, refiriéndose a la vital importancia que tuvo para la conformación definitiva de la República Argentina aquel arma, que permitió por fin enfrentar con éxito las cargas de caballería de los bravos aborígenes araucanos. Pues bien, ese mismo fusil Remington 1867, de tiro central, fue masiva-

mente enviado a la isla de Cuba en 1869, a solo dos años de su salida al mercado, dándose el caso de que en la propia España, donde el gobierno debía enfrentar una guerra, la segunda carlista, y numerosos y diarios pronunciamientos, sus unidades siguieron usando el ya obsoleto fusil de avancarga hasta bien entrada la década de los setenta.

Sin embargo es en la guerra del 95 que se manifiesta ese deseo de la metrópoli de armar con lo último a su ejército colonial en la Isla de Cuba, sobre todo para lograr contener esa enfermiza costumbre cubana que tan bien describe cierto coronel andaluz de las aventuras de Elpidio Valdés, la de que “oyen un tiro y nos asaltan a machetazos”.

Mucho se repite en la Cuba de hoy que los norteamericanos enviaron a Vietnam sus más modernos armamentos convencionales, y no es una exageración, pero pocos parecen conocer que a esta isleta el gobierno de la regente Doña María Cristina, envió el que por entonces era un fusil revolucionario, el máuser de repetición; tan revolucionario que con ligeras mejoras fue el fusil orgánico de la Wermacht durante toda la II Guerra Mundial (los norteamericanos compraron su patente en 1903 para producir una variante bajo el nombre de Springfield, con el que equiparon a sus infantes hasta 1942, y que era el arma reglamentaria del “ejército” batistiano al que se enfrentó Fidel Castro y su Ejército Rebelde a finales de la década de los cincuenta).



Esta arma adelantada a su tiempo, junto al cañon Krupp especialmente diseñado para la "guerra cubana", y otros adelantos técnicos como los heliógrafos mejorados, o el extendido uso del transporte por ferrocarril, convirtieron al Ejército de Cuba hacia 1897 en el más moderno de su tiempo, al menos fuera de las fronteras de Europa Occidental.

Esta mayor desigualdad técnica en nuestras guerras de independencia, sin embargo, resalta más por el hecho de que mientras a los vietnamitas los apoyó masivamente la poderosa URSS, y hasta la China de la Revolución Cultural y el acercamiento a Washington (los trenes soviéticos para abastecer a su aliado, tanto de trigo como de modernos cohetes tierra-aire, siguieron cruzando a diario por el territorio chino, aun cuando las dos potencias socialistas estuvieron a un paso de la guerra en esos mismos tiempos), a nosotros los cubanos no nos apoyó nadie.

Expedición tras expedición fueron enviadas a Cuba antes de abril de 1898, gracias únicamente al sacrificio de las emigraciones y a la diligencia del Delegado del PRC. Y esas expediciones, que necesariamente debían llegar por mar, se veían obligadas a burlar el masivo dispositivo naval español.

En su *El ejército español en Cuba. 1868-1878*, René González Barrios y Héctor Esplugas Valdés, nos advierten que "Para ese año (1870, cuando comenzaron a llegar 30 modernas cañoneras compradas en los EE.UU.) la escuadra española destacada

una

in

su

pe

ra

da

ha

za

ña

...

mal

re

cor

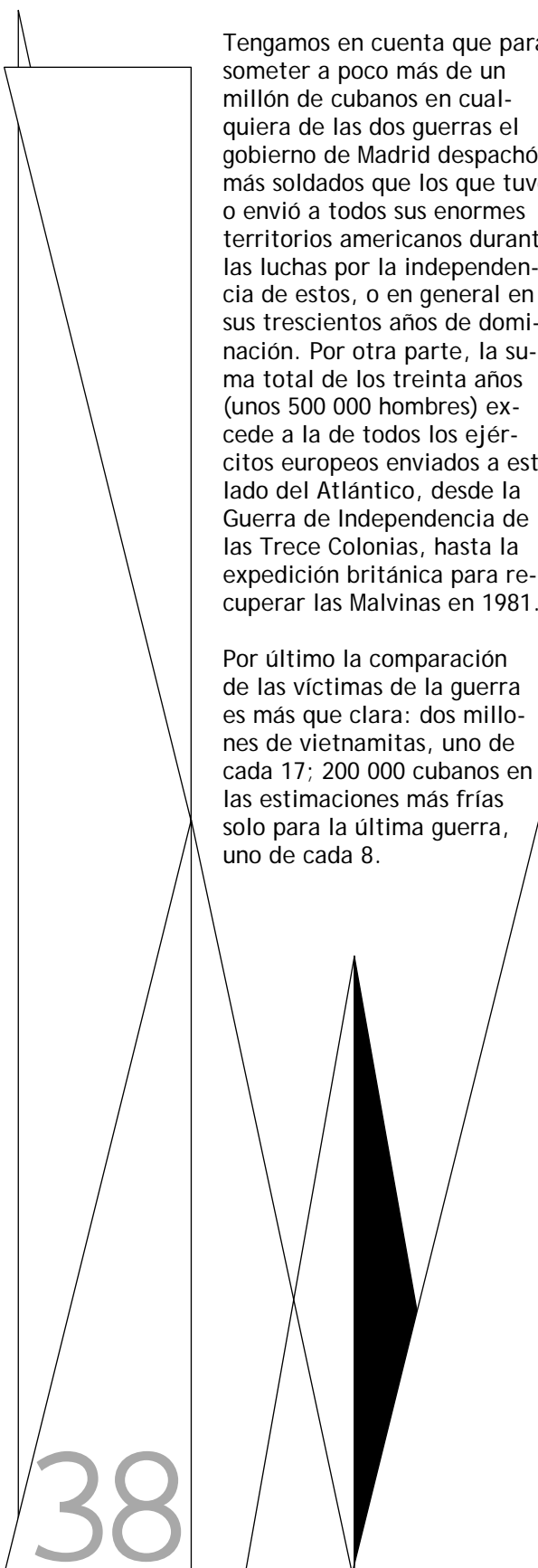
da

da

en La Habana (ya) contaba con 52 buques, con 250 cañones a bordo, y 5857 hombres de tripulación, lo cual la convertía en la más poderosa escuadra de la Península en los mares del mundo". A lo que agregamos que en mayo de 1898 España contaba en Cuba con 61 buques, que aunque no aptos para enfrentar a una flota de alta mar como la norteamericana, sí se bastaba muy bien para mantener vigiladas nuestras costas.

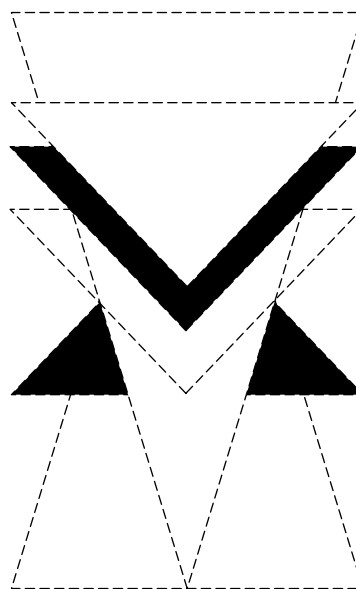
Es, no obstante, en la relación ocupante-ocupado donde realmente se destaca la superioridad cuantitativa y cualitativa de nuestro esfuerzo bélico. Un norteamericano por cada setenta vietnamitas en 1969, el año climático de la guerra indochina; un español por cada siete cubanos en el 95, o sea, ¡un soldado español adulto por cada siete cubanos de todas las edades o sexos!

Pero es que en la guerra del 68, incluso, la relación parece haber sido más desfavorable todavía. Según Carlos de Sedano y Cruzat, en su libro *Cuba desde 1850 a 1873*, habitaban el archipiélago cubano en 1869 exactamente 1 399 811 personas, y si por otra parte creemos al coronel ibérico Francisco de Camps y Feliú, nada sospechoso de afinidad con el bando mambí, cuando en su libro *Españoles e Insurrectos* escribe que el Ejército de Cuba llegó a tener, durante la Guerra de los Diez Años, 270 000 hombres sobre las armas, entonces dicha relación muy bien pudo haber sido de uno a cinco, algo nunca visto en toda la ya larga historia de las guerras humanas.



Tengamos en cuenta que para someter a poco más de un millón de cubanos en cualquiera de las dos guerras el gobierno de Madrid despachó más soldados que los que tuvo o envió a todos sus enormes territorios americanos durante las luchas por la independencia de estos, o en general en sus trescientos años de dominación. Por otra parte, la suma total de los treinta años (unos 500 000 hombres) excede a la de todos los ejércitos europeos enviados a este lado del Atlántico, desde la Guerra de Independencia de las Trece Colonias, hasta la expedición británica para recuperar las Malvinas en 1981.

Por último la comparación de las víctimas de la guerra es más que clara: dos millones de vietnamitas, uno de cada 17; 200 000 cubanos en las estimaciones más frías solo para la última guerra, uno de cada 8.



Para quien hoy no lo sabe, las aldeas estratégicas fueron solo un juego de niños si se las compara con la Reconcentración que nos impuso España, y que con el consentimiento oficial y de la opinión pública de aquel reino, se encargó de aplicar el genocida Valeriano Weyler. Solo en la entonces provincia de Santa Clara, que incluía a Cienfuegos y Sancti Spiritus, murieron en ciertos días más de cinco mil personas de enfermedad (no pocos "quintos"), y de inanición (en su mayoría niños, mujeres y ancianos guajiros llevados a la fuerza a morir en los portales de los pueblos y ciudades, que era lo único que los "patones", maestros de estalinistas y nazis, dominaban de esta Isla para 1897).

En un final, que resulta imposible negar la hazaña del pueblo vietnamita, pero el reconocerla debe servirnos por sobre todo a los buenos cubanos, esos que ni apoyamos dictaduras ni corremos a hacer colas en la embajada de España, para recordar que nuestros tatarabuelos y bisabuelos, superaron con mucho **ese listón**.

LLEGUÉ UN 16 de junio del 2010. Arrastraba conmigo un pequeño equipaje y una enorme carga emocional. Hace cincuenta años salía por este aeropuerto y no había vuelto a mirar atrás hasta hoy. Entonces era un adolescente con el cuerpo lleno de energía y el corazón de sueños. Me trasladaba hacia la nación más poderosa del planeta, tratando de escapar de la miseria proletaria, la cual se cernía sobre nosotros como el manto de una tormenta oscura que avanzaba desde el horizonte. No odio a los obreros, solo la miseria que entraña pretender vivir como ellos dentro de un sistema que los eterniza, cuando aún continúan existiendo privilegiados que los designan y se arrojan el derecho a decidir.

Iba entonces buscando nuevas oportunidades y las encontré. Como todos inicialmente pasando mucho trabajo, trabajando mucho, con pequeños altibajos, pero definitivamente mejorando con los años tras mi llegada, como una ligera nave aérea que comienza tímida su recorrido por el aire del despegue, para subir después potente en pendiente de mareo.

Esa es la diferencia. La libertad de la esperanza, el pensamiento puesto en un bienestar que depende de romperse el lomo. A veces llega, a veces no. Esa esperanza mueve pueblos, los fosiliza cuando muere y hay que bajar la cabeza y trabajar sin ella en aras de una colectividad que nunca llega a concretarse.

Allá me fue bien, como un paria, como un obrero, como clase media, después que llegué a profesional para jubilarme afortunadamente antes de la crisis financiera. Ahora mi pensión me alcanza para satisfacer mis necesidades básicas que en los viejos son pocas, y viajar.

He paseado por todo el mundo, pero me costaba volver a mi antiguo país. Se había erigido un muro psicológico el cual me impedía llegar a una agencia y pedir un pasaje para La Habana, incluso después, cuando ya se habían levantado casi todas las restricciones de corte político.

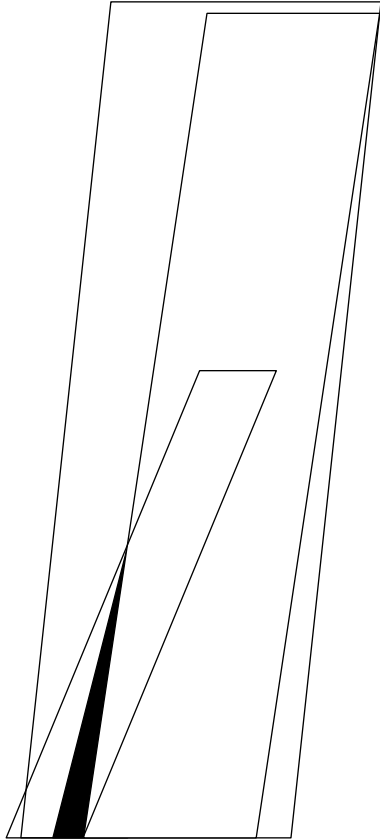
No deseaba perder la memoria que conservaba en mi corazón. Temía encontrar que ya el universo donde había desarrollado la parte más linda de mi vida se había esfumado como un hermoso sueño cortado por el despertador, como todas las cosas buenas que trato de conservar de la destrucción y del olvido tras el inevitable paso de los años, donde increíblemente hasta el amor muere a pesar de las promesas internas.

No quería volver a un lugar donde ninguno me conociera, donde ya no fuera el amigo de todos y nadie me saludara por las calles. No deseaba arribar a un lugar donde una mega-construcción se había encaramado en los entrañables rincones donde había jugado, sobre los muros donde les lancé piedras a los lagartijos. No me apetecía encontrar que todas las personas cercanas habían muerto o desaparecido, como yo, en pos de otro horizonte más prometedor.

Realmente no esperaba tampoco que a estas alturas me fuese a tropezar con algún crítico por el abandono de mis raíces o de mi patria. Esa no es la razón de mi miedo.

E-MARRO

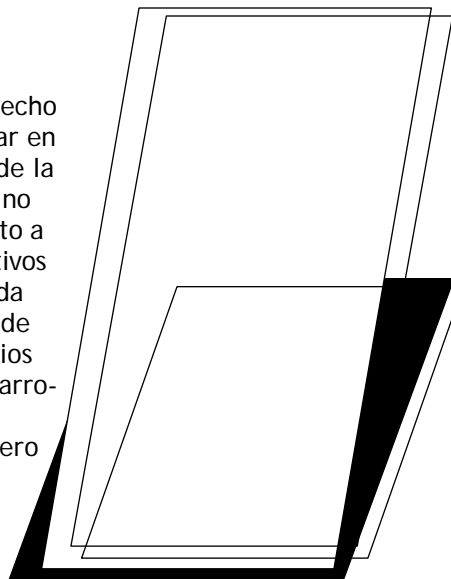
regresa un emigrado



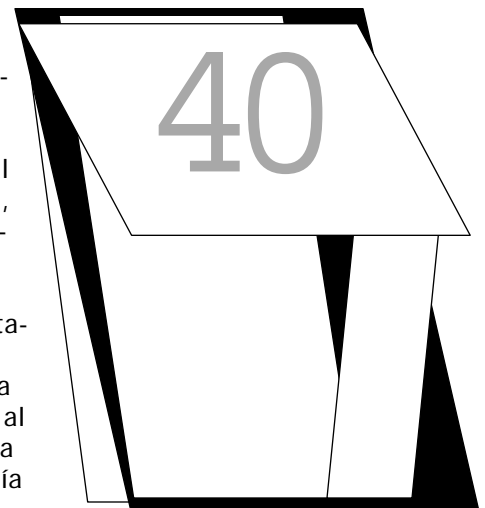
Yo jamás la abandoné. Me fui en busca de un nuevo empleo, de nueva gente, de nuevos aires que no estuvieran tan intoxicados con esa propaganda política constante, un lugar donde sencillamente no se notara ese entusiasmo por el cambio político, esa agobiante efervescencia por la transformación social y económica que solo ha hecho retroceder. Deseaba estar en cualquier otro lugar donde la política y la propaganda no hubieran tomado por asalto a todos los medios informativos y cada resquicio de la vida cotidiana y familiar, donde existieran grandes espacios para la creación y el desarrollo personal en todas las direcciones, no ser un mero instrumento de labor comunista, abnegado, anónimo, y muy mal retribuido.

Por eso me fui. Era una opción que aún me parece válida, pues aún creo que el Estado no tiene razón para determinar, ni tratar de influenciar una decisión personal. Me fui con mi familia abandonando una residencia enorme, casi recién construida en la periferia de la Ciudad. Era un reparo en desarrollo, financiado por uno de los primeros y a la vez últimos capitalistas genuinamente nacionales antes de que apareciera triunfante Fidel. Una de las pequeñas calles llevaba su nombre: Carlos Núñez.

Mi familia era propietaria de una enorme fábrica de colchones en las afueras, difícil de localizar en el mapa, pero muy cerca de la casa, al final de otra calle llamada Granja, intersección con Alday, Aldabó. Nadie sabe dónde queda eso ahora. Tal vez alguno de los camioneros que transportaban la materia prima o sacaban las piezas terminadas. La locación había sido escogida al borde de una antigua presa la cual, en el siglo XIX, abastecía a la agricultura en varias fincas situadas a la redonda.



Nuestra casa había sido una bella residencia de dos plantas con exuberantes jardines en Calzada de Aldabó esquina a Nacional, antes de que esta zona comenzara el grueso de la urbanización en 1942. Se utilizaba profusamente la arquitectura de la década del cincuenta con sus inmejorables techos planos, rígidos y pesados, todo rodeado por la característica cerca de alambres tejidos marca Peerless, muy convenientes por su efecto anti huracanes al dejar pasar la indetenible agua y mantener fuera los escombros flotantes.



Pero aquí estoy. Finalmente la nostalgia y la curiosidad han podido más que la precaución y he decidido hacer el corto, o tal vez ya demasiado largo, viaje a la semilla, para ver, constatar, y sentir lo que queda de aquello lo cual originó mi existencia y mi forma de ser.

Lo primero fue el aeropuerto internacional. Allí, al sur de la ciudad se conserva una de las terminales aéreas más antiguas del planeta, con el nombre de Rancho Boyeros, debido a la finca donde se construyeron los edificios de servicios y la pista de

aterrizaje. Todo estaba casi intacto, aunque afortunadamente ya ha sido retirada la infame Pecera que tantas amargas y prolongadas despedidas provocó con seres queridos del lado de allá del cristal a quienes no se podía abrazar, casi ni siquiera escuchar.

A cuántos padres y madres le quedó la marca en los ojos y el corazón, moviendo un adiós con la mano, impregnado el gesto de toda la ternura del mundo, sonriéndoles a un niño asustado del lado de allá, quien desaparecía definitivamente hacia un universo desconocido.

Cubana de Aviación es una de las aerolíneas más antiguas del planeta aún activa, aunque originalmente los aviones anfibiaos Clípper amarizaban en medio de la bahía, como se creía entonces más cómodo, cuando aún escaseaban los aeródromos.

En la avenida Boyeros se han agregado sendas y le han colocado un enorme separador central para evitar los accidentes de los apresurados a punto de perder el avión.

He contratado al taxi por horas y he entregado al chofer varias direcciones que me han llegado a la mente. Afortunadamente el chofer no me ha mirado con el rostro lleno de curiosidad, como cuando no se entiende, y allá vamos hacia el centro de la ciudad.

Mi corazón se estruja ante el tumulto de emociones y temor ante lo que voy a encontrar. Se me aprieta el pecho cuando paso por uno de los costados de la antigua Plaza Cívica, hoy tan famosa por su enorme

amargas y prolongadas despedidas provocó con seres queridos del lado de allá del cristal a quienes no se podía abrazar, casi ni siquiera escuchar, mostrando sus típicas

torre-raspadura. Tomamos a la derecha por la antigua Carlos Tercero, repleta aún con los edificios originales construidos en el siglo XIX, mostrando sus típicas

baulastradas en las ventanas. La eterna procesión de columnas. A cuántos padres y madres le quedó la marca en los ojos y el corazón, moviendo un adiós con la mano, impregnado el gesto de toda la ternura del mundo, sonriéndoles a un niño asustado del lado de allá, quien desaparecía definitivamente hacia un universo desconocido.

profusos sobre todas las fachadas. Se ve el hermoso Cubana de Aviación es una de las aerolíneas más antiguas del planeta aún activa, aunque originalmente los aviones anfibiaos Clípper amarizaban en medio de la bahía, como se creía entonces más cómodo, cuando aún escaseaban los aeródromos.

En la avenida Boyeros se han agregado sendas y le han colocado un enorme

separador central para evitar los accidentes de los apresurados a punto de perder el avión.

He contratado al taxi por horas y he entregado al chofer varias direcciones que me han llegado a la mente. Afortunadamente el chofer no me ha mirado con el rostro lleno de curiosidad, como cuando no se entiende, y allá vamos hacia el centro de la ciudad.

Sin embargo, se puede apreciar su antigua belleza y elegancia durante una aún no olvidada juventud la cual, a pesar de todos los arañazos y arrugas, está ahí. La misma urbe con su imagen detenida en el tiempo ya por su enorme torre-raspadura.

torre-raspadura. Tomamos a la derecha por la antigua Carlos Tercero, repleta aún con los edificios originales construidos en el siglo XIX, mostrando sus típicas balastradas en las ventanas, la eterna procesión de columnas.

La calle Reina aún sigue ahí, los mismos edificios, pero ya han desaparecido los pacientes tenderos que esperaban a la puerta de los comercios, o los anuncios eléctricos que colgaban profusos sobre todas las fachadas. Se ve el hermoso Capitolio, los mismos autos estacionados por todo el Parque de la Fraternidad, pero las personas son diferentes. Ya nadie usa traje, ni sombrero de pajilla o Jipijapa para protegerse del mismo sol. Más bien se parece mucho al Haití de ahora, aunque la salva un poco su extensión y la mezcla de estilos arquitectónicos única del Caribe.

Estacionamos en Prado y Neptuno. Con el corazón nuevamente encogido camino por Neptuno y doblo por Galiano. Me sorprende que todo o casi todo aún esté ahí, pero con cien años de más. Las manzanas se desploman aquí y allá después de cada aguacero sin que ya siquiera puedan ser noticia. La ciudad parece una anciana con bastón que camina a pasito lento y tembloroso. Sin embargo, se puede apreciar su antigua belleza y elegancia durante una aún no olvidada juventud la cual, a pesar de todos los arañazos y arrugas, está ahí. La misma urbe con su imagen detenida en el tiempo ya irremisiblemente deteriorada.

Vi un cartel de la RCA Víctor. Aún se pueden leer de cuando en cuando los antiguos anuncios pintados sobre las paredes de las tiendas como Flogart, Fin de Siglo, etc. Este era el centro comercial donde todos acudían a comprar, e incluso solo a pasear. Todo está ahí, en muy mal estado, pero ahí.

El taxi me recoge en la esquina de Reina y Galiano. He pasado por el barrio chino que a pesar de todo parece revivir. El añejo Malecón. En la Rampa todo está ahí, excepto el edificio Alaska que se ha convertido en una plaza para tender la ropa mojada. Han hecho un parque. Se pierde la galería de arte más extensa sobre la acera, sin que nadie parezca notarlo, siquiera conocerlo. Radio Centro, el Havana Hilton.

Ya mi temida nostalgia se ha ido transformando en rabia ante el evidente desdén oficial y la depauperación. Creo que hubiera preferido las mega-construcciones modernas sin historia en lugar de esta decrepitud de un elegante universo que se va perdiendo sin que a nadie parezca importarle.

Mi corazón se estruja ahora de dolor mientras observo por la ventana del taxi como va a desaparecer en corto tiempo el patrimonio arquitectónico de todo un pueblo, inevitablemente. Y pensar que todo se debe a la inercia sloganista y la inactividad consecutiva. ¿Qué ha hecho esta gente que los enorgullezca ahora, aparte de tres o cuatro clichés mal adornados?

Me traslado hacia Aldabó al sur de la urbe. Mi casa se ve en realidad mucho más

pequeña y raquítica de cómo la tenía gravada en el corazón. La fábrica de colchones, o lo que queda de ella, se esconde detrás de herbazales y es lugar de hacinamiento para varias familias humildes. Las naves estaban bien construidas.

De ahí me fui con el corazón disminuyendo a un churro hacia el noroeste. A Siboney casi no pude entrar, como antes, como cuando estaban los ricos, los guardajurados. Ahora están los políticos, los antiguos guerrilleros quienes bajaron de las sierras y realmente sí lo han cambiado todo como lo prometieron. Han arrasado con lo malo y hasta con lo bueno. No se han detenido en nimiedades. Sus almas de pobres cuelgan en las fachadas como una estrella de David cuando el Holocausto.

Creo que no debí haber venido. Ahora me iré con tristeza en el corazón. Antes era la nostalgia por un mundo pasado que ya debía haber muerto en plena gloria, sustituido o remplazado por la nueva generación de una nueva urbe, cambiado lo antiguo por lo nuevo, no necesariamente más bello.

La nostalgia ha cambiado a desesperanza, es un dolor como cuando se vuelve a ver a una chica alegre, ligera, y bonita, sesenta años después, un cadáver insepulto a duras penas en pie.

Ese mismo olor e imagen decadente se van conmigo de vuelta, ya sin memorias apasionadas, con una infancia que debió haber sucedido en alguna otra parte, en alguna otra geografía que me debo haber imaginado y que han acarreado acá al vertedero universal.

Ahora me he sentado a rumiar y a llorar sin lágrimas dentro de una terminal de acero y cristal en espera de un transporte que me lleve de vuelta al presente, vehículo que me sacará de una galaxia a otra diferente, caricatura del pasado en donde dejo mi corazón y mis recuerdos que se resisten y que no deseo llevar conmigo. Nunca debí haber vuelto a exhumar el pasado.

Extrañamente, me siento más ligero, mucho más vacío, y no necesariamente la sensación es más agradable. Me voy con mi desecho corazón de burgués a otra parte, pero mi existencia también fue válida. Sirvió. También fui el algún momento parte de esto, aunque ya parezca **no importar**.

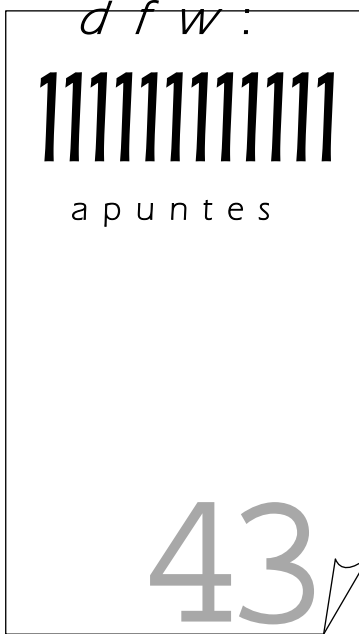
~~Ahora me he sentado a rumiar y a llorar sin lágrimas dentro de una terminal de acero y cristal en espera de un transporte que me lleve de vuelta al presente, vehículo que me sacará de una galaxia a otra diferente, caricatura del pasado en donde dejo mi corazón y mis recuerdos que se resisten y que no deseo llevar conmigo. Nunca debí haber vuelto a exhumar el pasado.~~

~~Extrañamente, me siento más ligero, mucho más vacío, y no necesariamente la sensación es más agradable. Me voy con mi desecho corazón de burgués a otra parte, pero mi existencia también fue válida. Sirvió. También fui el algún momento parte de esto, aunque ya parezca **no importar**.~~

Palidez. Este noviembre llega por fin la muy esperada traducción al español de *The Pale King* (*El rey pálido*, Mondadori), la novela que David Foster Wallace dejó sin terminar cuando se ahorcó en el garaje de su casa el 12 de septiembre de 2008. Pero en realidad ya no importa de qué trata el libro inconcluso: un cuerpo tendido en una mesa forense, con 46 años y una profunda marca en el cuello, seguirá diciéndonos quién es, sin asomo de duda, el rey pálido. El reino es la depresión. El reino es también literatura.



Aprendizaje. Entre todas las cosas que DFW abandonó al suicidarse estaba su puesto de profesor de Escritura Creativa en el Pomona College, California. La tradición del *creative writing* que la academia estadounidense reescribe de costa a costa ya lo había tenido como alumno. “Tuve un profesor que me caía muy bien y que aseguraba que la tarea de la buena ficción es calmar a los perturbados y perturbar a los calmados”, dijo una vez. No conozco definición más precisa.



Distancia. En “Lyndon”, relato incluido en *La niña del pelo raro*, DFW trabaja con la figura del presidente demócrata Lyndon Johnson. “Lyndon y yo coincidimos en que en cierto modo ya no nos queremos” —dice la primera dama, Claudia Ladybird—. “Porque hace mucho tiempo dejó de haber la distancia necesaria entre nosotros para que el amor apareciera y la salvara. [...] Mi marido ha afirmado en público que también América, su América, a la que quiere tanto que es capaz de ocultar muertes por ella, debe ser entendida en términos de distancia”.



Ironía. Heredero rebelde de los maestros de la narrativa posmoderna “clásica” de su país (Bart & Gaddis & Barthelme & Coover & Pynchon & Cía), DFW hizo de la ironía post-todo el blanco de su página. En la última década del siglo XX ya estaba buscando una manera de escapar. ¿Qué pasa cuando la autoconsciencia y la hipertextualidad son la norma cultural del capitalismo? ¿Qué pasa cuando TODA la cultura mediática está dotada del resorte de la autoparodia e incluye su propia subversión? ¿Qué debe hacer el escritor frente al lenguaje totalitario de la televisión y el *entertainment*, es decir, la realidad? Si la ironía es un círculo cerrado, una lengua de serpiente que se muerde su propia cola, ¿cómo no caer en la(s) trampa(s)? Si la Ironía es el Sistema, ¿qué hacer? ¿Hay una salida?

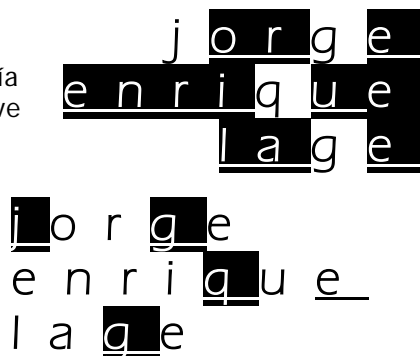
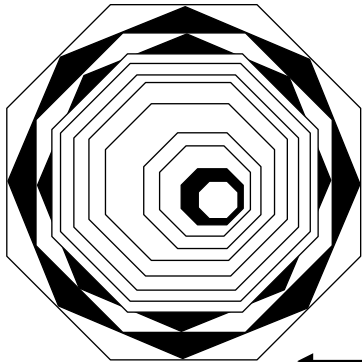


Imagen. Por ahí andan las fotos. Había algo *grunge* en DFW. Era una especie de Kurt Cobain que buscaba el modo de radicalizar el sonido que Borges, Kafka y Wittgenstein hubieran hecho tocando juntos. Siempre se le veía con un pañuelo cubriéndole la cabeza. “Para que no me explote”, le dijo en una ocasión a la *Rolling Stone*.

Sobredosis. DFW ya había intentado suicidarse antes. Con pastillas. Sobrevivió e ingresó voluntariamente en un Psiquiátrico, donde le aplicaron electroshocks. Su madre recuerda que, al salir, preguntaba cosas así: "¿cómo inicias una conversación?", "¿cómo sabes qué sartén utilizar?". Poco después DFW convertiría todas sus obsesiones en una novela: *La broma infinita*, fenómeno de culto y derrame cerebral de más de mil páginas con notas al pie. "Su pulsión por someter a examen cada pensamiento y proposición se convirtió en algo así como un estilo generacional", dijo el editor Gerald Howard.



Terapia. DFW acudió a grupos de autoayuda. Recolectó historias de adictos. Chuck Palahniuk, colega de generación, explorará los grupos de apoyo y de autoayuda como talleres literarios extremos: allí donde se reúnen los que no tienen nada que perder se encuentran los mejores relatos. Mientras aprendía a funcionar sin narcóticos, DFW tomaba notas en un cuaderno. "Aún en el estado de desesperación en que se encontraba, seguía trabajando", recuerda su amigo Mark Costello.

Cuerpo. La disfuncionalidad DFW como una marca política. Una tristeza estilo Midwest (DFW en un pueblo de Illinois, mirando los ataques del 11-S en el televisor de una vecina, rodeado de granjeros, veteranos de guerra e infinitos campos de maíz) plantada en el centro, cualquier centro. Los pliegues de su cerebro lleno de química desplegándose por todos los estados americanos, hundiéndose en la tierra, buscando.

Pop. En nota al pie de uno de los Pop Quiz incluidos en *Entrevistas breves con hombres repulsivos*: "Sí, las cosas han llegado a un punto en que la ficción literaria se considera algo seguro e inocuo (el primero de estos términos probablemente esté implicado o comprendido en el segundo)".

Nardil. Nombre comercial del potente antidepresivo y ansiolítico que DFW intentó abandonar meses antes de colgarse. Quería darle otro aire a la escritura de *El rey pálido*. Quería ser capaz de terminar la novela. De haberla terminado, ¿hubiera resultado mejor o peor novela? ¿Los psicofármacos escriben? Años atrás, en carta a su agente, DFW había hecho esta promesa: "Volveré a ser un escritor de ficción o moriré en el intento". (¿Qué es ser un escritor de ficción?)

Cenizas. En el 2005, el escritor Jonathan Franzen recibía un mail de su amigo DFW: "Estoy cansado de mí mismo, cansado de mis pensamientos, asociaciones, sintaxis, varios hábitos verbales que han pasado de descubrimientos a técnicas y de técnicas a tics". En el 2011 Franzen (lo cuenta en una crónica publicada en *The New Yorker*) viajó hasta Alejandro Selkirk, un islote chileno desierto y azotado por el viento frío del Pacífico Sur. En su maleta llevaba las cenizas de DFW y un libro. Franzen esparció las cenizas en aquel lugar. El libro era *Robinson Crusoe*.

Imperio. Cada cierto tiempo habrá motivo para recordar a DFW. Me pregunto, por ejemplo, si entre los que ocuparon Wall Street no habría gente que lo conoció en persona. Antiguos compañeros en cursos de escritura creativa y/o en sesiones de terapia de grupo. Seguramente encontraremos, de costa a costa, jóvenes estadounidenses cuyos rostros recuerdan a un personaje de la noveleta *Hacia el oeste, el avance del imperio continúa*: esa expresión de "alguien a quien le hubieran explicado cómo escribir narrativa, pero no por qué".

EN NOVIEMBRE de 1955, Virgilio Piñera dio a conocer su obra *Los siervos* en la revista *Ciclón*, dirigida por José Rodríguez Feo, pero esta pieza en un acto no fue incluida en el *Teatro completo*, de 1960, que seleccionó el propio autor, ni en el *Teatro completo* que apareció editado en 2002 con compilación, ordenamiento y prólogo de Rine Leal. En el año 2004 fue incluida en el número 5 de la revista digital *Cacharro(s)*, que coordinaban Jorge Alberto Aguiar Díaz, Pia McHabana, y Rebeca Duarte.

Precisamente en 1960, el mismo Piñera había desacreditado *Los siervos* y la había excluido de su producción —junto con otras dos obras que consideró “infortunados intentos”—, acaso por miedo ante la reacción que despertaba entonces esta sátira anticomunista, quizás hasta por el miedo de estar políticamente equivocado.

Pero Piñera fue siempre un hombre a quien el miedo obligó a escribir sobre el miedo, y el vasto arco de su escritura fue desde el pánico más visceral, y hasta absurdo, como el que encontramos en muchos de sus cuentos, hasta el puro y duro horror político que inunda los seis cuadros de *Los siervos*.

En 1961, seis años después de aquella publicación en la revista *Ciclón*, durante una reunión con intelectuales en la Biblioteca Nacional donde Fidel Castro resumió la política cultural del gobierno con las palabras “Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada”, Piñera tuvo el valor de pronunciar unas breves palabras cuyo eco se habría de repetir después a lo largo de varios decenios: “Sólo quiero decir que tengo miedo de lo que se nos pueda exigir o pedir”.

Si alguien creyó en algún momento que aquella frase era una expresión de su paranoia o de un temor abstracto, los años siguientes, sobre todo los últimos diez, hasta su muerte en 1979, darían sobradas razones para ese miedo. Ningún *mea culpa*, ninguna autocondena, ningún repudio de su propia obra pudieron aliviar la hostilidad y la marginación de que fue blanco por parte de la política cultural revolucionaria.¹

De manera que ahora *Los siervos* puede ser vista como una especie de profecía extrema por la situación que describe: un gobierno comunista mundial impone la igualdad por la fuerza y todo intento de diferenciación y de acción individual resulta una traición al dogma del partido único y, por tanto, debe ser erradicado. No importa tanto el hecho de que un poder estalinista mundial nunca haya existido en la realidad: lo esencial se halla en la relación que se describe entre gobierno y gobernados.

Pero tampoco es el miedo de la gente común el foco del drama, sino el miedo de los que manejan el poder. Si el miedo en el hombre es una reacción animal por naturaleza, incluso de índole ordinaria, el miedo del hombre en el poder absoluto es un miedo absolutamente animal. En *Los siervos* la libertad de los gobernados quedó atrás ya por completo. Ahora se trata sólo de la libertad de los gobernantes. ¿Qué pueden hacer? ¿Hasta dónde son libres de solucionar lo que consideran un grave problema? Y el problema más grave para este poder total es que un individuo pueda llegar a convertirse en varios individuos. ¿Pero cómo manejar el miedo a ese problema sin que parezca simple terror político al principio del fin de ese poder?

Los espectadores-lectores de *Los siervos* asistimos de cerca a las tremendas disquisiciones entre las que fluctúa la alarma de los tres hombres más poderosos —Orloff, Primer Ministro; Fiodor, Secretario del Partido, y Kirianin, General del Ejército— ante la descabellada decisión de Nikita, filósofo oficial del Partido, de convertirse en siervo en un mundo donde la servidumbre ha sido abolida por decreto. Y ahí el autor nos muestra que no interesa cuánto miedo se derrame pirámide abajo, porque el pánico supremo se concentra siempre en el ápice.

Como tampoco importa que estos tres personajes sean ya los triunfadores indiscutibles de una guerra, ganada además “en toda la línea”. El frío horror de las pesadillas de la posguerra es peor que el temor de perder la guerra misma.

¹ Virgilio Piñera publicó bastante durante unos años después de 1959. Después de 1969 y hasta su muerte en 1979, no volvió a ver una representación de su teatro, aunque había seguido escribiendo mucho y leía sus obras en pequeñas tertulias de amigos. En cuanto a *Los siervos*, el Teatro de la Luna estrenó en 1998 una versión depurada de sus connotaciones ideológicas y sin referencias directas al comunismo ruso, como los nombres de los personajes, por ejemplo.

	De hecho, la posguerra resulta ser la misma guerra por otros medios. "El miedo te hace ver fantasmas", le dice Kirianin a Orloff.	
	<p>Pero no son fantasmas. Ese poder no teme a los fantasmas, sino a esas minúsculas personas, a esos sobrevivientes, que, aunque confiesen que tienen miedo, pretenden vivir pensando y hablando de <i>otras cosas</i> aunque a cada minuto le deban a ese poder la sobrevida. Entonces no queda más recurso que la guillotina revolucionaria cayendo para separar lo que está dentro de lo que está fuera, lo que se puede decir de lo que no se puede decir.</p>	
	<p>Y aún así el miedo no desaparece, porque los pequeños seres no desaparecen, sino que, por el contrario, pueden multiplicarse en cualquier momento. "De Nikita al nikitismo sólo hay un paso. Y entonces... ¡la debacle!", asegura Kirianin, preclaro.</p>	
	<p>Piñera no se detuvo en revelar ese miedo a la debacle del poder. Su parodia del estalinismo primordial alcanza un nivel de esperpento demasiado vívido, demasiado intolerable para los neoestalinistas. Y aun, yendo más allá, lo que nos expone en <i>Los siervos</i> es también la utopía de un homorotismo de cuartel donde no hay un <i>ella</i> posible, ni siquiera metafóricamente; donde, para la trinidad dominante y una, no hay más otro que el siervo que no se atreva a llamarse siervo a sí mismo. Lo que recuerda ese cuento del sádico atroz que, cuando el masoquista le pide <i>Pégame, pégame</i>, él se complace en replicar que <i>no, no, no. Que no</i>.</p> <p>Más que el dolor, lo que cuenta es la humillación de tu impulso: sólo sentirás lo que yo quiero que sientas: hurra a la belleza de la lúgubre sensualidad cuartelaria. Las hembras, a la sombra, reproduzcan hombres para el último reducto de la guerra cuerpo a cuerpo, un cuerpo de cuerpos con un solo dueño y con un número por nombre. Un nuevo orden marcial para un hombre nuevo. Pero también un nuevo enemigo, Nikita.</p> <p>Así que no hay alivio para el miedo. Al contrario, sigue creciendo increíblemente contra toda lógica y contra todo juramento, con el tiempo y contra el tiempo, aunque, como bien saben Orloff, Fiodor y Kirianin, ya no quede rival ni partido ni bando alguno al que pueda pasarse ningún traidor.</p>	
	<p>No obstante, la traición de Nikita está agravada y se torna más compleja por el sencillo hecho de que él es precisamente el filósofo oficial del Partido, y el general Kirianin no puede comprender cómo, después de "cuarenta tomos escritos martillando sobre el igualamiento del género humano" tenga ahora la ocurrencia de declararse siervo. Para el Primer Ministro, Orloff, sí está claro que cuando un hombre se convierte en acción no puede hacer otra cosa que actuar; así que, si Nikita luchó para subir, ahora tendrá que luchar para bajar.</p>	<p style="text-align: right; font-size: 48px; font-weight: bold;">47</p>

Pero el inefable general, entre burlas y veras, lo ataja: "Eso es lo que vamos a impedir que haga. Si el Partido ha subido hasta su punto más alto, si de ahí en adelante no hay más altura, no veo por qué tengamos que empezar el descenso. Si Nikita quiere bajar, que baje las escaleras de su casa".

El público pudiera soltar una carcajada, pero el asunto resulta ser extremadamente serio para ellos. Es el vértigo. Es el momento del miedo a las alturas y, sin embargo, no hay un posible descenso suave desde esa cúpula en pánico.

Mas ni siquiera así Virgilio es dantesco. Irónico sí, o acaso ingenuo, cuando supone que contra un gobierno de tanta fuerza y tanto control los trabajadores mismos puedan organizar una seria oposición y que, además, para ese fin les resulte útil leer *de veras* el periódico oficial, que antes *leían sin leer*. "¿Quién tomaría las armas contra la felicidad?", sentencia Kirianin, el general. Es el miedo del prisionero de sí mismo. Stepachenko, el espía, resume quizás toda la queja del Partido: "Los criados y los filósofos siempre andan protestando". Los pequeños seres. Los sobrevivientes que no comprenden la felicidad.

Por eso, más allá de la alusión al eterno retorno, hay algo del eterno negador que era Piñera en este diálogo delirante entre el Primer Ministro acusador y el filósofo renegado:

Orloff: (A Nikita.) Nikita Smirnov, se le acusa de haberse levantado contra el Estado. (Pausa.) ¿Por qué se levanta?

Nikita: Para caer.

Orloff: ¿Por qué quiere caer?

Nikita: Para levantarme.

Orloff: ¿Por qué quiere levantarse?

Nikita: Para caer.

Orloff: Se le acusa de haber escrito un manifiesto contra la seguridad del Estado. (Pausa.) ¿Por qué lo escribió?

Nikita: Para manifestarme.

Orloff: ¿Por qué se manifestó?

Nikita: Para caer.

Orloff: ¿Por qué quiere caer?

Nikita: Para levantarme.

Orloff: ¿Por qué quiere levantarse?

Nikita: Para caer.

Orloff: Se le acusa de poner en duda la igualdad desigual de clases. ¿Por qué duda?

Nikita: Para clasificarme.

Orloff: ¿Por qué se clasifica?

Nikita: Para caer.

Orloff: ¿Por qué cae?

Nikita: Para levantarme.

Orloff: ¿Por qué se levanta?

Nikita: Para caer.

Al fondo, muy al fondo, puro ruido de fondo, pudiéramos imaginar, en esta y en otras escenas, incesantes voces de espanto, gritos de pequeños seres, imprecaciones de súbditos, murmullos cavilosos de filósofos. O sólo, quizás, un interminable rechinar de dientes. Y se oye, con toda claridad, pese al abismo de los años, el eco de las palabras que pronunció el autor en aquella reunión en la Biblioteca Nacional: "Sólo quiero decir que tengo miedo".

Y también el eco de las que luego publicó en *Lunes de Revolución* renegando de *Los siervos* y acusándose de que, a pesar de ser un hijo de la miseria, se daba el vano lujo de vivir en una nube, y de no haber comprendido la Revolución rusa hasta que vivió la Revolución cubana. "Cuando los estudiantes dicen que la mayoría de los intelectuales no nos comprometimos, tengo que bajar la cabeza; cuando los comunistas ponen a *Los siervos* en la picota, la bajo igualmente", reconoció.

Y también el eco de lo que declaró en el año 1959, oponiéndose a la posible censura de la novela *Lolita* en Argentina. Sus palabras de entonces no podían ser más nítidas y lúcidas, ni más proféticas: "Si aceptamos que un poder político puede ejercer la facultad de censurar obras literarias, cae de su peso que dicha facultad es ilimitada y que no hay el menor criterio para ejercerla".

Al final de *Los siervos*, cuando se llevan a Nikita para cortarle la cabeza, un pánico frío se apodera por igual del Primer Ministro, del General del Ejército y del Secretario del Partido. Saber que pronto traerán la cabeza del traidor no alivia en lo más mínimo su miedo.

Orloff: (A Fiodor y a Kirianin.) El nikitismo está en marcha.

Fiodor, Kirianin: (A coro.) Pero, ¿por qué tiene que marchar? Paralicémoslo.

Orloff: Está en marcha. (Pausa.) Vamos a almorzar, después a cenar... después a almorzar, después a cenar... Es el eterno retorno.

En lo alto de la rígida pirámide que han erigido para asaltar el cielo, los poderosos que ya no pueden subir más, como un animal prisionero de sí mismo, comprenden que lo único que pueden esperar ya es el fin y sólo saben que tienen **miedo**.

49

La servidumbre del miedo

e r n e s t o
s a n t a n a

S E N T E N C I A

TRIBUNAL :-
Sgto.lra. Jorge Camejo Zorrilla,)
Presidente.-)
Sub.Ofc. Santiago Moya Roca.)
Sub.Ofc. Ramón Peña Rosales.)
Vocal.-)

En la ciudad de La Habana, a las
11 días del mes de octubre de 1977
"AÑO DEL XI ANIVERSARIO" previsto
en juicio oral y público celebra-
do ante el Consejo de Guerra Ordi-
nario nombrado para ver y fallar
la Causa No. 190 de 1977, de man-

radicación del Tribunal Revolucionario No. 1 de la Habana, seguida --
por un delito CONTRA LOS PODERES DEL ESTADO; entre partes, de una --
el Ministerio Fiscal y de la otra el procesado MANUEL FRANCISCO BA --
LLAGAS LOPEZ de tez blanca, de 25 años de edad, casado, natural de --
La Habana, hijo de Emilio y Antonia, empleado y vecino de la calle --
3a No. 164 Abto. 11 E. C y D Vedado, Habana; recluso provisionalmen-
te por esta causa en la Prisión de La Cabaña y defendido por el Lcde
Tte. Ramón Ferrería Ramírez, Defensor de oficio del Tribunal. - - -

PRIMERO RESULTANDO PROBADO :- Que el procesado MANUEL FRANCISCO BA --
LLAGAS LOPEZ, de generales consignadas, comenzó a escribir obras li-
terarias de carácter contrarrevolucionario, mediante las cuales cri-
ticaba medidas, métodos, disposiciones, leyes y dirigentes de la Re-
volución, independientemente que esta labor diversionista también la
realizaba en forma oral en conversaciones y tertulias a las que asis-
tían otros jóvenes escritores. En la ejecución de esta labor contra-
revolucionaria escribió poemas o novelas como por ejemplo criticando
la actitud asumida por nuestro pueblo ante la sede diplomática --
suiza cuando la captura de nuestros pescadores por elementos al ser-
vicio de la CIA y otros, los cuales algunos le fueron compuestos en su

SEGUNDO RESULTADO :- Que el Ministerio Fiscal en sus conclusiones --
provisionales, que elevó a definitivas, le imputó al procesado un de-
lito Contra los Poderes del Estado, previsto y sancionado por el Ar-
tículo 148 del CDS, modificado por la Ley 425 de 1959, solicitando pa-
ra el mismo una sanción de doce años de reclusión. - - -

TERCERO RESULTANDO :- Que la Defensa del procesado sostuvo como defi-
nitivas sus conclusiones provisionales en las que negando las co-
rrelativas del Ministerio Fiscal y sin articular otros hechos solici-
tó un fallo justo para su representado. - - -

PRIMERO CONSIDERANDO :- Que los hechos que se declaran probados son-
constitutivos de un delito Contra los Poderes del Estado, previsto y
sancionado por el Art. 148 del Código de Defensa Social, modificado
por la Ley 425 de 1959. - - -

SEGUNDO CONSIDERANDO :- Que el procesado mencionado es responsable --
de expresado delito en concepto de autor inmediato por participación
intencional y voluntaria. - - -

TERCERO CONSIDERANDO :- Que no concurren circunstancias modificativas
de la responsabilidad criminal en la ejecución de estos hechos. - - -

CUARTO CONSIDERANDO :- Que para adecuar la medida de la sanción im-
puesta el Tribunal tiene en cuenta lo preceptuado en el Art. 30 --
de la Ley Procesal, digo, Penal de Cuba en Armas y el Art. 16 del Re-
glamento No. 1 del Ejército Rebelde de 1958. - - -



vista las disposiciones citadas y el Art. 96 de la Ley Procesal de-
Cuba en Armas de 1896. - - -

FALAMOS :- Que debemos sancionar y sancionamos al procesado MANUEL-
FRANCISCO BALLAGAS LOPEZ como autor inmediato de un delito Contra --
los Poderes del Estado, sin la concurrencia de circunstancias modi-
ficativas de la responsabilidad criminal a SEIS AÑOS DE PRISION, qu
extinguirá en un establecimiento Penal del Estado con trabajos --
obligatorios, con las accesorias del Art. 77 del CDS, sirviéndole d
de abono para su cumplimiento toda la preventiva que por esta causa
haya tenido; y en cumplimiento de lo dispuesto en la Ley 664 de 1959
secretamos la confiscación total de sus bienes, exceptuando pensio-
nes y jubilaciones, significándose que se suspenderá el pago de las
mismas mientras guarde prisión su beneficiario. Asimismo hacemos
constar que no serán afectados los derechos legítimos de terceras --
personas incluyendo bienes materiales, según lo preceptuado en el
Art. 3 de la referida Ley. - - -

otifiquese y remítase al Dpto. de Seguridad del Estado y al Patrimo-
nio Nacional del Ministerio de Justicia. - - -

Así por esta nuestra sentencia, nos pronunciamos, mandamos y firmamos

Sgto.lra. Jorge Camejo Zorrilla
Presidente.-

Sub.Ofc. Santiago Moya Roca.
Vocal.-

Sub.Ofc. Ramón Peña Rosales.
Vocal.-



Evocación de Eliseo Alberto Miguel Iturria

AL ESCRITOR Eliseo Alberto Diego García-Marruz, alias el Lichi, la muerte lo sorprendió en un hospital del Distrito Federal de México, el pasado 31 de julio, antes de cumplir los 60 años, pues nació en La Habana el 10 de septiembre de 1951. Como era tan fabulador, apenas los íntimos creyeron el apagón de su ciclo vital y creativo. En Cuba, el suceso pasó por alto en la prensa y en las instituciones culturales, amarraditas al poder y a las consignas excluyentes.

El Lichi soñaba en la infancia con ser un gran ajedrecista, un fabricante de barcos o un pianista célebre, pero terminó siendo escritor como su padre y su tía, los poetas Eliseo Diego y Fina García-Marruz, aunque se ganó la vida con el periodismo cultural y la redacción de guiones para el cine y la televisión. Al licenciarse en periodismo en la Universidad de La Habana, ejerció en *El Caimán Barbudo*, *La Gaceta de Cuba* y en la revista *Cine Cubano*.

Antes de marcharse a México en 1990, impartió clases y talleres en la Escuela Internacional de Cine de San Antonio de los Baños, lo cual favoreció sus contratos posteriores en el Centro de Capacitación Cinematográfico de México, el Sundance Institute de Estados Unidos, y en universidades de Chile.

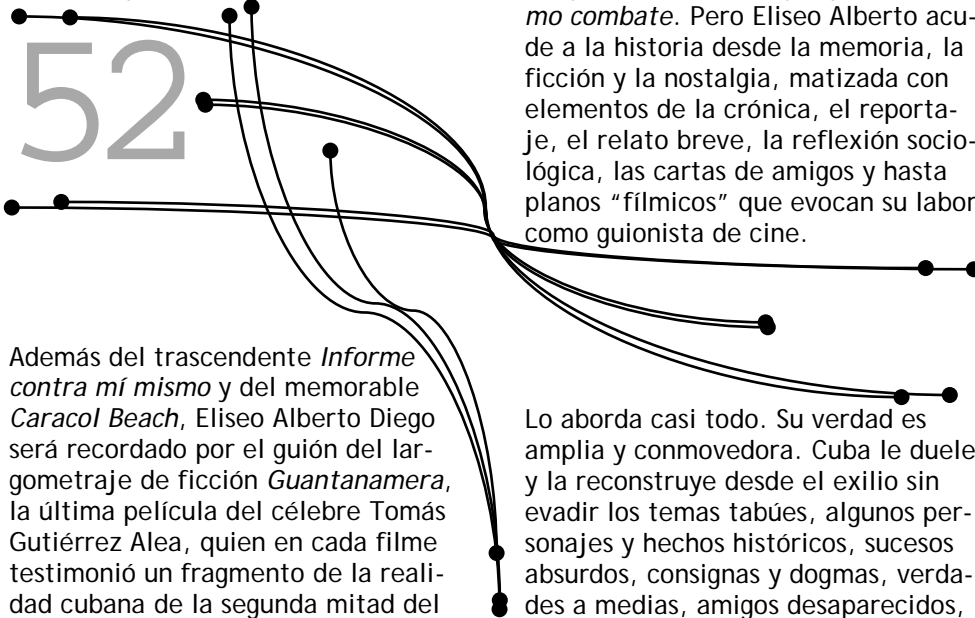
Sus obras oscilan de la poesía a la novela, de las crónicas a las reseñas culturales, y de estas a libros infantiles por encargo editorial. Se dio a conocer con los poemarios *Importará el trueno*, *Las cosas que yo amo* y *Un instante en cada cosa*, publicados en La Habana en 1975, 1977 y 1979, respectivamente.

No perseveró en la poesía, aunque su sensibilidad poética gravita en las novelas que escribió y en los textos de sobrevida. Su obra narrativa comprende *La fogata roja*, Premio de la Crítica en La Habana, 1985; *La eternidad por fin comienza el lunes*, México, 1992; el polisémico *Informe contra mí mismo*, escrito en La Habana a mediados de los ochenta y editado en el exilio a partir de 1997 por Aguilar, Altea, Taurus y Alfaguara, con el cual obtuvo el Premio Gabino Palma; *Caracol Beach*, Madrid 1998, Premio Alfaguara de Novela; *La fábula de José*, México, Alfaguara, 2000; *Esther en alguna parte*, publicado en España por Espasa y finalista del Premio de Novela 2005, y *El retablo del conde Eros*, Planeta, México, 2008.

Eliseo Alberto recopiló sus artículos y entrevistas en *Dos cubalibres*, editado por Península en el 2004; *Una noche dentro de una noche* (textos de su columna *Rueda dentada*, del diario *La Crónica de Hoy*, editado por Cal y Arena en México, 2006), y *La vida alcanza* (Cal y Arena, 2010, de su columna en *Milenio*).

Entre los libros redactados por encargo figuran tres volúmenes de valor didáctico y expositivo: *Breve historia del mundo* (Alfaguara Infantil, 2004); *Del otro lado de los sueños* (Alfaguara Infantil, 2003, ilustrado por Enrique Martínez y Yadhira Corichi), y *En el jardín del mundo* (Alfaguara Infantil, 2000).

El autor consideraba que su obra más importante es *Informe contra mí mismo*, “un libro sobre Cuba, que se escribe solo una vez”, en el cual emprendió “la búsqueda de respuestas a lo que pasó con la emoción de los años de la Revolución, no con la razón ni con la pasión... en el que yo defendí un solo derecho: el derecho a estar equivocado, algo que poco se reconoce y menos por los políticos”.



Además del trascendente *Informe contra mí mismo* y del memorable *Caracol Beach*, Eliseo Alberto Diego será recordado por el guión del largometraje de ficción *Guantanamera*, la última película del célebre Tomás Gutiérrez Alea, quien en cada filme testimonió un fragmento de la realidad cubana de la segunda mitad del siglo XX.

El nombre y algunos libros de Eliseo Alberto resuenan en Cuba a pesar del silencio editorial por su larga estancia en México y por el éxito del irreverente e imprescindible *Informe contra mí mismo*. Aún no es posible una valoración definitiva del legado literario de este creador, pero al evocarlos hay que coincidir con el Lichi en la valía de ese ladrillo memorioso y testimonial que tanto jode a nuestros censores.

El *Informe contra mí mismo*, editado por Alfaguara en Madrid en 1997, sigue prohibido en Cuba, donde no ha sido editado pero circuló de mano en mano, como sucede aún con las novelas de Cabrera Infante o Reinaldo Arenas, y decenas de obras narrativas, biografías y memorias censuradas por razones extraliterarias.

El *Informe* es una especie de *Mea Cuba* que sacudió nuestra inercia literaria. El autor comienza con sus vivencias familiares y personales para sacudir el tablero revolucionario desatado en 1959. Quizás por eso recuerda a *Las iniciales de la tierra*, de Jesús Díaz; *La nada cotidiana*, de Zoé Valdés y los comentarios sincrónicos de Manuel Cofiño en *Tiempo de cambio* y en *La última mujer y el próximo combate*. Pero Eliseo Alberto acude a la historia desde la memoria, la ficción y la nostalgia, matizada con elementos de la crónica, el reportaje, el relato breve, la reflexión sociológica, las cartas de amigos y hasta planos “fílmicos” que evocan su labor como guionista de cine.

Lo aborda casi todo. Su verdad es amplia y conmovedora. Cuba le duele y la reconstruye desde el exilio sin evadir los temas tabúes, algunos personajes y hechos históricos, sucesos absurdos, consignas y dogmas, verdades a medias, amigos desaparecidos, anécdotas delirantes, lugares memorables de La Habana y casi un catálogo de artistas y escritores que huyeron de la intolerancia.

El libro ayuda a entender la crónica de las emociones del creador, quien hurga en la espiral de las últimas décadas del siglo XX cubano e ilustra “el nacimiento, auge y crisis de una gesta que sedujo a unos y maldijo a otros, además de explicarnos... cómo, cuándo y por qué fuimos perdiendo la razón y la pasión...”

Para adentrarse en el drama de la Isla en un período convulso e inacabado, Eliseo utiliza el lenguaje coloquial, a veces poético, híbrido, localista, alusivo, irónico y satírico. Recurre al intercambio epistolar con amigos que actúan como sus primeros lectores, pues recibieron el libro y lo valoran desde sus propias páginas; lo cual es novedoso porque ejercen la crítica en contrapunteo con el autor, enriqueciendo el arco iris vivencial del pasado reciente desde otras miradas. Tales amigos también hacen catarsis y juzgan los fantasmas de la memoria individual y colectiva.

Las cartas, firmadas con seudónimos y enviadas desde Miami, Colombia, México y Cuba, integran la estructura compositiva del libro y constituyen piezas literarias con valor propio, incluida la enviada por Eliseo desde México "a un amigo de Gibara". Las mismas involucran a los aliados del escritor y complementan la angustia existencial de los cubanos bajo el totalitarismo.

Al exorcizar sus espectros sobre las cenizas calientes de la nación, el prosista y sus corresponsales zarandean el telón revolucionario con el claroscuro de las frustraciones. En cierta medida, la obra capitaliza el desplome de los sueños de una época y exterioriza el descontento sin sermonear al lector.

"...Te tragaste el cuento de Cuba... Cuba no existe sino en Cuba... Cargar con ella en la memoria es un peso descomunal... Cuba se complejiza en cada ojo que la mira... La verdadera patria... tiene dos tamaños posibles: el del planeta y el de la vida..."

"Una amiga desde Cuba" conmueve con su talonario de cansancios, una declaración de lucidez irrefutable.

Desde el Prólogo, largo y atractivo, el prosista nos engancha a sus nostalgias y a las quimeras y esperanzas de su generación. En los doce capítulos, cartas incluidas, desmitifica los sucesos y los personajes que modelaron nuestras vidas. Cuba y sus circunstancias históricas, sociales y culturales son los protagonistas: los planes económicos, los discursos y las consignas, las movilizaciones, la ofensiva revolucionaria de 1968, la institucionalización de los años setenta, las cárceles de homosexuales, el reencuentro entre los cubanos de la Isla y el exilio, el éxodo masivo de 1980, nuestra presencia militar en África y América Latina, los balseros del 94, el bloqueo y la supuesta invasión de los Estados Unidos, las estrategias ideológicas, los controles burocráticos, la dependencia de la Unión Soviética, el síndrome de la desconfianza, los archivos comprometedores y la política de desafíos del gobierno de Castro.

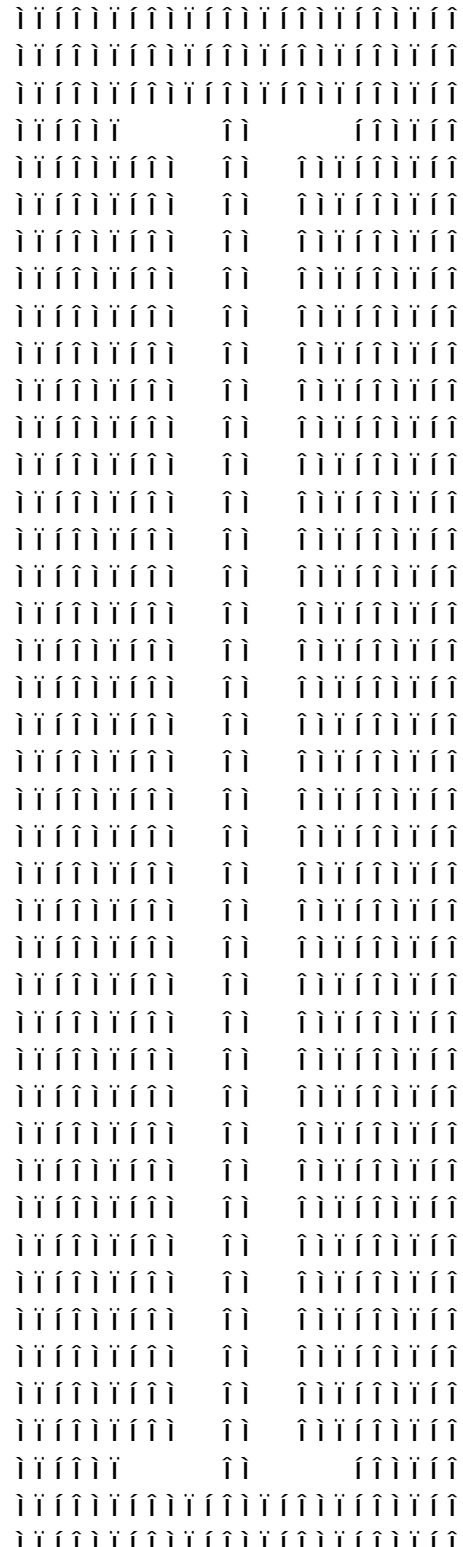
53

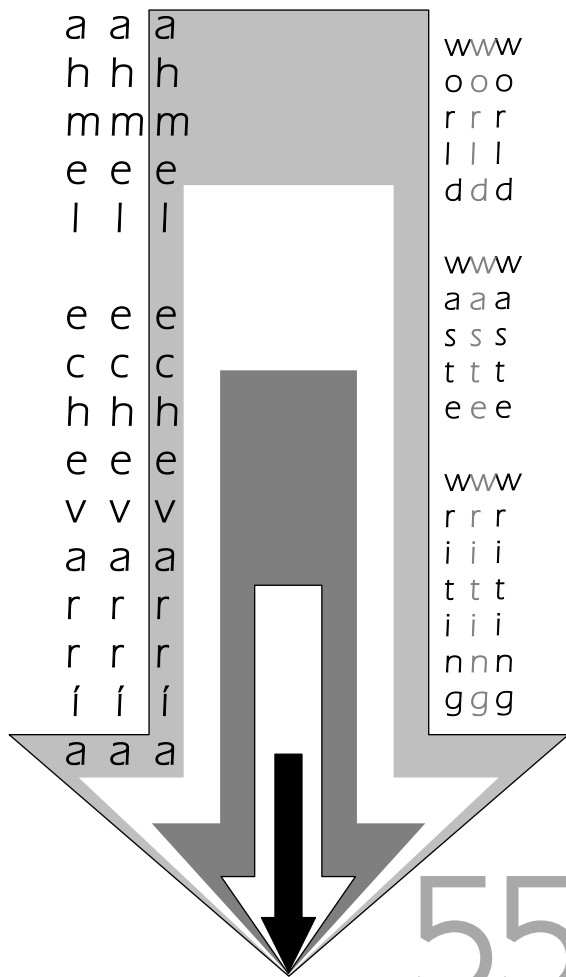
Pero tanto lastre no resulta tedioso, pues Eliseo Alberto aunque es obsesivo, sabe conmover a los lectores. En cada vuelta de página algo nos identifica, nos hace sentir y pensar. La magia está en el lenguaje y en el arsenal de recursos literarios utilizados. Vale anotar, por ejemplo, el empleo, a manera de exergos, de versos de poetas cubanos antes del Prólogo y en cada capítulo. Así como las descripciones de La Habana, devenida personaje; la Isla como tema; el juego con la muerte para homenajear a Nicolás Guillén, Lezama Lima, Virgilio Piñera y Luis Rogelio Noguerras, o la inserción de historias puntuales que humanizan la tragedia social desde el drama individual.

El autor nos inquieta con los relatos de Paella, “el gordo inexplicable” que quiso irse del país en una balsa desde 1965; el notario retirado Ángel Montoya, vecino homosexual experto en béisbol, quien se suicida después de matar a un gato; la tragedia de Rolando Martínez Ponce, artista gráfico que adquirió el SIDA y murió en la cárcel tras escapar del sanatorio de Santiago de Las Vegas. O las historias del gallego Pedro, luchador revolucionario encarcelado 25 años por tratar de crear un partido opositor, y la sensible Teresa Monte, obligada a clasificar las estatuas que los oficiales del Ministerio del Interior robaban en el Cementerio Colón para venderlas en las tiendas recaudadoras de divisas.

El libro del Lichi es un certificado literal de cubanía, sus folios son lúcidos, bellos y distantes de la “religiosa militancia partidista” y del discurso del conflicto sin solución ni alternativas. En siete páginas ofrece un catálogo de las consignas oficiales. En las siguientes, analiza la figura de Fidel Castro. Advierte que “las personalidades rectoras de nuestro destino, José Martí en el siglo XIX y Fidel Castro en el XX, no conocieron la isla desde abajo sino desde afuera, o desde arriba... Distanciados de la realidad por la lejanía del exilio, o por la altura del poder, acabaron por inventarnos una nación a la medida de sus convicciones...”

El *Informe contra mí mismo* es, además, la radiografía de un proceso agotador que promovió la poética del absurdo cotidiano como modo de vida. Su enorme impacto en el mercado del libro de Europa y América nos llegó por carambola. Tal vez sirva como Manual del Horror cuando sea publicado en la ciudad que vio nacer a su autor.





CÁLCULOS: APROXIMACIONES A UNA POÉTICA DEL LÍMITE

CUANDO UN NARRADOR decide desatar esa reacción en cadena que es la escritura de un libro, implícita está la necesidad de crear un universo en donde interactuarán los personajes por él diseñados; en él transcurrirá la historia en la que estarán inmersos. Macro o micro puede ser ese espacio. Del centro o la periferia. Real o ficticio. Más allá de la elección es imprescindible la verosimilitud de lo que en él ocurre. Si en ese espacio se vierten no solo las mejores partes de esa "res" llamada Cultura, sino que además se pone especial interés en los "subproductos" y en la manera de aderezarlos, un manjar muy diferente quedará servido en el plato...

La metáfora culinaria me ha alejado varios metros del blanco. Es un blanco difícil. Un blanco móvil: *Vultureffect* (Ediciones UNIÓN, 2011), de Jorge Enrique Lage.

Volvamos entonces a lo del universo que será escenario del libro y los productos culturales y subproductos. Hagamos una lista: cine de autor, porno y cine puro entretenimiento (por ejemplo); clásicos de la literatura, novelitas rosas, autores contemporáneos malditos o avalados por los emporios de las comunicaciones, y literatura de aeropuertos (por ejemplo); cocina gourmet, *slow food*, *fast food*... (por ejemplo); grandes estrellas del cine, la música y la TV; la política y lo político (que no es lo mismo ni es igual); artistas plásticos de renombre, revistería de modas y modos de vida; series para la televisión...

La lista podría ser larga. Dejémosla justo con esta extensión porque es ilustrativa. Si todo lo enumerado lo vertemos en una página en blanco, y a través de la escritura le otorgamos cierto orden y sentido, el caos sería aparente. Estaríamos entonces en el WWW, es decir, en el *World Waste Writing*. Este tipo de acción escritural y de asociación tiene como substrato la *cooltura* —el término es una apropiación un tanto mejorada como solo puede *tunearse* un automóvil en Cuba (no cito al autor para acercarme así a la frontera del plagio), sin embargo es una ladina máquina de guerra con claras intenciones de sortear barreras y adentrarse en ese "salón" en donde las Artes y las Letras se visten de largo.

¿Cuán eficiente sería esta máquina si todo le sirve, todo lo aprovecha? ¿Acaso no es una verdadera maravilla? El resultado de la misma podría catalogarse como *Wonderland*, o *Garbageland*. Bien mirado, es más de lo segundo que lo primero. Porque los llamados "subproductos" en *Vultureffect*, tienen un alto grado de concentración, peso. En este libro la escritura trabaja y se detiene en ellos. Cualquiera podría pensar que hablamos simplemente de reciclaje, de cuidar el entorno en los predios de la Literatura, pero es algo más que reciclar; aquí se trata de meter las patas y la cabeza, también, en lo que resultaría nocivo si se consume por encima de los parámetros indicados, o si es simplemente consumido como por descuido, es decir, un asunto de perfecta adaptación al medio y obtener grandes ventajas del mismo. Pasar de la palomilla al mondongo según esté a mano el alimento.

“Aura, también gallinazo:
Cathartes aura. Cabeza desnuda. Plumaje casi negro. (...) Tienen el pico en forma de gancho. Se alimentan de carroña, basuras, frutas, reptiles pequeños y televisión”. Esta cita sintetiza la pieza “Territorios”, tomada de *Vultureffect*. La cita es perfecta para resumir el mecanismo que subyace bajo la cubierta de la nueva entrega de este Lage —recuerden: Jorge Enrique—; con ella también tendremos una noción de cuál es el tipo de energía que la mueve.

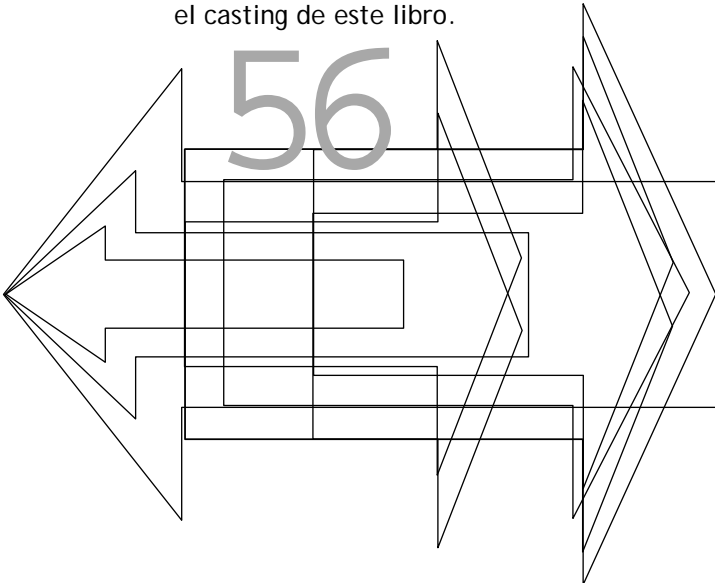
La frase es ideal, como punto de partida, para el diseño de una posible estrategia de lectura de esta curaduría de textos breves (no estoy muy convencido de que los textos sean exactamente minicuentos, esa será una duda a aclarar) en donde verdaderamente La Habana (o lo que en el libro ese nombre representa) ha sido narrada “sin el color del verano”, y en la que casi todos nosotros estamos ausentes. Es muy importante la referencia a “nuestro color local” y a la casi total ausencia de personajes que podrían resumir en ellos, con mayor o menor veracidad, ese patrón que llaman cubanía o “ser cubano” —la condición de cubano en esta frase, o en el artículo todo, no es sinónimo de fatalidad—. ¿Qué hacer entonces con esos cubanos que se alejan del modelo o del estereotipo —porque esos también son cubanos? Ese otro modelo de *Homo Sapiens Sapiens Cubensis* tiene más papeletas a su favor en el casting de este libro.

La mano me tiembla. Siento que para aclarar dudas, o para generar más dudas, crearé otra lista. Esta podría tender al infinito, como una serie cuya característica es la ausencia o la aparente ausencia de fatiga o edición. Como en el cine porno. Sobreabundancia. Largas escenas para abaratar costos y desatar los ánimos. Escenas largas que van del eros al didactismo y también al morbo y de ahí al derrame de ciertos líquidos. Cortes y empates de ciertos planos y escenas para reafirmar que no es sencillo pero sí posible jugar en esas ligas, aunque el final se sepa de antemano: el derrame de ciertos líquidos. Esta introducción debería tener algún sentido si la pregunta pendiente está relacionada con el género de la nueva entrega de JE. ¿Son minicuentos o minificciones los textos ordenados bajo la cubierta medio verdosa, medio gris, con estallidos blancos y anaranjados? Abro y cierro el libro y recuerdo la increíble paleta de colores que va cubriendo los alimentos en descomposición.

Abro y cierro el libro y sonrío. Vuelvo a sus páginas, releo los textos. No me equivoco cuando pienso: tiene sus ventajas atreverse con la dieta del buitres. Pero asumir una manera específica de comer, de nutrirse, acarrea consecuencias. Eres lo que comes. Padecerás y gozarás sus efectos.

Textos breves como bocados, como porciones arrancadas por JE de cuanto nos rodea. Picotazos. *Vultureffect* es una mesa buffet variadísima; crudos o cocinados, frescos o en franca descomposición están servidos los platos, y los ingredientes son la literatura y el cine, la ciudad, la música, la TV, la política, lo político y las ciencias, los juegos de mesa, la flora y la fauna citadina, la fotografía y las artes plásticas...

(Abramos un paréntesis porque me tiembla la mano, y para que no se haga infinita la lista; soy afortunado, esta serie remite a la introducción del texto, al desmembramiento de un cuerpo, o de una poética, o de una manera de contar, de asociar, a una poética del límite o los límites de una poética: este Lage vuela y planea sobre la literatura y clava el pico y sus garras en el cuerpo de Virgilio —el



nuestro—, Loriga, Burroughs, Nabokov, Heriberto Yépez, o en las movedizas arenas de Reinaldo, vale aclarar que estos son solo unos pocos nombres tomando en cuenta la variedad y cantidad de autores que habitan en las páginas del libro; las series para la TV también entran en su sistema de asociaciones —¿acaso no son una nueva manera de analizar, entender y acoplarse a la cultura del nuevo siglo y milenio?—; hay en *Vultureffect* varios mamíferos de lujo cuyo hábitat no solo se reduce al set de filmación o los escenarios de grandes conciertos, viven multiplicados en las portadas de revistas, en DVD's o CD's, en las pantallas de cine, PC's o nuestros televisores, en nuestro ropero, las peleterías, en el inconsciente; hay criogenia, inteligencia artificial, teorías científicas, formas biológicas que van del orden al caos en una Habana que no es exactamente la capital de todos los cubanos, pero que está muy bien conectada con otros nombres de ciudades o ciudades tan irreales como las narradas por los noticiarios, documentales y diarios; *performances*, formas de infringir dolor y proporcionar placer, coloridas instantáneas en donde el dolor desemboca en el placer —también el flujo transita en sentido contrario—, látigos, trajes de látex negro, asesinos seriales, tacones de aguja y comprimidos, dibujos animados, lobotomías y variedades de *porn-stars*; y para rebosar la copa hay en *Vultureffect* una banda de ciertos personajes (buitres bandidos) capaces de atracar bancos y supermercados, pinchan los neumáticos de los autos y destrozan los parabrisas, “violan a las mujeres y las mujeres violadas dan a luz criaturas híbridas (...): un buitre capaz de pensar como niño o niña y que, al hacerse mayor, correrá a unirse a una bandada de buitres bandidos”; pongamos un etcétera en estas *esquizoanotaciones* —tan faltas de edición, medida; el temblor de la mano conduce, llegado el justo instante, a la incontinencia— como manera óptima de resumir las porciones servidas por este Lage en su mesa buffet; también hay fluidos y flujos que corren para ayudar a la deglución de tales bocados: sangre, sudor, lágrimas, agua...)

57

INSTRUCCIONES PARA LIDIAR CON UN BLANCO MÓVIL

En el punto anterior una pregunta quedó sin responder, hacía referencia a la clasificación de los textos de *Vultureffect*. Intentemos la maroma de la exactitud: que el humor en estas piezas sea “una hipertrofia de la ironía”, violencia y absurdo alternándose, buitres parlantes, diferentes gradaciones del *Homo Sapiens Sapiens*, que la frontera entre géneros y subgéneros esté diluida, curaduría en donde se concatenan eventos, personajes e historias, algunas literal o aparentemente abortadas, jerga o lenguaje típico de los pueblos erigidos en las fronteras (pueblos que conviven entre dos historias y dominan más de una lengua), además de las fuentes utilizadas como sustrato, indican que estamos ante un tipo de escritura que ha cambiado de blanco. Un blanco móvil. Por haber cambiado de blanco esta escritura ha mutado, propone nuevas reglas en el juego.

Ese blanco móvil en su sistema circulatorio tiene una mezcla de sangre y gaseosas, además puede camuflarse entre las luces de neón o en la abigarrada paleta de colores de las grandes pantallas ensambladas con diminutos *leds*. Difícil es acertar la diana, pero no imposible. Quizá sea arduo convencerlos de que esta aventura es real, posible. Llamémosle a estos textos piezas narrativas que por su extensión son de aparente corto aliento, y que por su contenido y sustrato intentan poblar, desde la diferencia, un territorio al que muchos se han ido atreviendo.

Ya ven, no se me dan las clasificaciones, igual podría llamarlos “esquirlas de aparente escaso poder letal”. Él los llama *buitrextos*, es la clasificación perfecta. Ya lo dijo este otro Lage en una entrevista, se trata de “narrar con esa sustancia que queda, como un malestar, como una indigestión, en el interior de la historia que estás contando”.

Escritores que conozco arrugan la nariz cuando la escritura de Jorge Enrique Lage asoma su testa y las alas en la conversación. La arrugan todavía más si en la conversación se habla de su libro *El color de la sangre diluida*. Cuando *Carbono 14*. Una novela de culto aterrice como un zopilote en las librerías, arrugarán más que la nariz y dirán que el autor se pasó con el



título. Los entiendo. Comprendo la reacción. ¿Qué hacer ante un dispositivo que ha encendido los motores y emprendido una larga marcha para alejarse de la órbita del realismo en una ciudad en donde muchos ya no están para eso (para el realismo); un dispositivo o máquina narrativa o máquina de guerra que tampoco está para la irrealidad porque “la irrealidad cansa” (esta larga interrogante aprovecha una idea del inicio de la novela *Carbono 14...*)?

Las *pornoanotaciones* o *esquizoanotaciones* son las pistas para saber cuáles podrían ser, o son, los predios o límites de su poética, o la poética del límite. Un territorio de delito, deleite. Camino o terreno pendiente arriba, o abajo, que al asociar, al encadenar, al aprovecharse de géneros y subgéneros, o de la carne de primera o subproductos, te obliga a arrugar la nariz, a preguntarte qué terreno pisas, qué es lo que tienes delante y hacia dónde se mueve, dónde está lo cubano en esa poesía —perdón, en esa narrativa—, cómo dispararle y derribarlo, y si *Vultureffect* está formado por minicuentos, por qué demonios no tienen el acostumbrado sabor y textura de las minificciones.

Y la respuesta es: repetir desde la diferencia. Es una larga marcha parecida a una fuga. Ir alejándose con diferentes protocolos de lectura, de escritura, y planear (“planear” en su acepción de “proyectar, concebir”; “planear” como sinónimo de vuelo que aprovecha un empuje externo) como un buitre. Pero lo cubano en esa narrativa está.

¿La dosis? Tiene más de Piñera y De Marcos que de Lezama y Carpentier. Volvamos a lo de “larga marcha parecida a una fuga”; el ejemplo idóneo está en el atletismo, en esas carreras de 10 000 metros o más. Cuando intentas distanciarte del pelotón debes calcular muy bien tus fuerzas, nunca improvisar sobre la marcha, de lo contrario “explotas”, y si llegas, terminas muy mal parado. Este otro Lage lo sabe, es un corredor cada vez más ladino.

Cada vez que la máquina narrativa de Jorge Enrique Lage suena el fotuto, más de uno arruga la nariz. Los entiendo. Comprendo la reacción. En sus textos la tesitura de las emociones no arrancan lágrimas, suspiros, no arrastran a ningún terreno de tu vida pasada en este soleado archipiélago, ni siquiera por una forzada asociación. Ya lo advertí: es La Habana (o el territorio que ella representa) “sin el color del verano”. En ella casi todos estamos ausentes.

Para muchos, estos textos son como “una mueca incomprensible, alguna forma de la locura”. Tal como dice un personaje de Onetti en *Vultureffect*: “es preferible leerlos horrorosos, como bichos deformes, como animalitos a los que les sobran las patas, ojos, cuernos... Es decir: están mal por estar bien”.

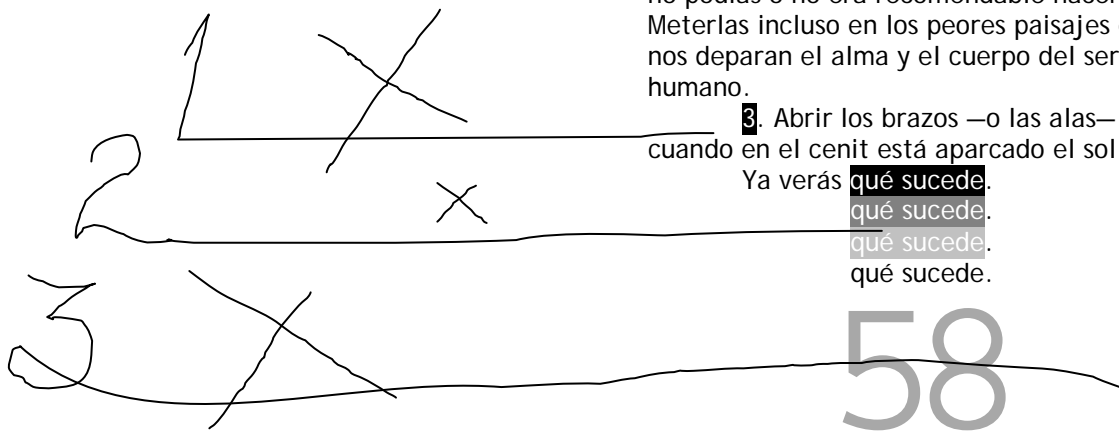
ORIENTACIONES

¿Estrategias de lectura?

1. Páginas a picotear.
2. Meter las patas, la cabeza y el cuello en donde te dijeron que no debías, no podías o no era recomendable hacerlo. Meterlas incluso en los peores paisajes que nos deparan el alma y el cuerpo del ser humano.

3. Abrir los brazos —o las alas— cuando en el cenit está aparcado el sol.

Ya verás qué sucede.
qué sucede.
qué sucede.
qué sucede.



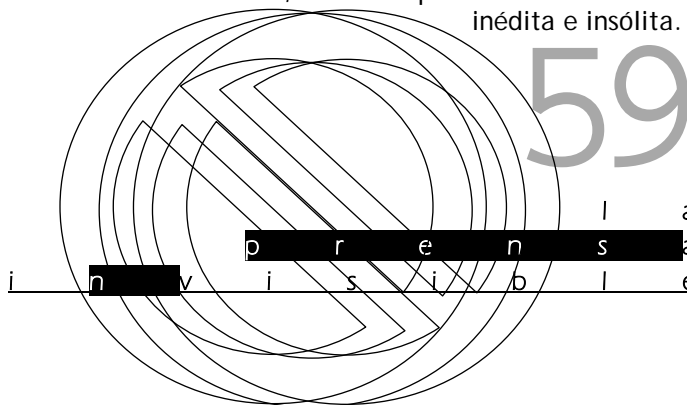
Camillo Ernesto Olivera

CORRIAN LOS PRIMEROS días del mal presagiado año de 1992. Cuba navegaba a solas por primera vez en casi un siglo de historia. Las publicaciones periódicas oficiales de mayor o menor tirada se contraían bajo el peso de la inminente crisis. Otras, simplemente desaparecieron sin mayores explicaciones, tal y como se esfumaron los suministros abundantes del lejano Este, las horas de electricidad y televisión.

La segunda mitad de los ochenta, había estado signada por una leve apertura a la temática rock en los espacios públicos y mediáticos, después de una prolongada secuencia de rechazo institucional que convirtió al género en la oveja negra del entorno musical en la Isla.

Publicaciones como *Somos Jóvenes*, *Alma Mater*, *El Caimán Barbudo* y *Juventud Rebelde* abrieron espacios con mayor o menor periodicidad para trabajos relacionados con el género. Con la agudización de la crisis económica de los noventa, también el apagón llegó para el rock en los medios de prensa oficiales.

En ese vórtice de la nada cotidiana que ni el mismo Michael Ende podría imaginar, dos jóvenes rockeros, uno de ellos Jorge Luis Hoyos García y el otro Canek Sánchez Guevara, vivían lo que sería una aventura inédita e insólita.



En los meses finales de 1990, comenzó a tomar forma en la mente de ellos la idea de hacer una publicación donde reflejar sus intereses musicales de ese momento. Lo harían tomando como modelo los denominados fanzines, cuya existencia era y es un hecho normal en el área internacional en lo concerniente al rock, así como a otras temáticas e intereses. Se trataba entonces de una revista hecha por aficionados para aficionados en un entorno político y sociocultural cuya herencia consistía en el total control estatal sobre los medios de información.

Durante los primeros meses de 1992, Jorge Luis y Canek completaron la difícil labor de recopilar información escrita y fotográfica, a pesar de la desconfianza inicial de muchos que no les dieron crédito. Armaron página a página, recortando y pegando sobre estas las fotos de agrupaciones, los logotipos de estas, reseñas y fragmentos de entrevistas. Luego, cuando lograron conformar un modelo inicial, intentaron conseguir la suficiente cantidad de hojas y salieron en busca de un lugar donde fotocopiar e imprimir el mayor número de ejemplares posible.

A finales de agosto de 1992 fue presentada por sus editores, bajo el nombre de *DEATH THROUGH YOUR VEINS*, la primera publicación independiente de temática rock realizada en Cuba en el período posterior a 1959. Este hecho tuvo lugar como parte del Primer Festival de *death trash* en la localidad villaclareña de Placetas. Los pocos ejemplares que fueron puestos a la venta se vendieron a 10 pesos nacionales y dicho precio se ha mantenido inalterable, en el caso de los fanzines, hasta hoy día.

De primera intención, el fanzine presentaba una secuencia abigarrada de informaciones sobre cultores del género, tanto nacionales como foráneos. Se dio particular relevancia a un estilo, el *death metal*, que se encontraba en pleno ascenso en esos años. Vale anotar, como dato significativo, que la contraportada de este fanzine consistió en una fotografía de la por entonces banda revelación del momento, los brasileños de Sepultura. Nadie podía ni imaginar que esta agrupación actuaría en Cuba 17 años después.

DEATH TROUGH YOUR VEINS editó un segundo número el cual fue presentado en el Festival de Caibarién en 1993. También fue dado a conocer *DISSECTION*, fanzine cuyo editor Franto Paul Hernández era de esta localidad y además militaba como cantante y bajista de la banda de *death metal* Sectarium.

En diciembre de 1994 es presentada por su editor, el pinareño Manuel Santín, *ILUSSION*. Esta publicación intentó abarcar otras vertientes del metal, el rock y la música en general. Lo ecléctico de la propuesta de este fanzine encontró simpatizantes y detractores dentro del segmento de público que comenzaba a conectar con esta propuesta cultural e informativa. Sin embargo, este fanzine es una muy valorada fuente informativa, imprescindible para quienes quieran indagar en el devenir histórico del rock en Cuba en los años noventa.

Santín e *ILUSIONzine* marcaron una pauta y la diferencia en un entorno donde la mayoría de las publicaciones del (por entonces en expansión) movimiento nacional de fanzines. Apostaban solamente por las tendencias del metal. De esta publicación llegaron a editarse 15 números, hasta enero del 2005, pero en buena medida nunca logró superar el carácter prácticamente simbólico en cuanto a cantidad de ejemplares por tirada.

Este denominador común fue una constante para buena parte de las publicaciones independientes de rock en esos años. Sin embargo, otros promotores e improvisados editores se lanzaron al ruedo en diversos puntos del país. En este sentido, conviene anotar a *CRUZADE* de José Ernesto Mederos (Pinar del Río), *ANTIZINE* editado por Rafael Cabrales (Isla de la Juventud), *LA PLAGA* a cargo de Juan Raúl Hernández Salabarría en el municipio Cruces (Cienfuegos), *BOOK OF CONDOLENCE* de Erick y Jorge Domenech (Villa Clara), *HERMAN METAL BOLETIN* de Eglys Rivero y Pedro Luis Pargas en la localidad de Florida (Camagüey) y *EVILNESS* de Alexander Jorge Parra (Holguín).

Sobre todas pesaron las serias limitantes derivadas de su precaria o casi nula circulación y el silencio que prevaleció (y aún prevalece) alrededor de su existencia como movimiento de publicaciones al margen del control oficial. En 1997 la revista *Revolución y Cultura* incluyó en el número 4 (julio-agosto) una breve reseña al respecto, lo cual ha quedado como un hecho aislado, algo lógico teniendo en cuenta las ronchas que levanta todo lo que huele a independiente en la vetusta cuadratura del poder.

En 1999, durante la celebración del Segundo Festival Ciudad Metal en la ciudad de Santa Clara, fue dada a conocer la primera *Newsletter (1)* que anunció la salida del primer número del magazine *SCRIPTORIUM*. Sus editores, los hermanos Michel y Alexander Salazar, se han mantenido publicando de manera ininterrumpida este fanzine hasta la actualidad, superando la barrera de los 20 números en forma consecutiva y logrando lanzar dos números anuales. También se propusieron alcanzar tiradas que superaran el medio millar de ejemplares, lo cual les permitió ser más visibles dentro de la escena rock en Cuba.

60

Durante los primeros años del nuevo milenio se dieron a conocer otros proyectos cuyo impacto y perdurabilidad fue mayor o menor.

En la localidad de Bauta (actualmente provincia de Artemisa), Osvaldo Rojas y Marelys Martínez armaron *CANNIBAL*. En Santa Clara los hermanos Domenech editaron *FUERZA DE VOLUNTAD* y Javier Leyva su *MEGAHEAVY*. En Sancti Spiritus Billy Cañizares y Joel Pérez lanzaron *SPIRITUS BLOODY SPIRITUS* y Michel García dio a conocer el primer fanzine de temática punk bajo el nombre de *RESISTENCIA*.

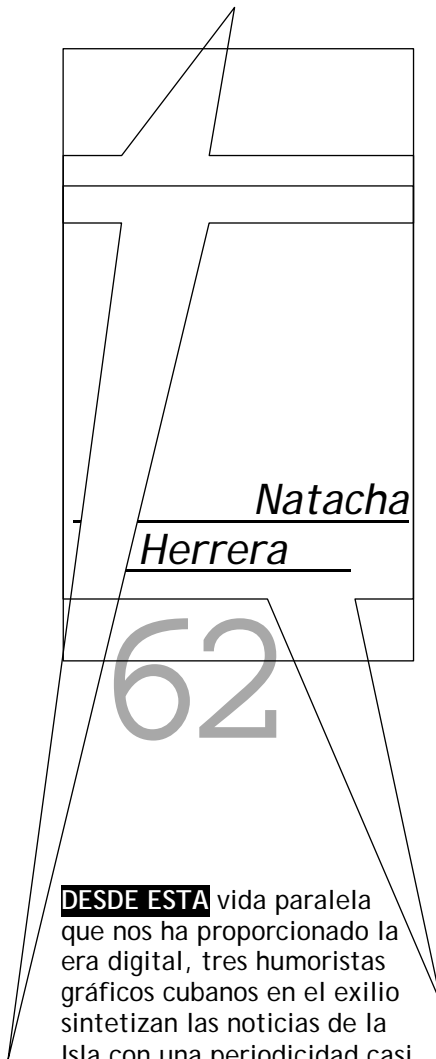
Por otra parte, en Cienfuegos unieron fuerzas Fabián Sotolongo y Ariadna Barcos como impulsores de *POLILLA EN LA SOMBRA*. En Holguín, Omar Vega editó varios números de *TURBULENCIA* y desde la localidad de Banes Youre Meriño dio a conocer *SUFFERING*. Recientemente, Fernando Rosales lanzó *CAMPO MINADO*, renombrado luego como *THE REAL THING*.

En estos momentos existe en Cuba un sólido movimiento de promotores del rock y el metal. Sin embargo, es evidente la merma de publicaciones impresas. Recientemente, en diciembre de 2010, fue editado el número 12 y último de la revista *PUNTO G*, la cual de cierto manera intentó reflejar de modo más ecléctico todo el abanico de posibilidades del género, y mantuvo una tirada de varios centenares de ejemplares desde su salida en el año 2003.

También regresó a la luz, desde Matanzas, una publicación cuya génesis tuvo lugar en el año 2002 y que detuvo su paso después del tercer número editado en septiembre de 2004. Con el denominativo de *INSANEDRAC*, este magazine se debió al impulso de los cardenenses Ivo Luis Martell y Yasser Fuentes. Ivo Luis trajo de regreso esta publicación a finales del año 2010 y como su único editor ha lanzado recientemente el quinto número, manteniéndose, gracias a la tirada en cantidad de ejemplares, en el lado más visible del panorama de estas publicaciones hoy.

En agosto del próximo 2012 se cumplirán 20 años de historia de las publicaciones independientes de rock y metal en nuestro país. En buena medida, la historia de la promoción de este género musical en la Isla se ha desarrollado lidiando con los mismos obstáculos y respirando el mismo aire de relativa tolerancia. Los intentos oficiales de crear una publicación sobre el género (*JARROCK DE CAFÉ*) se estrellaron contra el muro de la desidia y el voluntarismo.

Entonces es un hecho cierto que, con sus virtudes y limitaciones, este patrimonio disperso, conformado por publicaciones de diverso calibre, los fanzines, continúa siendo la referencia más confiable para un acercamiento inmediato a lo que sucede en el entorno cubano del **rock y el metal**.



DESDE ESTA vida paralela que nos ha proporcionado la era digital, tres humoristas gráficos cubanos en el exilio sintetizan las noticias de la Isla con una periodicidad casi diaria en las plataformas de sus páginas web o blogs, o en publicaciones como *El Nuevo Herald*, entre otras.

Cada uno de ellos con su voz propia y lenguaje técnico identificable, se ha convertido en agudo comunicador de la realidad de nuestro país, provocando inmediatamente la risa del lector mientras se procesa y dilucida la noticia.

El humor gráfico de Alfredo Pong, Omar Santana y Gustavo Rodríguez (Garrincha) se encuentra entre los titulares imprescindibles sobre la actual situación cubana, referencia obligada que permite al exiliado aproximarse a la cotidianidad y a

hechos específicos del país del cual huimos una vez, pero del cual nunca llegamos a desprendernos.

Como es posible que muchos de los lectores de la revista *Voces* desconozcan a alguno o a los tres humoristas gráficos mencionados, debido a la inquisidora y retrógrada medida del gobierno de la Isla con respecto al acceso libre a la Internet, hago una breve presentación de cada uno de ellos antes de pasar al tema concreto de esta atípica entrevista.

Alfredo Pong es un chino-cubano que creció entre vegetales y especies de las bodegas y restaurantes del Barrio Chino de la Habana, en tiempos en que este vecindario era tan popular y famoso como el Chinatown de New York. Arquitecto de carrera y profesión, reside en Miami desde 1993. Su trabajo como humorista gráfico lo comparo con el de un escritor costumbrista. Pong recrea al cubano común con sus vestimentas y frases y caricaturiza al General heredero del trono como nadie hasta ahora ha podido hacerlo. Sin embargo, uno de sus aciertos más sobresalientes es la interpretación caricaturesca que Pong ha hecho de Fidel Castro, a quien ha ido dibujando desde hace tantos años que si exhibiera su trabajo de las últimas dos décadas, podríamos ver el envejecimiento biológico paulatino del mesías de la destrucción.

Omar Santana, por su parte, estudió y se graduó en la Academia de Bellas Artes de San Alejandro y ha ilustrado libros infantiles. Su formación académica se observa inmediatamente en el trazo firme de su trabajo gráfico.

Amante de la sutileza, su poder de síntesis es tan agudo como la punta de un alfiler. Dejó Cuba en el 2000, vivió primero en Madrid, donde se desempeñó como impresor de serigrafía artística por una temporada, hasta que se radicó permanentemente en Miami. Actualmente comparte una columna humorística diaria con Garrincha en *El Nuevo Herald*.

El trabajo de Gustavo Rodríguez (Garrincha) puede serles más familiar a los lectores de la Isla. Laboró hasta 1999 por ocho años y medio en *Palante*, y a partir de esa fecha en el suplemento humorístico *DeDeTé* hasta el 2005, en que salió de Cuba. Infatigable, Garrincha ha creado varios personajes, como Miss Corina Tedeschi, Dickies, Chenchá, Stalin de la Caridad, Spermies y Juana, así como historietas como *Entendiendo el caos*, *Lombrices*, *Dame la F*, *Oh my God*, entre otras. Su personaje Juana, con sus parches y gorro rojo, es la Cuba oprimida que, gracias a ese poder de síntesis de su creador, responde con una sencillez aplastante a las arbitrariedades del sistema que impera en la Isla. Reside en North Miami Beach.

(También invitamos a Alen Lauzán, El Cacique Guamá, humorista gráfico imprescindible; lamentablemente no obtuvimos su respuesta).

A los entrevistados le hicimos la misma pregunta; los tres respondieron como ellos mejor saben hacerlo:

¿Cómo vislumbran una Cuba democrática?

¿Cómo vislumbran una Cuba democrática?



YA NO... AHORA ESTO ES
LA MISMA MIERDA QUE
EN CUALQUIER PARTE...
¿TENÍAS QUE HABER VISTO
BELLEZA DE RUINAS!

D)artan

¿ QUÉ DESEA
DON LIBORIO ?

BARBERIA LIBERTAD
ESTIMADO CLIENTE
EN ESTE LOCAL
SE HABLA
DE TODO
SIN
CENSURA

Versailles
Restaurant

LA VOZ DE LA NUEVA CUBA
PERIODICO INDEPENDIENTE
Visite a
Ramón Puig
...y póngase la mejor
Guayabera del mundo.
BACARDI

QUIERO UN
CAMBIO
TOTAL

PONG.

Asunto:
Tolerancia



Garnica